

RAU

UNIV. OF ARIZONA

863.72 B748a

mn

Botelho Gosalvez, R/Altiplano, novela in



3 9001 03978 8784

GOSALVEZ

# ALTIPLANO

*NOVELA INDIA*



**EDITORIAL AYACUCHO**

# ALTIPLANO

por

RAUL BOTELHO GOSALVEZ



He aquí un libro insólito dentro de la literatura autóctona. Por sobre el fárrago de obras con "clima" o "sociología", sin exotismos triviales ni alardesseudorrevolucionarios, sobresale este trabajo por su auténtico sabor vernacular y el valiente alegato social que lleva implícito en su tema.

Es un verdadero producto de la tierra en que nació, cuyo espíritu ha sabido captar ampliamente el fino talento de Botelho Gosálvez. Diríase que a través de él se ve, se siente, se palpa a Bolivia y su gente, lo que equivale decir a toda Iberoamérica. Por el hondo y cabal conocimiento de la psicología del indio boliviano; por la rebeldía *en sourdine* con que se describe su triste destino de eterno explotado; por la gran belleza descriptiva del paisaje, que en nada cede al mejor Gabriel Miró o Azorín, puede proclamarse, sin hipérbole, a este libro, como uno de los más valiosos exponentes de la actual literatura continental.

\$ 4.— m/arg.



EDITORIAL AYACUCHO





ALTIPLANO



RAUL BOTELHO GOSALVEZ

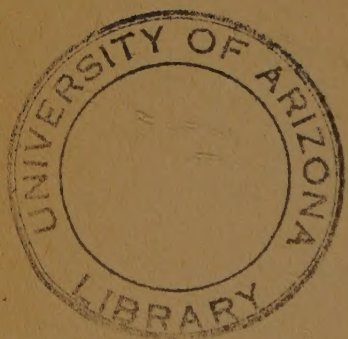
# ALTIPLANO

NOVELA INDIA

EDITORIAL AYACUCHO  
BUENOS AIRES

Queda hecho el depósito  
que previene la ley 11.723

Copyright by EDITORIAL AYACUCHO, S. R. L.



863.72  
B748a

*A mis padres.*

**R. B. G**

60/61-6

*Esta novela fué escrita entre junio,  
julio y agosto de 1940 y presentada al  
Jurado boliviano en el Concurso de No-  
velas Latino-Americano convocado por  
la Unión Panamericana.*

EL AUTOR.

PRIMERA PARTE



## EL AYLLU

Jatun-Kolla es una comunidad agraria de indios aymáras, asentada en la planta de una alta y rojiza peñería, llena de pájaros silvestres que guturan sus melodías posados en las ramas de los *kollis* verdinegros.

Las *chujllas* de las familias más antiguas han trepado en los riscos del cerro y desde allí parecen ocupar un sitio de preeminencia sobre el resto de chozas desparramadas en el fondo de la quebrada, en el sitio donde la gradiente desaparece y se disuelve, en los extremos de la comunidad. Allí empieza la llanura amarillosa, parda, que al Este no tiene órbitas ni límite, porque en ese lado sólo hay horizonte abierto, duro y seco cual las pupilas de un muerto que mirase sin ver. Al Norte, desde la cima del cerro de Jatun-Kolla, la vista en cambio se detiene en la gibosa esfinge del Illampu, que es casi un grito de hielo petrificado, cuyo eco se pierde en el vértigo de las nubes y de las estrellas, sin que haya más que nieve, hielo y vacío por ese lado del horizonte, que los comuneros consideran como el fin del mundo, aunque algunos viajeros hayan contradicho esa creencia al traer tostados productos del Yunga, cestos de coca y latas de aguardiente adquiridos en el paraje donde la montaña

posa sus plantas como en un pedestal. Y al testimonio material añadieron sus relatos de un más allá, perdido a través de ríos y abismos profundos, de pantanos y bosques impracticables, por donde se iba a dar a unos grandes campos verdes y calurosos en los que las palmeras se contorsionaban como lascivas y atrayentes mujeres vegetales. Pero esto sólo eran historias relatadas junto al fogón, en cautelosa e insomne rueda de *huaynuchos* peliríspidos y cobrizos, que sentían arderles sangre de *huanacos* en las venas con el deseo de ir a esas vagas y extrañas zonas donde los que marchaban a veces no volvían nunca, quizá porque se acostaron con la felicidad, quizá porque hubo para ellos el hallazgo de un tierra prometida dispuesta a inmolarse. Así el horizonte del Norte era fábula y magnificencia que inquietaba a los jóvenes comuneros que estaban en trance de ensueño y aventura. Empero, ninguno alcanzó a ir más allá del pueblo de Conzata, porque si bien les tentaba el horizonte, el calor de la tierra causábales un suplicio infernal; de manera que, mohinos y empalidecidos por la anemia o el paludismo, regresaban a Jatun-Kolla para engrosar con su fantasía el nutrido libro sin páginas de la leyenda. En esta forma, el horizonte del Norte acarrea todas las agujas magnéticas de la imaginación, cobrando prestigio de tierra misteriosa, inconquistable y siniestra.

Al Sur, por el contrario, los comuneros sabían que a media jornada de viaje se hallaba el lago Titikaka: risueño a veces, colérico y encabritado otras, pero siempre ameno, azul y fulgurante como el cielo. De allí venían los balseros de manos anchas y fuertes, tórax espléndido, mentón sólido, alta frente y un vago aire de conquistadores. Traían en las espaldas un atado de peces: *hispi*s pequeñi-

tos, *suches* pintados a rayas, *karachis* de vientre pajizo, *humantos* de carne sabrosa y blanca, buena para los enfermos y los débiles. A veces también traían *chokas* y *huallatas* muertas a pedradas y que en la brasa dispuesta del hogar campesino suplían la rutinaria alimentación del puneño. En esta forma el Titikaka brindaba manjares para las bocas y emociones para las almas de los indios. De ahí que las veces que dirigían la vista hacia aquel lado de la vasta tierra, una oculta gratitud encendía sus ojos retintos que destellaban con esa escondida llama que se consume en toda pupila que sabe que lo que mira es suyo o está alcanzado en gran parte: eran ojos de enamorado los que miraban al Sur.

Cosa distinta sucede cuando, desde el cerro, los indios miran al coloso del Norte, alzado allí como una muralla, lo cual les causa malestar, sinsabor y mucha inquietud, pues saben que aquel lado no se deja vencer jamás y adquiere para sí el prestigio de lo eterno y lo fatal.

En el confín del Oeste, unas doce leguas de altiplano de por medio, hay una línea de serranías chatas, sin orgullo, igual que una manada de llamas oscuras y tullidas, que forman una dehesa geológica donde suelen encerrarse las nubes. Allí, como ágil llanero, las doma el viento del altiplano y las apercolla contra las montañas para estrujarlas hasta que sangren lluvias.

El lado Este, pasando las últimas garras que afianza en el suelo el cerro de la comunidad, el altiplano es uniforme, plumizo y aplastador como un martillo. Se tiende bajo el sol leguas y leguas, fundiéndose al fondo con el cielo, igual que un mar.

El cerro de Jatun-Kolla tiene forma cónica mirándolo de distancia, pero desde su fundamento la mole varía de aspecto. Roquedos en punta, pizarras a medio deslizarse, pedrones negruzcos, veteados de musgo, que se sostienen en vilo y alguna vez se vienen abajo, de tumbo en tumbo, como cabezotas decapitadas a una hidra gigantesca y traen consigo una legión de piedrecilla menudas que, quieras que no, se detienen en las *pircas* o se riegan en el fondo de la quebrada cerrando el gznate de las acequias que nutren las *aynocas* de la comunidad.

El cerro ha sido desde tiempos inmemoriales una especie de padre del ayllu. Por sus miembros han corrido como vizcachas todos los *yokallas e imillas* cuando eran pastores y muy de mañana escalaban por sus faldas, en compañía de las majadas, hasta la cima donde crece un gorro de *ichu* verde y nutrido, que es bueno para engordar al ganado. Con sus piedras han hecho los cimientos y paredes de las chujllas. El ha dado la providencia del agua común por dos vertientes que, sin que nadie sepa cómo, surgen de unas pozas naturales situadas entre las peñas. En invierno el raudal es exhausto porque las aguas se congelan y en las peñas forma carámbanos de hielo irisado, pero los comuneros apalean la superficie de las pozas y obligan al agua a que baje. Entonces la corriente se desliza, aterida, floja, a boqueadas, hasta el terreno de los plantíos.

Cuando pasa la época invernal, con sus noches frías y alucinantes que parten las piedras del cerro y forjan en el silencio extraños ruidos de herrería, las tierras se regalan de nuevo por una treintena de acequias cantarinas y limpias que son la angurria de las fincas cercanas. Por eso no falta quien diga que esas vertientes, con sus lazos

de agua, tarde o temprano iban a ahorcar a la comunidad.

En Jatun-Kolla las tierras están barbechadas a semejanza de un tablero de ajedrez un poco desigual, un poco contrahecho. Mojonos que han sido puestos allí desde tiempos antiguos, señalan las pertenencias originarias del ayllu. No más de cien hectáreas de tierra de labrantío —el resto es erial de piedras e inútil para la agricultura; sin embargo los comuneros se afanan año por año en limpiar esa región y volverla productiva. Es empeño inútil. A medida que extraen piedras y las amontonan, brotan más y más, como paridas por la tierra. ¡Piedras! El trabajo más duro, más reñido y tenaz en Jatun-Kolla, rinde cosecha de piedras. Pero no importa: quizá un día la montaña de piedras sobrepase la altura del cerro; entonces será útil la tierra rescatada. Así piensan los comuneros y siguen limpiando los terrenos malditos.

Toda la extensión que empieza después del pedrerío del ayllu pertenece a la finca de Tarakota, y junto a la misma comunidad hay grandes extensiones de tierra sin cultivar; como apenas son el rabo del elefante que es Tarakota, nunca hubo ocasión ni para mirarlas. El amo de la finca, jovenzuelo vicioso y despilfarrador, vive emporcado en una ciudad del extranjero e ignora a buen seguro los aledaños de la propiedad que heredó de sus padres. Con que Florencio Flores, su mayordomo, cholo y ex corregidor para más señas, le gire mensualmente unos cuantos miles de bolivianos, todo lo demás le importa un bleño. Entre tanto, los comuneros de Jatun-Kolla limpian de piedras el poco terreno que les queda y miran con triste y pacífica ambición las tierras baldías y fecundas de Tarakota.

No pasan de ochenta los barbechos que ocupan la mano

activa de los indios. En la pampa y en el cerro se encuentran diseminados, como al descuido, con valladares de piedra que los encierran con sus dogales. Los terrenos grandes tienen la *chujlla* en la vereda que más abriga de la inclemencia del viento serrano. En el patiezuelo de las viviendas hay *kantutas* de rojas y áureas campanillas que prodigan a los indios la sombra escuálida y transparente de sus ramajes. También hay *kollis* de miembros nudosos y torcidos que yerguen su mechón de hojas oscuras. Algunos cactus, retamas y salvajina ponen su nota de verdura entre el pedregal y la tierra, subidos como perros en las bardas de adobe.

Las *chujllas* de la comunidad son verrugas en la piel sarmentosa del altiplano. Han prendido igual que hongos al margen de las plantaciones desparejas, onduladas, que se mueven como cabelleras cuando el viento les alisa las espigas con ademán de caricia. Algunos espantapájaros se balancean en los sembríos cual estrambotes funambulescos, para amedrentar a las bandadas de pájaros que inundan la comarca hurtando el poco pan de los indios.

Cada una de las casas, mitad por fe, mitad por superchería, tienen en el techo de paja plomiza por el humo que sale de los fogones y por la excesiva sequedad, un crucifijo de palo el que en la casa de los comuneros acomodados suele ser de hierro, con una lanza, una escalerilla, tres clavos, una esponjilla, el lienzo de la Verónica y un gallo, símbolos de la muerte de Jesucristo. Asimismo, bajo los brazos de la cruz, hay una pequeña *huaca* de barro cocido que representa la figura de una oveja, una llama, un toro o un caballo. Así los comuneros extienden la protección de la cruz a su casa y su hacienda, contra los perpetuos peligros del rayo.

Siembran tubérculos y cereales. También hortalizas, que son racionadas en el plato de cada día. Pero la especialidad de Jatun-Kolla es la papa. Una papa negra y harinosa, grande como el puño de un varón y que sirve para todo el año y los siguientes, siempre que se le haga helar y secar al sol.

A pocos metros de una inmensa mole roquiza, que sobresale del cuerpo del cerro como si fuese un púlpito, está la iglesuca de la comunidad, con el campanario rajado, equilibrista, donde anidan los *alkamaris*; su techo silba y brinco-tea cuando el viento lo sacude. Las puertas son grandes y pesadas, con rosetones de bronce y clavos verdes y grandotes como sapos. En el único altar que hay en el fondo de la nave, donde una claraboya diluye un haz de claridad trémula y medrosa, se eleva la imagen de San Isidro Labrador, patrón de los campesinos de Jatun-Kolla, y a los pies del santo, sobre el burdo tabernáculo de madera tallada, una oleografía de la Virgen de Copacabana. En ambos costados del altar, en hornacinas de barro crudo y apenas blanqueado de cal, se alzan las polvorientas figuras en bulto de la Virgen del Carmen, patrona de las lluvias, y el milagroso San Antonio: lampiño, tonsurado, con extáticos ojos de vidrio y sayal envejecido por el tiempo. Le rodean centenares de ex votos que acreditan su privanza e infalible intercesión en las cosas divinas.

Cuando hay buena cosecha los indios se apresuran a poner un buen centenar de velones de sebo que, humildemente, en el suelo, arden hasta agotarse, en prueba de gratitud. Pero cuando hay mala cosecha van a buscar a San Antonio. Se querellan y le acusan de falsete y mal amigo, luego le

dan una azotera y le castigan poniéndole boca abajo en el altar.

Una vez al año, en la fiesta de San Isidro, el tata-cura del pueblo de Umacachi aparece por los alrededores de la comunidad cabalgando a su mula trotona y pelinegra, como un negro bulto grasoso y ventrudo. La grey le recibe en medio de gran alboroto, con música, cohетillos, mixtura de papel de colores y repique de campanas enloquecidas. En la puerta de la iglesuca se apea de la mula, da unos cuantos resoplidos y con gesto apostólico echa la bendición a la gente.

Acompañan al tata-cura cinco o seis *cholitos* que en romance boliviano equivale a decir potaje de varias razas; cada cual en su respectivo jamelgo lleva las vinajeras, el cáliz, el misal, la casulla, la dalmática y todo el resto del aparato necesario para impresionar a los indios y poner fasto en la ceremonia, porque todo lo costean los comuneros, ya que cuanto mayor sea el boato y la duración de la misa y el tata-cura espete buen número de rotundos latinajos, obtendrá más pingües ganancias, mientras que los indios recibirán lengua y sólida bendición para cosechas y vidas.

Transcurre la misa en medio de un acezante susurro de rezos y lamentaciones. La figura flemática del tata-cura tiene ademanes solemnes y un bamboleo de mestiza jactancia. Pero cuando el acucioso olor de la indiada le ha llenado las narices, pierde serenidad y jactancia y se apresura: bebe el vino del cáliz de un sorbo, devora la hostia y luego de unos cuantos "Dómines vobiscum", se despoja de las ropas sagradas y sale a espetaperros por entre la multitud arrodillada. En la puerta empieza a respirar con

fruición, mientras en la iglesuca figonean sus acólitos en pos de limosnas. En seguida el tata-cura reposa en un poyo de adobe y desde allí realiza el toma y daca de las bendiciones. Pronto los sombreros de sus curiales se atiborran de monedas. Los indios le ofrecen huevos, gallinas, papas, conejos, en cambio de un Credo por el responso de sus deudos. Y el tata-cura semeja una verdulera en medio de tan variada cosecha. Después bebe unos vasos de cerveza traída para él y monta en su mula pelinegra; se va. Le siguen sus satélites, que se amañan en la tarea de sujetar en sus rocines la multitud de cosas que lleva a su parroquia el tata-cura. La caravana sacra emprende el viaje de retorno. Se va. Se pierde en el recodo. Ya se ha ido.

Pronto ponen candela a la mecha de los fuegos de artificio. Comienzan las libaciones de alcohol y los sonidos pentatónicos de los carrizos: Un plumerío multicolor empieza a levantar polvo con sus plantas bailarinas. Y baile y borrachera se prolongan durante seis días consecutivos en que se agotan todos los recursos de la comunidad, salvo las semillas y lo indispensable para llenar la tripa hasta la nueva cosecha. El *alférez* o encargado de contratar la misa del año, de ofrecer la fiesta y correr con el gasto de alcohol, es demasiado orgulloso para reparar en melindres. Echa la casa por la ventana, y él mismo acaba por arrojarla ventana abajo, desnucándose en el empedrado de la deuda. Pero, bien que mal, estas pequeñas tragedias económicas se solucionan entre los mismos comuneros, pues de ser de otra manera, ésta es hora en que estaban entrapados hasta la rodilla por los avispados leguleyos de Uma-cachi.

Cuando se concluyeron las treinta o cuarenta latas de al-

cohol de cuarenta grados, que rebajados con un poco de agua de añadidura, es el licor consuetudinario, regresa la normalidad al ayllu. Se cierran las puertas de la iglesuca; se descuelga la campana "para que no atraiga al rayo ni se columpie el demonio", y los campesinos vuelven a sus tareas habituales, aunque con una horrible comezón en las entrañas, fruto de los diez litros o más de alcohol que han ingerido. Desde ese día en la comunidad no volverán a beber hasta el año venidero. No faltan, sin embargo, algunos indios que van a Umacachi y allí, donde hay *trago* seguro y perpetuo, se embriagan de vez en cuando, pero con mucha cautela, porque el tata-Corregidor, el tata-Alcalde, el tata-Intendente y el tata-cura, cuatro patas de la bestia opresora del puneño, les sumen en el negro agujero de un calabozo por no tener dinero para pagar la multa por ebriedad o les hacen trabajar gratuitamente sus chacras. Todo en nombre de las buenas costumbres, sin perjuicio de que el cholerío doctorado de Umacachi recaude el beneficio de inventario, venda licor y cobre multas.

En Jatun-Kolla la vida es buena, pero ruda. Apenas se altera con las pequeñas rencillas que soluciona la intervención del *Consejo de los Achachis*, representantes de cada familia. Antes ellos concurren los querellosos a exponer sus asuntos, y previa discusión los *achachis* dictaminan con veredicto que es el acabóse definitivo que pone el punto en la i. Por eso en el ayllu reina una paz soberana, engrandecida por la soledad de la campiña.



Para el indio puneño no hay más que tres épocas en el año: la de lluvias, la de fríos y la estival.

La época lluviosa siempre se ha visto trajinada por ventarrones súbitos que acarrear grandes y parduzcas nubes que ensombrecen la tierra y obligan a los pastores a regresar antes de tiempo con su rebaño de ovejas, para acogerse al calor de los establos que se construyen a propósito en las tierras que hay que abonar, así los excrementos aumentan la resistencia de la tierra para su parto futuro.

Las tempestades se apiñan contra la cordillera y se desatan aulladoras y repentinas con fragor de ejércitos que combaten. Zigzaguean los relámpagos y sobreviene su trallazo con ruido de los mil demonios. El agua cae con furia en las ávidas fauces de los sembríos que se esponjan de gozo, remozándose con alegre clangor. Ventean las mil narices de los surcos como aletas de miriadas de mujeres en celo. Un olor capitoso huye de las eras. Los indios atisban desde la puerta de sus *chujillas* la gran fecundación y se contentan mientras no dura mucho la lluvia, porque si no llega el caso de tener que fruncir el entrecejo con la preocupación de que los aguaceros se extralimiten y lejos de fortalecer las plantaciones, las ablanden y agusanen.

El altiplano es tierra seca; las lluvias no son muy tenaces, por eso que siempre será mejor la tempestad diluvial a la sequía: al menos así se recoge una cosecha pobre, esmirriada, que alcanza sólo a resarcir las semillas.

Después de cada lluvia los campesinos se ponen a revisar las plantaciones. Hacen canalillos a cada tallo. Acarician las hojas que han brotado; les hablan con ternura paternal. Hunden las manos en la tierra húmeda y musitan la oración de sus antepasados y de sus descendientes. "¡Oh *Pacha-Mama*, madre mía: haz que tus fecundas entrañas me den muchos y buenos frutos, que mi trabajo no sea estéril, pues

*sólo tú eres la esperanza de nosotros tus hijos!*" Miran y remiran con una expresión de dulce expectativa los surcos que se alinean como tirados a cordel. Destruyen las plantas dañinas y sólo se retiran del agro cuando se han convencido de que la simiente de agua ha sido aprovechada, y que el secreto e ingente vientre de la Pacha-Mama sigue su inmenso crecimiento, que ha de asombrar con una múltiple y esplendorosa parición.

Los meses lluviosos transcurren con días nublados que tienen eléctricos sacudones y oleajes de viento varonil. Pronto la tierra reverdece y las espigas yerguen su grueso penacho agitado, que hace pensar en la harina del pan y en los pesebres llenos. Si no ha caído granizo y machucado las sementeras, los indios vivirán contentos, confiados en el futuro; pero si es lo contrario, ya habrán de llegar los días de rigor y penitencia.

En los comienzos del invierno empiezan las cosechas y la vida es una fiesta. Un centenar de hombres y otro de mujeres inician el trabajo colectivo. Primero en las tierras de comunidad, cuya cosecha sirve para dar de comer a los inválidos que acuden al ayllu y socorrer a los comuneros en la mala época o cuando se agotan los abastecimientos.

Los campesinos se encorvan enfrente de las ringleras de cereales y con rápidos movimientos de hoz, en breves días dan fin al orgullo de las mieses. Se forman gavillas y parvas, cuyo crecimiento será el índice del bienestar general. En seguida viene la recolección de las papas. Por delante va el varón, con la azada que viola el surco al encajar su hierro apartando la tierra que cubre al tubérculo; detrás, inclinada hacia la tierra y con la grupa en pleno ofrecimiento, la hembra atisba la frágil terrorería y la desmenuza en

sus dedos, buscando el fruto menudo. Lleva en brazos una canasta de paja donde caen las papas y ocas, porque los comuneros de Jatun-Kolla acostumbra sembrar ocas y papas en una misma sementera para que así las hermane el destino.

Tardan algunos días estos trabajos para la comunidad, pero cuando ya han sido llenados los graneros colectivos y los terrenos ostentan una calvicie gris y trasegada, los indios, contentos, van a entregar la fuerza y sudor de su cuerpo a su propia tierra. De lo alto del cerro, los niños que pastan al ganado se entretienen el día entero en contemplar el trabajo de sus padres y hermanos mayores. Entre las chatas cabañas y los valladares de piedra, los indios se mueven en constante actividad. Ora inclinados como para comunicar su secreto a la Pacha-Mama, ora erguidos tras de la yunta de bueyes. Las polleras de las hembras, destacan su color encendido de igual manera que repollos rojos, violetas, amarillos, verdosos, sobre los campos de agricultura. Mientras así contemplan a los comuneros, los niños juegan a personas mayores y los perros lanudos y melancólicos les miran con dulzura franciscana.

En estos días el cielo está despejado y azul. Ni una sola nube empaña su abismo. Pasan bandadas que emigran a la tierra templada. En grandes círculos concéntricos los *al-kamaris* planean en la inmensidad. Únicamente el viento, suave y taimado, entona raras melopeas en las cuerdas de la paja. Una soledad impresionante como un monstruo mudo y ciego, dormita sobre las cosas.

El invierno desnuda las sementeras de los últimos rastros. Vientos fúnebres, que lanzan clamores estentóreos, van y vienen por todo el yermo. En el amanecer la pelambre

ríspida de los pajonales está muy escarchada y con los primeros rayos del *Inti-Tata* reverbera con vidriosa refulgencia. De las cabañas y cortijos de la comunidad sale un penacho de humo, nuncio del yantar que se cocina bajo techo. Los rebaños balan y en los corrales hay vocinglería de bestias que se desperezan. En los establos mugen las vacas y los bueyes. Hacia las siete de la mañana empiezan a llenarse de animales los estrechos senderos que conducen al cerro y a los herbazales de apacentar que no perdieron su verdor, aunque ya amarillean en algunos sitios.

El invierno es pesado como un bloque de hielo y las paredes de las casas suelen cuartearse bajo su peso, lo mismo que las rocas del cerro; mas, en el almanaque camina muy aprisa y se va cual un sueño de éter. Trás él camina una caravana de témpanos y cerros nevados, que crujen como tiritando bajo su albo poncho.

En la noche de San Juan Bautista los comuneros encienden grandes fogatas frente a las puertas de sus *chujllas*. Van a los terrenos que han de sembrar ese año y allí hacen arder montones de boñiga. Suben al cerro y tachonan de rojas flámulas todo pajerío o matorral que anda por ahí medrando sin provecho. Así la tierra se calienta en la noche más fría del año y se abona con la ceniza, para volver a ofrecer su verde brindis de pastos y cosechas.

Después de que ha pasado San Juan, las cenizas que dejó la fogarada son acarreadas por el viento, mientras la vida en la campiña sigue hilando sus tranquilos copos rusticanos.

En los últimos días invernales la comunidad empieza el trabajo de remoción de tierras. Las yuntas de bueyes tiran de los pesados y rústicos instrumentos de labranza y las vísceras oscuras y cálidas de los barbechos salen destapadas a

deslumbrarse bajo el día. Participan en estas faenas todas las personas útiles: unos, con una fuerte maza, destripan los terrones; otros, juntan las raíces secas de las plantas cosechadas en los meses pasados y que quedaron culebreando bajo tierra como gusanillos; otros forman pequeños montones de guijarros en las afueras del sembrío. Grandes y pequeños, jóvenes y viejos, manipulan con solícito amor la buena tierra, seguros de que el esfuerzo será pagado. Así desde el alba hasta que el sol trasmonta el fondo del cielo, los comuneros se afanan sobre el campo.

De pronto sobreviene el estío. El *Inti-Tata* arde hasta caldear la tierra. La sangre de los hombres alborota sus venas y el deseo humedece a las mujeres. Se juntan y hacen el amor sobre la misma tierra que les nutre, en la pampa, en las rocas, en las parvas de cebada, quejándose y gruñendo. Es la época en que los sementales enflaquecen como el sonido de las *quenás*; en que los potrillos *sunichos* rompen la cuerda que les sujeta el cabestro y marchan desalados relinchando a través de los campos soporientos, en busca de las yeguas. Los toros braman y azotan sus flancos con la cola y escarban con furia; de lejos, las vacadas mugen y ramonean sobre el pasto. A ratos, los bueyes, con más tristeza que nunca en los ojos, rezongan quedamente y hurgonean la tierra con las pezuñas. A las roquizas escarpas del cerro también llega el olor carnal de la llanura, y los huanacos y llamas se aman, con un amor silencioso y arisco como las punas.

Cuando la semilla ya ha caído en el vientre de las hembras del hombre y de la bestia, la Pacha-Mama se abre en el esplendor de sus mil surcos y aguarda la varonil llegada del amor.

La siembra empieza.

Todos los comuneros traen sus yuntas y arados al campo del ayllu. Vienen los bueyes enjaezados con vistosas frenteras y enjalmas de colores, donde lucen espejos, lentejuelas y monedas antiguas. De la mancorna sube un palo delgadito con la bandera boliviana o la *wipala* del Kollasuyo. El más viejo y respetable anciano de la comunidad abre un surco y echa en él sendas buchadas de aguardiente y coca mascada. Es la señal: como uno, cincuenta o setenta arados encajan su fállica dureza en la tierra. Un suspiro inmenso estremece al sembrío. El humus olea como en un vértigo y la simiente, en amarillos puñados, cae de la mano del sembrador indio.

Todo el día dura el vaivén de las bestias en el campo, hasta que la tierra, ahíta, en la noche oculta su vergüenza.

Cuando haya terminado la siembra de las parcelas de la comunidad, los indios llevarán las yuntas a sus sementeras. Ahí, de manera individual, trabajarán su propio alimento y con las primeras lluvias ha de empezar su desasosiego, su expectativa por el futuro. Escucharán retumbar la tempestad. Mirarán, absortos, la venida de negros nubarrones que se lanzan como buitres con garras de granizo. Verán pasar las lunas, una tras otra; el sol clavará en ellos su pica; el viento les hinchará el poncho varios meses y cuando los campos ondulen en apretadas filas de trigo, cebadas, *quinua*, habas, *cañahua*, papas, empezarán a afilar las segures. Cosecharán. Será opulenta o menguada la recolección, ¿quién lo sabe? Tal vez vengan el hambre y la peste, pero pasarán los días, vendrán las lluvias y las heladas, llegarán de nuevo los calores. Y el altiplano continuará su marcha horizontal a lo largo de los siglos y de las cordilleras.

## EL SIGNO ESCALONADO

La comunidad tiene orígenes tan remotos como el mundo. Nadie sabe de cómo se formó ni quienes fueron sus primeros pobladores. Sin embargo, en Jatun-Kolla la familia de los Villca cree ostentar derechos primigenios porque está bajo su mano lo menos una tercera parte de las tierras de labranza, ~~pobladores. Sin embargo, en Jatun-Kolla, la familia de los~~ y como son belicosos e intransigentes, los comuneros no chistan a su peripuesto y marcial aire de caciques, cuya aristocracia radica en las diez vacas, ciento cincuenta ovejas, algunos *sunichos*, mulas y burros. Lo cierto es que los Villca vinieron hace más de un siglo de la región del Titikaka, abandonando el ayllu en que vivían porque allí se repetían con frecuencia los alzamientos indignales y, ¡claro!, las sanciones no reparaban en culpables, de tal suerte que los ciegos mandobles de las autoridades tajaban cabezas y cabecillas sin hacer el menor distinguo.

Fué después de la sublevación de Tupaj Katari, que puso sitio a la ciudad de La Paz en 1781, cuando los Villca fueron apresados en Tiquina, y de cinco hermanos que eran, sólo quedó uno para contar la historia. Este se marchó con la mujer encinta, el ganado y la fortuna de sus hermanos

ajusticiados hasta Jatun-Kolla. Allí le acogieron con los brazos abiertos. Tiempo después nació un niño al que dieron el nombre de Pedro y éste fué el que, andando el tiempo, empujó en el suelo del ayllu las estacas de propiedad y empezó a dominar. Más tarde, quizá arrepentido de haber alargado tanto las uñas, quiso devolver a los indios de la comunidad gran parte de las tierras malhabidas, pero sus hijos que ya conocían los beneficios de la fortuna, dieron al traste con la autoridad paterna y cuando la hubieron suprimido por entero, tornaron a poseer la tercera parte de las tierras de comunidad. Ahí está el porqué los Viílca se arrojan el privilegio de considerarse indios originarios y poseedores inviolables de la tierra.

El resto de indios tiene cuatro o cinco hectáreas de tierras de labor por familia y viven con la estrechez acostumbrada, con un apego tan profundo y ancestral a sus parcelas que antes los matan a que ellos las abandonen. La tierra es su carne, su sangre y sus huesos. Su alma misma es tierra blanduzca y abonada por la superstición.

Todos estos propietarios permanecen unidos por el común destino de la naturaleza. Si les aflige la desgracia, sus lamentaciones son coro gimiente y atribulado que suena por igual en cada casa. Si les visita la alegría, sus caras de cóndores cobrizos, resplandecen con oculto fuego. Y de esta manera, su manso espíritu rural se uniforma en una común medida para todo. Ni quién más, ni quién menos. Es el contentamiento del rebaño manso que se deja conducir por la existencia. Así, tal vez, los pequeños propietarios, que son los auténticos comuneros, son felices con sus laboriosas vidas de hormigas que cumplen su destino de trabajo en un rincón ignorado del mundo.

Fuera de esta clase de indios, existen los otros: los que no tienen tierras y vinieron al ayllu a vender su trabajo, huyendo de las fincas. Son muchísimos, tantos, que si se propusieran repartirse la tierra entre ellos, maldito que los contengan todos los comuneros, inclusive los orgullosos Villca, pues acabarían con ellos en un santiamén. Mas, no ha llegado su hora todavía, por eso rumian en la inercia de su cerebro la idea de que no son tierras de indios las que deben recobrar, sino tierras de latifundistas, tierras usurpadas.

Unos seis indios de éstos trabajan para los Villca y reciben como salario el puchero y la casa. No piden más. Su indigencia es tan infinita como su desamparo, por eso que prefieren mil veces el patrón de su propia laya al latifundista blanco o mestizo, que les muele a palos y no les da otra cosa que tierras de desperdicio para que en ellas cosechen su alimento, que en muchos casos es secuestrado por el mayordomo, tan rapaz como el dueño.

Algunos pequeños propietarios también tienen a su servicio uno o dos peones, y acaban por atraérselos tanto que hasta llegan a formar parte de la familia.

De esta manera Jatun-Kolla participa de la tragedia de los campesinos sin tierra y los recibe hasta donde le permiten sus recursos; pero cuando han colmado la medida de resistencia, no pueden menos que expulsarlos del ayllu y verlos irse: harapientos, con olor a pringue y miseria, por los caminos angustiosos e inacabables del hambre.

Jatun-Kolla es así: sangra por la misma llaga de los desheredados.

La comunidad tiene trazas de sociedad en miniatura. Los Villca, son la burguesía usurpadora y orgullosa de su riqueza. Los Huanca, los Huallpa, los Yupanqui, Ticona, Choque, Chuquiuanca, son los pequeño-burgueses y, por último, viene la legión de los Condori, Mamani y Quispe, sin heredad ni salario, rebalse paupérrimo de las grandes y opulentas fincas del altiplano. Son el proletariado campesino.

Cada familia tiene su historia, su tradición, encendida de continuo en la boca de los abuelos. La historia más edificante y fantástica es la de los Villca, que no ven lugar ni hora para andar relatándosela al prójimo. Las otras historias familiares de los comuneros no tienen el sabor divino y trascendental que tiene la de los Villca. Son historias desabridas; les falta sal de imaginación, pimienta de nobleza. Son historias insufladas de rutina y escucharlas aburre como la lluvia. Historias desmedradas y vulgares como la paja: sin un héroe ni un cacique en su ámbito. Todo es común en ellas, común como los pelos.

Los otros, los que no saben qué son, ni adónde van, esos no tienen historia, o si la tienen ella puede resumirse en estas palabras: ¡hambre, persecución y muerte! Engendrados por el dolor y la miseria, a ellos reconocen por padres. Han sido peones de las fincas, peones de las minas, peones de las ciudades y peones de los ayllus. Nunca hubo para ellos otro sitio. Son peones como lo fueron sus padres y lo serán sus hijos. En suma, su historia es así, una historia de peones, una poquita cosa.

Para hablar de la familia de los Villca hay que remontarse algún tiempo atrás, cuando aún vivía el viejo Pedro Villca, el progenitor de la casta. Era éste un viejo alto y donairoso, de nariz corva y salido mentón. Tenía aires de gran señor *Orejón*, aunque su apostura en las postrimerías de su larga vida se desgarbó, agobiada por los ochenta y tantos años que llevaba encima. Ocupaba el lugar más importante del Consejo de los *Achachis* y como tenía ganado predicamento de hombre enérgico y de pocas palabras, su autoridad no sufría desmedro de ninguna clase. En el ayllu su figura fué muy familiar, pues, aunque enteco y achacoso, iba a diario a visitar las viviendas de la comunidad donde los indios le recibían con muestras de sumo agrado, ya que siempre había algo que sacar de provecho con la amena charla del viejo. Especialmente los *huaynuchos* y *yokallas* le querían como a verdadero abuelo y a él entregaban su conciencia. El viejo Villca sembraba allí, en eras vírgenes, buena simiente de consejos y enseñanzas. Nadie mejor que él para relatar fábulas de animales nutridas con la astucia del *kamake*, la sutileza del halcón y la culebra, la torpeza del puma y el cóndor y la marisabidilla experiencia de los pájaros. Solía sentarse sobre un haz de cebada, con el peso del cuerpo echado sobre un fuerte y sinuoso bastón de madera de *keñua*, y desde allí narraba sus cuentos. Los niños le escuchaban embobados, con un dedo en las narices, pendientes del hilo de sus palabras.

Era la vida plácida y patriarcal para el Pedro Villca, pero sus hijos, que eran cinco: tres hembras y dos varones, desde que les entregó algunas fanegadas de tierra como dote, miraban con desconfianza el paulatino amansamiento

de su padre, quizá presintiendo que un buen día echase pie atrás para derrumbar la expectativa que tenían en el crecimiento de la dote. El viejo, por lo demás, fiaba en su autoridad y proseguía la vida en común, sin atenerse a la ambición de sus hijos.

El ayllu entero vivía sometido a la autoridad del viejo Villca. Que había un matrimonio que concertar: pues, se iba donde el viejo Villca. Que Fulano dió una paliza a su mujer: pues, había que avisar al viejo Villca. Que la vaca de Mengano tiene renguera y enflaquece sin remedio: pues, hay que consultar con el viejo Villca. Que hubo un deslinde en los terrenos de Zutano y Perengano: pues, a pedir la resolución del viejo Villca. Que algunas guaguas están con gusanera: pues, hay que llevarlas donde el viejo Villca. Y en fin, el Pedro Villca era insustituible en todo. Sin embargo, su ciencia sólo se basó en la buena fe de los comuneros, aunque sin querer muchas veces hubiese causado estropicios irreparables; pero no por eso decreció su prestigio ni menguó su autoridad. El que por salvar un moribundo su empirismo haya ocasionado la muerte del enfermo que buenamente se prestó a sus prácticas de curandero, no tenía nada de particular. Además, en otros casos había dado resultado.

Desde diez años, antes de morir, el viejo Villca llevaba la *vara* de *Jilakata*, con anillos de cobre labrado e incrustaciones de plata, y lo hizo de manera tan digna que no hubo títere que se atreviese a disputársela. En primer lugar, porque el Villca tenía mucho partido y, en segundo, porque la familia Villca daba al traste con el intento de cualquier valedor.

El Villca en su mocedad, cuando tenía fresco el recuerdo

de sus padres que huyeron del Titikaka, había desposado a la hija mayor del Isidoro Yupanqui, que en ese tiempo era el más rico de los comuneros. A la muerte de su suegro, gran parte de las tierras de éste pasaron a poder de su mujer, y, por consiguiente, a manos del Pedro Villca. De entonces data el florecimiento de los Villca.

La *mamacuna* Antuca, su mujer, le había regalado con doce hijos: siete varones y cinco mujeres. La peste se llevó a la tumba a siete de ellos, de manera que sólo cinco alcanzaron su mayoría.

Los dos varones, crecidos que fueron, cada uno buscó pareja y el día de los esponsales recibió cinco hectáreas de tierra de labranza a cuya vera alzaron la *chujilla*. Las mujeres encontraron partido entre los mismos comuneros, de suerte que en Jatun-Kolla quedó toda la prole del Villca.

Los ancianos vivían contentos y regalados con los frutos de las tierras que araban sus hijos para proveerles de lo poco que necesitaban para acabar sus días, pero cuando murió la *mamacuna* Antuca, vino un soplo de desunión en la familia.

A las tres semanas de la muerte de la vieja, allegáronse al Villca sus dos hijos. El mayor, llamado Vicente, condujo al atribulado viejo hacia los escabrosos senderos que se relacionaban con la herencia.

—Tata —empezó diciendo—, hemos venido a pedirte que nos entregues más tierras, porque nuestras familias han crecido y tus nietos necesitan comer bien. Con las pocas hectáreas que poseemos no hay caso de llenar tantas bocas.

El viejo no se inmutó, y alzando la vista a través de sus grises pestañas, midió de hito en hito el porte de sus hijos. Requirió la *chuspa* de coca y se puso a masticar en silencio,

sin atender a los pedigüños que aguardaban con la vista clavada en el suelo y las manos, callosas y tostadas, sobre el grueso y burdo sombrero de lana de oveja. Al cabo de un rato el viejo Villca escupió al suelo y habló, parsimonioso:

—Con que ustedes quieren más tierras, ¿eh?

—Sí, tata —respondió Juan Villca, el hijo menor.

—Para tus nietos, —añadió Vicente.

El viejo quedó un momento pensativo y, luego, dijo:

—A ver, ¿cuántas hectáreas tienes tú, Vicente?

—Cinco no más, tata.

—Y tú Juancho, ¿cuántas tienes?

—Igual tata.

—Bueno, y ahora díganme: ¿cuántas bocas hay en cada *chujlla*?

—Seis bocas —respondió Vicente.

—Cuatro bocas —dijo Juancho.

El viejo, cazarro y solemne, se irguió como un *kolli* y recogiendo sobre los hombros los pliegues del poncho, con voz agriada, energética, sentenció:

—En la comunidad hay familias que tienen más de quince bocas, y a pesar de que no poseen sino tres o cuatro hectáreas, jamás se quejan de que les falte algo de comer o vestir. Sólo ustedes, grandísimos *kamakes*, me vienen con que hay más bocas en sus casas; bien sé que lo hacen por angurrientos, pero, ¡imbéciles! esas tierras que me quedan no van a dar a manos de ustedes, ¡volverán a la comunidad!

Vicente y Juancho encendiéronse de rabia. Ya barruntaban esa solución y les pareció inicuo que aquel viejo endeble y mezquino dejase escurrir de sus manos las tierras

que ya reputaban por suyas. Vicente, agarrándose con desesperación al último argumento, rosmó encolerizado:

—¡Pero, tata, esas tierras son de nuestra madre! Tú no tienes derecho...

El viejo perdió los estribos y tartajeando, inflamado, les impuso silencio:

—¡*Amuquin*, estúpidos! Esas tierras no van a procrear ricos habiendo tantos pobres... ¡Fuera de aquí, *kamakes!*

Los hermanos, temerosos de la cólera de su padre, se encasquetaron el sombrero y con aire derrotado abandonaron la *chujlla*. Vicente, desde afuera, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Viejo sarnoso, no volveremos a sembrar tus tierras y has de morirte de hambre como un perro!

El Pedro Villca asomó por la puerta su cara rugosa; estaba contraída con una mueca de profundo resentimiento. Hizo bocina con las manos y respondió:

—¡Fuera de aquí, *kamakes!* Ojalá vuestra cosecha se pudra...

Al día siguiente el viejo Villca fué hallado muerto. Tenía la cara congestionada. En el ayllu juzgaron que fué el dolor que causó la desaparición de la *mamacuna* Antuca el motivo del deceso. Sólo los dos hermanos Villca, con aire hipócrita y compungido, ocultaban la verdad, y ésta les escocía como una gusanera.

Vino la partija de tierras en la que las hembras tuvieron la peor tajada. Y de ahí en adelante los dos Villca fueron amos del ayllu.

No se detiene aquí la historia de los Villca, porque en verdad sólo se ha dicho la parte que concierne a su fortuna, pero su sangre, su origen, ¡ah!, en el magín de ambos

hermanos nacieron dos extrañas leyendas: la de Huayna Kapaj y la del *Cóndor Mallku*.

Una decía que sus antepasados fueron hijos naturales del Inca Huayna Kapaj, de tal manera que por sus venas corría noble sangre de monarcas del Kosko, sangre imperial, sangre del *Inti-Pachakamaj*. La otra contaba que el primer Villca había sido engendrado por un cóndor blanco que solía ir a la Isla de la Luna donde vivían las Vírgenes. Allí poseyó a la más bella de las *Escogidas* del Inca, la cual, al ser descubierta fué expulsada por la *Coya*, vejancón encargada del cuidado de las indias. La bella *Ñusta* fué a parar a un ayllu de indios del Kollasuyo, en las márgenes del Titikaka. Allí nació el "hijo del *Condor Mallku*". La madre, no pudiendo sobrevivir a su infortunio, acabó por arrojararse en las ondas del lago. Con el tiempo, el niño fué uno de los más indómitos guerreros de aquella parte del Imperio Tahuantinsuyu y muchas veces astilló su lanza contra las pétreas murallas que rodeaban la bella ciudad imperial del Kosko. Tuvo varios hijos. Allí entronca el árbol genealógico urdido por la fantasía creadora de los Villca que, siguiendo el curso de su capricho, necesitaban de aquel blasón para sustentar su orgullo y su riqueza. Y no faltaban en el ayllu quienes creyesen ambas historias.



Entre los pequeños propietarios de Jatun-Kolla no hay marcada diferencia. El que más y el que menos tiene aproximaciones y semejanzas que los uniforma. En apariencia son distintos, pero en el fondo, donde agarra la realidad y pone su zarpa lo evidente, lo mismo son los Huallpa, los

Choque, los Huanca, Los Yupanqui. En sus casas no rebotan los costales de papa y quínuá, pero tampoco rebajan de dos tercios. Siempre hay algo para llenarse el estómago y una *chuspa* llena de coca para *acullicar* por las noches. En cincuenta trancos pueden ser recorridos de largo a largo sus diminutos plantíos. El ganado se puede contar con los dedos de ambas manos. Y las aves de corral no pasan de una decena mal contada: quien diez o doce, quien seis o nueve.

El más caracterizado de los comuneros de esta categoría es Paulo Huanca. Tiene la cara picada de viruelas, y sus dientes están verdosos de coca y asoman hacia afuera cada vez que sonrío. Unos cuantos pelos de bigote ralo, con la guía mirando abajo, dan a su cara cetrina el aspecto de un tártaro. Paulo Huanca debe tener más de medio siglo de existencia ruda y fecunda, entregada en pleno a la masculina tarea de sembrar la tierra, aunque, después de haber visto que la prosperidad estaba en los vellones de los lañares, y que los Villca eran cada día más fuertes a medida que se apretaban las ovejas en sus corrales, el Huanca se arriesgó a invertir cuanto tenía en la compra de ocho ovejas y un carnero en el pueblo de Umacachi. En breves años se multiplicaron los bichos y fué necesario construir dos nuevos pequeños apriscos para encerrar los treinta y tantos animales.

Un hálito de bienestar rodeaba en ese entonces a los Huanca. Hasta tres veces al año las tijeras echaban abajo el vellón de las ovejas. Las mujeres torcían la rueca, hilaban y teñían los ovillos con las más vivas anilinas y tejían *aguayos* y ponchos, mientras los varones también hacían bonita urdimbre de surcos en las sementeras. Día a día

acrecentaba la prosperidad de los Huanca. Pero un mal día llegó una extraña peste que hinchaba a las ovejas, y una a una fueron muriendo hasta quedar apenas siete que eran puro pellejo y huesos. Los Huanca, agobiados bajo el peso de tamaña desgracia, hicieron cuanto estuvo a sus alcances para distraer al "mal de ojo": exorcismos, brujerías, rogativas. Y todo sin resultado.

El bienestar se vino al suelo, irremediablemente, derrumbado como una pirca de arena. Los establos quedaron casi vacíos. Los dos telares en que las mujeres tejían finos aguayos y ponchos de *kaito*, apoyados en la más oscura esquina de la *chujlla* parecían extraños y abandonados armatostes de madera. Ya no volverían a moverse las ágiles lanzaderas a través de la delicada malla; ya no tornarían las hilanderas a hacer bailar la rueca en sus dedos. Todo quedaría empolvado, en medio de telarañas y recuerdos. Pero ahí estaban los campos, dorados por el sol, con sus lomos ondulantes y prietos donde los hijos del Paulo Huanca se movían afanados en la lucha eterna por el pan.

El trabajo de los Huanca era duplicado en relación con el de otros comuneros. La familia, compuesta de doce personas, exigía a la tierra todo lo que pudiese darle. Su afán durante las diferentes épocas del año se reducía a sembrarlo todo, hasta aquellos sitios donde sólo brota el abrojo, entre piedras y arena. En los comienzos del invierno, como una bandada de ávidos gorriones, todos doce abalanzábanse a la cosecha, hurgando hasta los sitios menos sospechados. Así, a fuerza de trabajo continuo, la familia pequeño-burguesa de los Huanca luchaba a brazo partido contra la necesidad, no dejándose roer con el ratón de la pereza en aquel combate por la existencia.

Muchas veces los hijos mayores estuvieron a punto de abandonar el ayllu e irse a trabajar a otra parte para dar desahogo a la familia. Mas, era tan fuerte el sentimiento que los anudaba a la tierra, a la querencia, que sólo en trance supremo la habrían abandonado.

Cinco hombres y siete mujeres eran demasiadas bocas para comer lo que daban cuatro mezquinas hectáreas y siete ovejas roñosas. Pero había que vivir de cualquier manera, y se vivía con la opresión de la miseria.

Los Huanca habitan en los linderos del sudoeste de Jatun-Kolla, en tres *chujllas* de adobe y paja brava que rodean al patio, que tiene mohines floridos con la presencia de varias *kantutas*; junto al corral sucio y estercolado, se alza una parva de cebada para los tres borricos que poseen.

Las *chujllas* no tienen cuartos ni mucho menos. Rectangulares y chatas, apenas se alzan dos metros del suelo. Sus paredes interiores están renegridas por el hollín y la tizne de los braseros que arden consumiendo en el centro del cuarto, por donde corretean los cuyes, combustibles caseiros: *taquia*, boñiga y *thola*. Apeñuzcados en la pared, a los costados de la choza, los camastros revueltos, morada de piojos y pulgas, se alzan algunos centímetros del suelo, apenas la altura de un adobe. Allí los indios reposan de las arduas tareas de la tierra, tienen hondos sueños paganos y revolcones amorosos. De las vigas toscas y mal unidas con lazos de paja trenzada, cuelgan las hoces, el arado, el yugo de madera, los ponchos y rebozos para los días de fiesta. En algún recoveco dormitan los *pinquillos* y *charan-gos*, cuya caja es la caparazón córnea y un tanto crinuda del *quirquincho*, en espera de la mano que les acaricie para hacerles lanzar angustiosos aires de la estepa boliviana.

La vida deviene decadencia para los Huanca. Sin que lo adviertan, atraviesan una transición social que los empuja, no a la altura de los Villca, sino, por el contrario, a la de la turbamulta desharrapada que vomitan las fincas del altiplano. Su continente menesteroso, su aire tímido, apabullado por la miseria, no desdice del estado paupérrimo en que se hallan. Y bajarán más, hasta ser aniquilados por el hambre; pero como el Paulo Huanca es muy avisado y oteaba la posibilidad de deshacerse de sus hijos mayores, así le faltasen brazos para los sembríos, no trepidó un instante, y cuando en invierno vino la carestía, una noche, mientras el gélido viento rasguñaba la puerta de su *chujlla*, donde estaba con su mujer y los hijos menores, llamó a gritos a los varones, que holgoneaban en las chozas próximas:

—¡Justinoooo!... ¡Manueloooo!... ¡Pabloooo!

Con caras de sueño, muy descompuesta la faja de lana que envuelve la cintura y el cabello hecho un manojo de estopa embreada, entraron en la cabaña cada uno de los nombrados.

Un mecho de sebo ardía en una larga repisa de madera sobre la cual dormían las gallinas con la cabeza bajo el ala, mientras el gallo, despabilado, reflejaba el fulgor de la candela en sus redondos ojillos sanguinarios. Las guaguas, tiradas sobre los trapos de un jergón, atisbaban, insomnes, la junta de la familia. Un aire pesado, oloroso a boñiga quemada, rondaba bajo el techo.

Había algo de insólito en la actitud hierática y doblegada del Paulo Huanca. En cuclillas, cerca del fuego, tenía la mirada en la sombra del suelo donde a veces resbalaba la cinta bermeja del resplandor del fogón. Detrás, y en igual postura, la *mamacuna* escarmenaba una bola de lana negra.

—¡Buenas noches, tatitos! —fueron saludando cada uno de los hijos mayores. Tomaron sitio frente a sus padres y aguardaron su palabra. El Paulo Huanca no se atrevía a mirarlos de frente, pues le apenaba tener que decirles que se marchasen. De sobra conocía el destino incierto que les aguardaba lejos del ayllu, cuando ambularan mendigando trabajo en las fincas y aldeas, donde tropezarían con mil obstáculos y abusos de los mestizos y blancos. Pero había que resolverse. Ante él se alzaba la descarnada figura del hambre de sus hijos menores, el llanto de las criaturas y la desolada cara de su mujer.

En silencio transcurría el tiempo, mientras afuera las ráfagas frías y desgañitadas empezaban su preludio invernal.

Las mujeres, pensativas y enigmáticas como esfinges, apoyadas contra la pared, miraban con ojos húmedos y contristados. Sus manos cobrizas y magras jugaban con el cordón de lana que sujetaba sus dos trenzas de pelo endrino, descolgadas de sus hombros como sierpes.

—Hijos míos —tartamudeó el Huanca—, ustedes me han pedido, no una, sino muchas veces, autorización para dejar el ayllu. En principio me parecía que todos estábamos bien, pues no había hambre en nuestra *chujlla*, pero hoy que todos han crecido y ya están en tiempo de buscar mujer, la escasez de tierras me tiene preocupado. ¿Qué voy a darles como patrimonio? No tengo nada. Por eso les pido que vayan a buscarse la vida, y si les ayudan los genios de la buena suerte, podrán volver a Jatun-Kolla y pedir a los Vilca que les vendan unas cuantas hectáreas.

La *mamacuna*, que largo rato se estuvo conteniendo, de repente lanzó un quejido y poniendo de lado su labor, co-

menzó a zollipar y sorberse las narices, y alzando el reverso de su roja pollera de cordellate se enjugó los ojos. Esta actitud fastidió al Paulo Huanca y lanzó una severa interjección a su mujer. Luego, con aire rotundo y digno, dijo a sus hijos:

—¡Alisten mañana mismo su viaje!... Su madre les dará viandas para el camino y cada uno recibirá diez bolivianos para sus gastos.

Ni un susurro, ni una queja salió de los labios de los varones. Mustios, escucharon esa conminatoria al cumplimiento del deber, hasta que Justino, el mayor, habló en aymára, fuerte y viril.

—Sabíamos, tata, que hemos sido siempre una carga para ustedes; pero, ahora que se realiza nuestro deseo de abandonar la casa donde hemos vivido toda la vida, sólo queremos tu bendición.

Se arrodillaron los tres gañanes, y destocándose del gorro de lana que traían puesto contra el frío, recibieron la bendición paterna: —“Que Dios les alumbre el camino y que en las *apachetas* no les detenga el *Supaya*.”

Había algo de solemne y dramático en esta escena de despedida. Las guaguas, sin saber por qué, empezaron a berrear en el jergón de paja.

—Por ustedes, tatitos, y por las guaguas, nos iremos.

Luego se retiraron silenciosos.

A los dos días los tres hijos mayores del Huanca, después de haberse despedido de sus deudos y amigos, emprendieron viaje al Yunga, a emplearse como braceros en los cocales. Sus siluetas emponchadas, con la bufanda que flotaba en el viento y un aspecto de jorobados, por el bulto en que cargaban la ropa y provisiones, se perdieron tras de

la peñería, por el camino que conduce a la urbe de *Chuquiago*. Desde el portal de su *chujlla* el Paulo Huanca, rodeado de su mujer e hijos, miró irse a los desterrados. En su cara de tártaro cruzaba la sombra de la angustia. De los ojos de la *mamacuna* rodaron dos hilos de lágrimas silenciosas.

El sol ya empezaba a escalar el espacio. Una ventolina instantánea removi6 las chacras y ech6 tierra sobre el camino. El Huanca comprendi6 que no pod6a ser sentimental en condiciones tan rudas como las que atravesaban. Entr6 en la *chujlla* y de all6 sali6 con la madera del arado en un hombro y las correas del yugo en las manos.

—¡A trabajar todo el mundo! —exclam6, de pronto, con una voz que era de reproche y amargura al mismo tiempo. En seguida, pos6 sus ojos velados por el dolor en las sembreras que flameaban como una bandera de redenci6n.



Juan Condori lleg6 a Jatun-Kolla una tarde de noviembre. Por el camino polvoriento y solitario vino con sus tres hijos menores que temblaban de fr6o. El m6s peque6o, un tierno ni6o endeble y amarillo como una brizna de paja, gem6 constantemente y se rascaba la sarna que hab6a prendido en su pecho. Con un bracito rodeaba el cuello nervudo y arrugado de su padre que cargaba en la espalda un atado de ropa y de cuando en cuando exclamaba:

—¡*Amuquin, kolila! ¡Koli pankara!*

Los otros ni6os, pareja de hombre y mujer, caminaban detr6s del padre apremiando su menudo paso en la cinta

parda y pedregosa del camino. Tenían hambre y nada había para llevarse a la boca, pues lo poco que les quedó del fiambre de *chuño* y *chalonga*, lo devoraron la víspera, cuando se detuvieron al mediodía tras un promontorio de piedras, en la llanura azotada por el viento.

Tres semanas hacía que el Juan Condori ambulaba sin tregua por las fincas y ayllus de la puna. Y apenas ocho que había enterrado a su compañera, la hacendosa y desgraciada Melchora Mamani, que incapaz de soportar las caminatas por el páramo, en la grávida preñez en que se hallaba, una noche se detuvo y recostóse en una cuneta del camino y abortó, mientras encima se perdía el insondable y negro universo andino. Sus quejas fueron roncadas y sordas, mezcladas con hipos aflautados y náuseas. El Juan Condori nada pudo hacer; cabizbajo y doliente, con el hambre quemándole las entrañas y el cansancio mordiéndole los calcañares, miró impasible el desangramiento y la agonía de su compañera. A prima mañana del día siguiente amontonó piedras sobre el cadáver, luego puso una humilde cruccecita de paja y siguió su marcha. Tres días rondó por los contornos, entre sórdidos caseríos de peones de las fincas donde le salían al paso los perros con el lomo erizado y la dentadura al aire. Por último decidió encaminarse al oeste, en dirección del lago Titikaka; en la ruta tropezó con Jatun-Kolla y allí se detuvo. Halló al Vicente Villca y entre lloros y lamentaciones expuso su situación el cuitado. El Villca no era generoso, pero sí era un poco compasivo. Le dijo que podía quedarse en la comunidad a trabajar en sus tierras entre tanto pudiese reponerse del viaje y seguir al Titikaka. Y el Juan Condori aceptó de buena gana.

Le dieron una *chujlla* que estaba abandonada cerro arriba.

ba. El Condori repuso la techumbre de paja, limpió los abrojos, rehizo los valladares de piedra que cercaban el corral y empezó una nueva existencia.

Ninguno de los comuneros le preguntó de dónde venía ni qué había sido antes. Adivinaban a través de su cara flacucha, sus harapos sucios, su sombrero grasiento y rotoso y su poncho raído, la procedencia inequívoca del Juan Condori, el peón.

En efecto, el Condori nació en la finca de Kero-Pata, en la provincia de Pucarani, del Departamento de La Paz. Sus padres y abuelos también fueron peones de la finca, pero sus tatarabuelos, ¡ah, esos no! Ellos fueron comuneros del ayllu de Kero-Pata, amparados por las Cédulas Reales de los Reyes de España. Cuando vino la República, ya habían muerto y quedaban sus hijos a quienes los doctores alto-peruanos les birlaron la tierra, echándole zancadilla para que caigan en la sentina de los peones rurales, de los campesinos sin tierra.

Kero-Pata en épocas lueñas tenía setecientas familias ay-máras. Hoy apenas quedan cuarenta y dos, diezmadas por el látigo y el alcohol.

El proceso de la usurpación de tierras fué muy sencillo: Vinieron el tata-cura y el tata-corregidor a visitar Kero-Pata en una época en que la tifoidea, la exantemática y la escarlatina se cebaban en viejos y niños de la comunidad. Había muchos entierros y el tata-cura, en río revuelto... se ganó a los pecadores.

Los Ticona no tenían plata, pero tenían cinco muertos. Fueron al tata-cura y ofrecieronle una hectárea de terreno de labranza en cambio del responso, el réquiem y las oraciones de difuntos. La hectárea colindaba con muchos otros

terrenos de los comuneros. Gozoso aceptó el tata-cura la oportunidad de hacerse terrateniente. Los cinco Ticona recibieron cristiana sepultura y se fueron a gozar del cielo con la suprema absolución cural.

A los quince días llegaron a Kero-Pata el tata-intendente y el tata-corregidor, a tomar posesión de la tierra en nombre del doctor Bautista Las Casas, a quien, el tata-cura, había vendido la hectárea de los Ticona. Hubo una gran cuestión de títulos, papel sellado y pago de impuestos entre los poseedores de las tierras colindantes a la hectárea del doctor Bautista Las Casas a quien, el tata-cura, había vendido la hectárea de los Ticona. Se "comprobó" que debían al fisco. El doctor Las Casas, entonces, pagó al Tesoro Nacional el monto de las deudas de la comunidad y al cabo de un año tenía veinte hectáreas en Kero-Pata. La tierra era de él, pues así lo declaraban los papeles del Gobierno. Construyó una amplia casa de hacienda situada enfrente de la iglesia del ayllu. La religión y la propiedad quedaron frente a frente, guiñándose con sus ventanucos empolvados.

Seis años más tarde Kero-Pata era la finca del doctor Bautista Las Casas, diputado nacional por la provincia los Andes.

Eso fué todo, y setecientas familias quedaron desposeídas, transformándose en *pongos* a todos los varones.

Pronto el doctor fué espoleado por cicateros apetitos de progreso rural y ordenó el éxodo de cuatrocientas familias. Hubo llanto, furia, angustia. Todos se sublevaron en Kero-Pata, pero vinieron soldados indios, vestidos con uniformes de jerga gris y sobre sus hermanos hicieron las lecciones de tiro que les enseñaron en el cuartel.

El ronco *pututu* de la sublevación dejó de rebotar de cerro en cerro. Algunas *chujllas* ardieron, desmanteladas, entre las sementeras de Kero-Pata.

Y las cuatrocientas familias se desperdigaron sobre la mesa parda del altiplano. Eran caravanas de vencidos que iban en pos de la muerte y del exterminio a lo largo de los caminos del frío, del hambre y la peste.

El doctor Bautista Las Casas era buen padre cristiano: enseñó a sus hijos el amor al prójimo y las ideas de progreso. Cuando murió, sus hijos heredaron Kero-Pata con sus trescientas familias indias. Como eran progresistas expulsaron doscientas, pues juzgaban que la máquina era el dios del siglo. Luego quedaron sólo cincuenta familias, pero la máquina era insaciable y monstruosa: ocho familias más fueron desalojadas en septiembre. Había que sembrar más, ganar más, porque la tierra es oro que brilla más cuando se concentra, y menos cuando se reparte.

Juan Condori lió sus bártulos y vino a sembrar su impotencia en la peñería de Jatun-Kolla, pues era su familia una de las ocho que salieron de Kero-Pata.

Vivía mal comido y mal vestido, pero era rico en libertad, y la libertad lo nutría con sus inmensas ubres. Era todo lo que ambicionaba y así estaba contento, sudando la gota gorda en las chacras de los indios Villca, sus patronos.

Así los Villca, Huanca y Condori, son las generaciones del *Signo Escalonado* de la sociedad india de Jatun-Kolla, la comunidad que habita el último rincón del altiplano de Bolivia.



## LA ABUNDANCIA

Al rayar el alba del día de San Isidro Labrador, en Jatun-Kolla tañen las campanas, mientras revientan las *camaretas* y se queman los cohетillos en honor del santo.

Como todavía no se ha elevado el *Inti-Tata*, de la pajiza techumbre de las chinganas de la comunidad sale una espiral de humo blanquecino que, arremolinada, se pierde en el viento que cimbra sobre el caserío.

El salvaje rumor del campo difunde en la comunidad sus mil notas desordenadas. Balan ovejas; mugen toros y vacas; cantan los gallos entre la multifona gritería de los pájaros que en numerosas bandadas se ciernen sobre las sembraderas desnudas.

La campana salpica en el contorno su tañido suave y cristalino como el aire del amanecer.

Hay gran animación en el patio de los cortijos del ayllu, donde a veces revuela con alas de agonía el sonido de algún instrumento musical.

En la *chujlla* grande del Paulo Huanca está la Justina, su hija mayor, peinando su cabello bruno, largo y reluciente, mientras sus hermanas menores repasan el ajuar de novia con sus pequeñas y duras manos de campesinas.

La Justina sentía que una procesión de voraces hormigas ajetreaba por su cuerpo, hincándole rabiosas tenacillas en los más ocultos poros. Y no era para menos su inquietud, pues este mismo día, tan luego llegue de Umacachi el tatacura a celebrar la misa anual, iba a ser entregada al Francisco Yupanqui, uno de los buenos partidos del ayllu. Por eso que una felicidad desconocida y escueta ablandaba sus senos de carne firme y morena.

Cuando hubo terminado de peinarse y de anudar las retintas trenzas de su pelo, vino la madre y le entregó la camisa de tocuyo con hileras de lana de colores. Entornaron la puerta de la *chujlla* en cuyo patio aguardaban el Paulo Huanca, el Santiago Yupanqui y algunos amigos más, bebiendo como anticipo de la fiesta ásperos tragos de alcohol aguada.

La moza desnudóse por entero y con oculta y femenil voluptuosidad, antes de ponerse la camisa nueva, deslizó sus manos pequeñitas, con hoyos, a lo largo de sus flancos que se estrechaban en la cintura y eran anchos en sus caderas fuertes y carnosas de animal agrícola. Le temblaban los senos como plumón de *parihuana*. Rápidamente se caló la camisa que le llegaba a medio muslo, luego se ciño la primera pollerita de bayeta; una vuelta dió el cordón a su cintura y lo anudó. La pollera tenía color blanco, igual que la castidad. En seguida vinieron ocho polleras más, una sobre otra. Las primeras eran de bayeta teñida y las últimas de vellorí de Castilla, todas de diferente color. La Justina al sentir en los riñones la pesada opresión de tantas polleras, se puso alegre: ¡Cómo la envidiarían sus amigas

de la comunidad y qué contento se pondría el mosca muerta del Francisco!

Abotonó los puños de su camisa. Su madre, que en la obscuridad le había alcanzado una pollera tras otra, abrió la puerta y un rayo de sol se reclinó en el piso desnudo, a las plantas de la Justina.

El friecillo de la mañana picoteaba las carnes. En seguida la manceba se puso una basquiña de terciopelo carmesí, bordada con cintillos de seda, lentejuelas y cuentas blancas. Su madre, al verla tan rozagante y gallarda, enternecida dejó resbalar por sus mejillas rugosas y entecas, dos lagrimones cristalinos.

Sólo faltaban el rebozo, las zapatillas de planta rectilínea y el velo que le regaló su novio.

Afuera la campana había dejado de repicar. La Justina, entre gazmoña y ruborosa, asomó por la puerta de su cara redonda, de grandes pómulos barnizados por el sol del altiplano. Sus ojos negros y pequeños, encendidos bajo las cortas pestañas, atisbaron el cerro donde el Francisco había levantado su *chujlla*. La divisó, nuevita, con sus paredes recién embadurnadas con tierra ocre y el techo de paja nueva, sobre el que se mecían algunos banderines de papel.

¡Cuánto faltaba para que llegase el tata-cura! En la pampa miraba extenderse el camino, entre matas de paja y montones de piedras, por donde venían caravanas de indios trajeados de fiesta y borricos cargados hasta el tope.

Con un mohín de desaliento la Justina regresó al fondo de la *chujlla* y quedó sentada en un poyo, mirando a los rincones oscuros, con el pensamiento vagoroso y melancólico.

Entre tanto la plaza terrosa y desigual de la iglesia se

iba atestando de gente forastera. Enormes enjambres multicolores, de hombres, mujeres y niños, llegaron con el sol y luego de haber depositado una vela frente al milagroso San Isidro Labrador, desde el atrio miraban la marejada india que continuaban vomitando los cuatro costados de la plaza.

Algunos agricultores arribaban cabalgando en su pollino, enjaezado con caronas y enjalmas tejidas a todo color. Otros venían a pie, con el poncho recogido en la espalda y el *charango* oculto en la faja.

Las indias comerciantes hicieron ruedo en el tendal placero y exhibían en el aguayo tendido en el suelo, bajo un toldo de tocuyo, una variadísima mercancía.

Indios cobrizos, de recias facciones altiplánicas, sentados a la manera turca, abrían la *chipa* de paja cubierta con una red de cuero crudo para mostrar su vendeja de peces, ajíes, naranjas, plátanos, coca, alcohol. Revisaban de soslayo la múltiple abacería de sus vecinos y hablaban en idioma aymára.

Acá y acullá las zampoñas y *pinquillos* lanzaban gañidos desarticulados, ensayando tonadas que deglutía el viento de la mañanita asoleada. Una descolorida bandera boliviana, desplazaba sus pliegues encima del campanario.

Detrás de la iglesia estaba el mercado de bestias. En la lomada de escaso declive rumiaban ímpasibles yuntas de bueyes. Una tropilla ríspida y cerril de caballejos altiplánicos, pisoteó, en corretón repentino, el suelo del corral improvisado. El dueño, un indio patizambo, mofletudo y de hosco mirar, regateaba el precio de una potranca de lomo endeble y curvo como una hoz. Al lado, junto a una enra-

mada de *kollis*, hay un arisco grupo de alpacas que se intranquilizan con el creciente hormigueo de los indios.

Los hermanos Villca, que habían estrenado terno de casimir, zapatillas de cuero blanco ribeteadas de negro, poncho de alpaca y sombrero ciudadano, de alas dobladas arriba, llegaron al descampado donde relinchaban las caballerías. El Vicente, que está hecho un auténtico cholo con su gritona camisa celeste, se adelantó a preguntar al dueño de los *sunichos*:

—¿En cuánto me vendes aquel caballo de pelo café con pintas blancas?

—¡Te lo regalo por trescientos bolivianos! Es muy tierno y no lo he domado todavía...

El Vicente mira las patas del bicho, el lomo virgen, de pelambre agreste. El animal, como si comprendiese que le están observando, encorva la cerviz y relincha.

—No ves; te está queriendo decir que te lo lleves —dice el chalán al Villca—. Si quieres lo enlazo y te lo traigo para que le veas de cerca.

—No, no: más tarde ha de ser. Yo tengo muchos caballos...

Y acompañado de su hermano se retira a mirar las boyadas impasibles.

De pronto empieza a sonar la campana y el gentío, como picado por mil tábanos, se dirige en desbarajuste hacia la plaza.

Montado en una mula trotona, de negra catadura, viene el Ministro del Señor, reculando las nalgas a cada paso del animal. Le siguen cuatro jinetes que portan la sacra pompa.

El tata-cura, inflado, craso, opulento como un ídolo búdico, viste una verdosa sotana tornasol y hace signos con la izquierda, mientras sostiene la rienda con la otra mano. Los indios se pechan y empujan por llegar hasta el cura.

De súbito, alguien ha encendido una sarta de cohetillos en las mismísimas narices de la mula del tata-cura. ¡Confusión! La mula se encabrita y cocea asustada. El tata, afirmándose con ambas manos en la montura, hace desesperados esfuerzos por mantenerse en la silla. De lejos, entre la indiada, parece un jayán domador. A cada barquinazo del animal lanza un resoplido follón.

¡Estupor general! El tata-cura ha caído al suelo en medio de los alaridos y porfiados trajines de sus acólitos. Su cuerpo ha sonado como un tambor que revienta.

—¡Indios carajos! —grita, encorocado.

El tata-cura está lívido de indignación. Se lleva ambas manos a las posaderas adoloridas. Renquea. La muchedumbre está consternada: puede ser de mal agüero la nalgada del Ministro del Señor.

—¡Ha sido el Basilio Quispe!

—¡Ah, indio bruto! . . .

Resollando como un capón entra el tata-cura en la iglesia.



La iglesuca está en su jubileo. Mil indios, dos mil quizá, la han atiborrado hasta los topes. Se escucha el llanto de las criaturas sofocadas, el rezo monótono de un ciego que toca violín y abre hacia el cielo los ojos vacíos, con una desesperante expresión martirizada.

De los cuerpos apretujados brota una generación de olores distintos: coca, retama, menta, sudor, lana mojada, pies

sucios, excremento de guagua. Un pebetero de barro exhala un tenue y oloroso hilo de incienso.

El tata-cura, con el alba acartonada y crugiente por exceso de almidón, la dalmática que se deshilacha en los bordes, ha ido al altar y con marcada incomodidad hace la primera venia de la misa. A sus costados hay dos jóvenes cholos como acólitos. Bocas maldicientes murmuran que ambos sacristanes endosan su paternidad al tata-cura.

Un sinnúmero de velas arden frente a San Isidro que tiene los brazos en actitud implorativa.

Hincados sobre una estera de paja, prendidos de la mano, el Francisco y la Justina escuchan la misa. La mujer luce un velillo blanco sobre su cara un poco entristecida porque su novio ha bailado y bebido toda la noche y llegó al casamiento con el rostro desencajado, los ojos boyunos, rendidos por el sueño, y un tufillo repugnante. A ratos le pellizca y, callandito, musita:

—*Choy*, Francisco, no te duermas...

Junto a los novios y detrás de ellos están sus familiares y las principales personas de Jatun-Kolla. El Juancho Vilca, que es padrino del Francisco, con el pelo alisado a viva fuerza, contempla con ojos de aburrimiento el altar donde refulge la nutrida candelería.

El aire está cada vez más denso y pesado, a tal punto que las velas se agostan y adelgazan por el calor.

Lentamente, tal como corresponde al acto, el tata-cura masca latines y hace signos cabalísticos sobre el misal. Caras ávidas, melancólicas, tontas, insomnes, le miran moverse en la plataforma delantera del ara. Hasta que, en llegado el momento del sacrificio del altar, el tata-cura,

sudoroso y descompaginado, apura el vino del cáliz; en seguida quiebra la hostia y se la traga.

Una atmósfera de unción aletea en la iglesuca donde apenas hay un acezante susurro de oraciones en aymára.

Unas cuantas venias más del tata-cura. Algunos indios se persignan con los cinco dedos. Y la misa ha terminado.

Ahora el tata-cura se cala un bonetillo negro con una borla encima y dirige sus pasos hacia los novios. Comienza un introito conyugal:

—“Hijos del Señor: El matrimonio que voy a celebrar...  
 “ (toses), es un matrimonio cristiano, porque Cristo dijo:  
 “ Creced y multiplicaos. Vosotros, siervos del Señor, crece-  
 “ réis y os multiplicaréis como las arenas. (Aquí el novio  
 “ abre unos ojos redondos y asombrados: ¿tendrá tanta se-  
 “ milla para aquella siembra fabulosa?).

“Os digo que creceréis y os multiplicaréis como  
 “ las arenas —repite el tata cura—, pero siempre que con-  
 “ fortéis vuestros espíritus con el auxilio de la religión cris-  
 “ tiana, yendo siempre a la parroquia de Umacachi a dejar  
 “ vuestros pecados, para que yo los perdone como repre-  
 “ sentante de la Sacra Iglesia Católica, Apostólica y Roma-  
 “ na. Además, no olvidéis que un Ministro de Dios, mal  
 “ puede ejercer su ministerio si es que no atiende a sus  
 “ necesidades corporales. Lo que a mí me déis, es una  
 “ ofrenda al Señor”.

El tata-cura, que había tropezado con los ojos procelosos de una india que antaño fué a la casa cural a aprender los deberes religiosos y... conyugales, cambió el tema de su peroración apostólica.

—“La mujer debe seguir al varón, dicen los Evangelios,  
 “ así que ya sabéis Justina, debes respeto y sumisión a tu

“marido. Y tú. ¡Tú! —repitió al observar que el novio cabeceaba—: ¡Debes ser la autoridad y el apoyo de la casa!

—Sí, tatito —respingó el Francisco.

Ojos absortos, oscuros, atisbaban por doquier. El sermón quedó abreviado con esta admonición:

—“Como que hoy es de día y cuando caiga el sol será de noche, seréis maldecidos si quebrantáis el juramento que en este instante prestaréis ante Dios...”

Los contrayentes se miraron azorados. El tata-cura percatándose del efecto de sus frases, optó por leer su breviario. Vinieron los acólitos. Hizo las preguntas acostumbradas y después de haberles aspergueado con agua bendita, declaró enfáticamente:

—“Sois marido y mujer” . . .

Un murmullo cundió por la iglesia. La campana empezó a cantar la broncínea canción de los esponsales. El tata-cura se despojó de sus pompas y acompañó entre abrazos y gimoteos, alharacas y flores deshojadas, a los que había unido y sermoneado con elocuencia escolástica digna de mejor auditorio.

De la puerta de la iglesia salieron a bocanadas montones de indios arrugados, soñolientos y sudorosos.



Han ingresado cinco pandillas de danzantes en el cuadrángulo de la plaza. Cada una luce diferente disfraz.

Es ininterrumpida la bullanga que hacen los instrumentos que parecen lidiar a cual mejor, poniendo a prueba los pulmones de los indios.

Los aires de cordilleras y punas pululan en el bronco retumbo de los tambores semejantes al trueno; en las zamponas de diez bagazos alineados; en los *pinquillos* y *quenás*, y no falta el sonoro alarido de las cornetas y clarines que relinchan imitando marchas y cuecas.

Asperas y emponchadas montoneras de indios siguen al círculo de los bailarines, con gran algarada de júbilo que se eleva de la polícroma multitud que ya empieza a apestar a brebajes de caña y maíz.

Las cinco tropillas de danzantes levantan una fina tolvana con su trajín monorrítmico. Los *sicuris* andan vestidos con chaquetas abiertas y sin mangas, con charreteras de seda, recamadas de bordados y cuentas de vidrio. El pantalón les llega a la rodilla, sobre las medias de colores. En la cabeza lucen un penacho de plumas, sujeto a una especie de diadema de cartón repleta de espejos y lentejuelas, que afirma la enrulada peluca. Los mandones de la tropa usan diferente disfraz: pollerón profusamente bordado con hilo de plata, en forma de rosetas, arabescos, zigzags, signos aymáras. Encima viene la chaqueta de gran faldón, bordada por todo sitio; luego una máscara de estuco: nariguda, con amplia jeta y barbas, debajo de los pelones y grotescos rulos de crin blanca. En las manos un látigo y una matraca. Hay tres bailarines disfrazados de diablos. Máscara horripilante: sierpes, verrugas, nariz partida en dos y cornamenta. Todo el traje es rojo granate y bordado con hilo áureo. En la diestra llevan un trinche neptuniano y en la siniestra un pañolón de seda para el sudor que remoja el estuco de la máscara. Dan zapatetas en torno de los musicantes y persiguen a los *yokallas* borbotando groserías.

Cerca de los *sicuris* bailan los *chunchos*, vestidos con paretós y pantalones de kaki aceitunado, exornados de plumas de todo color y tamaño. Una diadema de plumilla de ala de loro les baja por ambos lados de la cabeza hasta la espalda. En las manos llevan flecha y arco de madera que hacen sonar acompañando el ritmo de la música. Las mujeres, vestidas con traje corriente, sólo han añadido un emplumado aro de hojalata a manera de corona y un velo que les cubre la cara.

Frente a la iglesia bailan los *quena-quenas*. Usan una especie de escudo o cota de piel de jaguar, blanco y plisado pollerín artificial, que va sobre los pantalones; sus sombreros están adornados con plumas en la espalda, sobre la parte trasera de la cota, llevan un cuero de zorro o vicuña cuajado de monedas y caireles de lana. Entre ellos correatan los *kusillos*, vestidos con un faldellín triangular, ribeteado de hileras de lana teñida; tienen careta de jerga con dos cuernos traposos que se bifurcan en la punta. Hacen cabriolas y pantomimas al son de los pinquillos y tamboriles.

Luego vienen los *cullaguas*: Montera española, traje de seda, lleno de flecos y abalorios. En las manos llevan una onda y grandes ruelas pintarrajeadas en torno de las cuales se enreda una bella música que, según cuenta la tradición, era bailada por los Incas en los grandes *Raymis* consagrados al Sol.

En el centro de la plaza, con musiquilla terca y sin variación, dan vueltas y revueltas los *huaca-tokoris*, encajados en una piel de toro, que tiene la cabeza disecada. Van y vuelven: enbisten y se tambalean.

Más tarde quizá aparecerán nuevas pandillas de danzantes: los *choquelas*, los *tundiques*, los *chiriguanos*, los *tinticaballos*.

Música y bebida empiezan a embrutecer a los danzantes, que no dan punto de reposo a sus piernas. El ámbito se ensordece y trema con la voz pentatónica de mil carrizos. Los bombos explotan como vejigas llenas de aire. Todo es movimiento, hormigueo pertinaz y bárbaro que en la profunda subconsciencia del paisaje parece que quisiera animar el solemne estatismo de las punas y cordilleras lontananas.

El *Inti-Tata*, en el cielo azul y sedoso, es como una inmensa y salvaje lentejuela de fuego que derrama su dorado caudal sobre el ayllu de Jatun-Kolla.



El tata-cura reposa en la puerta del templo mientras mira con ojos absortos, peligrosos y oblicuos, el vaivén fantástico de su feligresía. ¡Oh, cuán feliz debe estar en su santa gloria el bueno de San Isidro Labrador, hoy que sus devotos arman tan singular batahola en su homenaje!

Como el tata-cura está dolorido y lastimado por la caída de la mula, no quiere participar en los festejos. Pronto se hallan a horcajadas los componentes de su séquito y abandonan Jatun-Kolla. Mientras se pierden en el camino, la Justina y Francisco suben a la cabeza de una muchedumbre procesionante hacia el barbecho soleado en que se eleva la *chujlla* del matrimonio. En un periquete llegan a la cabaña. A tiempo de pisar el patio hay un rumor prolongado, pues en el corral encuentran cerdos, llamas, ovejas, gallinas y utensilios de toda índole que son los regalos de los invitados. La felicidad pinta arreboles en la cara de los recién casa-

dos. La Justina quiere llorar, pero sólo atina a restregarse los párpados por encima del velo.

La misa ha durado mucho, el hambre aprieta y desquijara. En el patio hay que tender la mesa con ponchos y aguayos, sobre el suelo oloroso a alcohol y chicha.

La pareja ocupa el sitio de honor, en la cabecera de la mesa, y se sienta en el suelo, con ambas piernas cruzadas; todos los invitados hacen lo mismo. La mujer e hijas de Paulo Huanca empiezan a derramar sobre la mesa indígena grandes porciones de choclos, habas, ocas, *chuño*, charque, huevos cocidos. Junto al asiento de cada comensal hay una *chua* de barro para tomar caldo. Y sin otro utensilio que las manos, los indios empiezan el banquete.

El Paulo Huanca y el Santiago Yupanqui están juntos. Mastican y parlotean. El rumor es general. La música de las pandillas de danzantes que bailan a unas cuadas de la casa, frente a la iglesia, roe los tímpanos del mediodía.

Enfrente de las dos filas de indios suena una charanga que rompe aires indígenas y mestizos. La sobremesa es acalorada; todos hablan fuerte y lanzan carcajadas. Los rostros de los comuneros se iluminan con una ancha y blanca risa jacaresca de la que participan hasta las apergamina-das *ahunchas* del ayllu, con los nerviosos chillidos de sus hundidas bocas desdentadas.

Ciertamente que la abundancia trajo la alegría y ahora quiere zangolotear una *cashua* seguida de coplas con baturrillo.

Cerca de la paralela de comensales merodean los perros: ellos también tienen su banquete y sus filosos colmillos triturar los huesos de *cuy* y gallina que les arrojan sus amos.

En una hora ha terminado el ambigú. Los comuneros,

ahora, en unos cuantos sorbos, apuran el fragancioso caldillo de gallina y queso y, luego, refrescan los ardores del ají con sendas buchadas de chicha. Algunos se encajan en la boca el gollete de la botella de alcohol aguado y se sacian.

Todos hablan de la bondad del tiempo y de la buena cosecha del año. El Juan Condori, de común tenido a menos, en la fiesta anda achispado y lenguaraz, codeándose con los Villca. El alcohol le enrojece las narices y un hilillo de baba resbala por la comisura de sus labios. Sus ojos tienen la expresión de letargo de un toro recién castrado.

Los Villca han bebido tanto que tienen las retinas inflamadas. De seguro habrá pelea si no se comportan con tiento. La arrogancia se les crispa en su torva y varonil faz de dominadores. Sus pies, calzados con gruesas zapatillas, retozan en el suelo cogiendo los bruscos y pesados compases de la charanga.

—¡Ahora el baile! —grita alguien.

Se alzan todos, mientras el murmullo de "¡Gracias!" acosa al Paulo Huanca, anfitrión de aquella fiesta.

Por parejas se arma la rueda. El Francisco y la Justina, que ya se han embriagado, empiezan el baile al son de un alegre *huayño*. Acto seguido les imitan los indios.

Revuela el pollerío multicolor y los rebozos de las indias. Los varones cogen ambas manos de sus parejas y con gracioso meneo de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, se dan pecho con pecho, brazo con brazo. Giran como trompos y hacen figuras.

Con las alegres notas del *huayño* las indias retuercen sus fuertes caderas, como si fuesen acosadas por mil mordiscos.

Los hombres, con rápidos movimientos y esguinces, les arrastran el ala.

El alcohol aguado pasa de boca en boca. Todos le "ponen un trago" de la misma botella. Sin cansancio, sin alegría, giran los cuerpos y las cabezas.

La música obra como un alcaloide que despierta las más sensibles y puras fibras del espíritu agonal, silencioso y pétreo de los comuneros, el que ahora, con los movimientos del *huayño*, reluce en toda su amplitud atormentada.

El *huayño* concluye. Empieza la *trenzadora*, parecida al *sarao* de los llaneros del trópico.

Una rueda de parejas. En el centro un palo de cuya punta caen cintillos de seda al alcance de cada uno de los bailarines. Cuando se inicia la danza los varones van a la izquierda, las mujeres a la derecha. Se cruzan con ritmo y elegancia sandunguera. Cuando, por efecto de la trenza, el palo ha quedado cubierto, empieza la contradanza para desatar las cintas.

Es un conjunto armonioso y bello, donde se observa el donaire y la gracia de los indios que, de cerca, se pellizcan y dicen galanterías.

Los fiesteros no pudieron desenvolver las cintas. Estaban demasiado borrachos para ello, por lo que alguien auguró que habría felicidad en el matrimonio.

Cuando el sol declinaba se marchó la música. Los invitados fueron despidiéndose de los esposos deseándoles feliz himeneo y fecunda descendencia. Sólo quedaron los padrinos y madrinas.

Entraron en la *chujlla* que olía a humedad e incienso. De las torcidas vigas colgaban livianas banderitas de color. En un retablo San Isidro y a su lado el *Ekeko*, idolillo pan-

zudo, dios del placer y de la abundancia. Las cobijas del lecho eran de lana nueva y de ellas salía fragancia de menta y romero.

Las madrinas procedieron a desnudar a la novia y los padrinos al novio. Les acostaron juntos. Las dos velas que ardían frente al retablo, simbolizando a los esposos, fueron apagadas de un soplo. En seguida el Paulo Huanca habló en la obscuridad; su voz era aguardentosa y apenas perceptible:

—“Con las velas que se han apagado termina vuestra vida de solteros; ahora los nuevos deberes que se crean con el matrimonio deben ser alumbrados por una nueva luz y que ella sea duradera para bien de Jatun-Kolla, la tierra nuestra... |

Acto continuo encendió las velas y con ligera instancia salió de la *chujlla* acompañado de todos. Cerraron las puertas por fuera y se marcharon cantando:

—“¡Wipalalita, wipalalá!...”

En lo hondo de la quebrada, mientras el sol se desangraba, las mil músicas y cánticos de los fiesteros de Jatun-Kolla, se alzaban en la yerta desolación de la hora, como una gran gavilla.



En la noche, regada por la pedrería maravillosa de los astros, Jatun-Kolla es un escenario orgiástico y salvaje para la representación de las pasiones. Ellas irrumpen en los cantos y danzas, con una duplicada desnudez que inflama y lubrica las entrañas. En su incendio se consumen y ador-

mecen los deseos, saciándose al amparo de la sombra del altiplano; pero, a veces, se producen incestos, estupro**s** bárbaros, que no los presiente el indio, porque la sombra de la noche que todo lo encubre como una gran proxeneta, en el río loco de la ebriedad, también penetra en el cerebro de los fiesteros.

¡Bom... bom... bom!...

¡Tan... tan... tantantán... tan... tan!

Resuena el parche de los tambores y tamboriles en la mezcla infernal donde todo se trasfunde y se renueva con fecundidad de primavera. Mil cuerpos en muchedumbre despiden olor de humus mojado. Todas las caras, con los filones de la luz que huye de antorchas y faroles, reverberan en su viscosa humedad como peces escamosos. Se ha perdido la conciencia, o ella también está ebria, confundida, caminando a trompicones. Se hunde pantano abajo, succionada por la ventosa macabra del deseo. Algunas parejas huyen tras de las pircas y allí enredan sus miembros en medio de voces entrecortadas por el hipo. Son revolcones tempestuosos donde se retuerce la viborilla de la sexualidad del indio. Pasa el orgasmo, viene el agotamiento, y las parejas retornan más ebrias e inconscientes, para seguir la danza en el redondel iluminado como una feria gitana.

El indio en la fiesta quebranta el sino que le impuso la naturaleza. Se tropicaliza con el calor del alcohol, con el zumo de la coca. Se aparta de su soledad habitual y se torna multitud apasionada, que se restriega y confunde con sus semejantes para sentir el profundo y capitoso calor de la humanidad. Busca así un poco del placer que no conoce en soledad. Los días de lucha por el pan, los días de espec-tación por el destino en la tierra adversaria, pierden toda

su opulenta dramaticidad y se relegan al más íntimo rincón del recuerdo. En tres días hay que dar toda la suma de alegrías al cuerpo. ¿Qué importa el fatalismo que se esconde tras de la fiesta y el engañoso espíritu de la embriaguez? Mañana, cuando haya pasado la alegría borracha, todos volverán a arrastrar su vida pequeña y escueta sobre la espantosa dimensión de la tierra andina, como diminutos escarabajos que se prenden a una boñiga.

Cuando el amanecer palidece en el levante, viene el derrumbe de la fiesta. Músicos y danzantes se han agotado y el cansancio los arroja en la tibia boca de las *chujllas* hasta el mediodía, en que de nuevo empieza el estrépito de las danzas, el afán del alcohol y el alarido del sexo.



El Francisco y la Justina, después de su noche de bodas, tienen una mirada culpable y maliciosa. Ya han conocido el amanecer y ahora, como todos los comuneros del ayllu, sentirán el peso de los años y la llegada de un mediodía y un crepúsculo, más fatigoso y lento que los del invierno andino, cuando el vendaval azota su cuadriga y se pasea de cordillera a cordillera. Para ellos, como para todos los comuneros, habrán días de fiesta y abundancia, pero los días de angustia y hambre serán más, porque casi siempre la vida de los campesinos, trabajosa, larga y árida como un calvario, culmina en la crucifixión de la pobreza.

SEGUNDA PARTE



## LA SEQUIA

La amenaza del hambre muerde el ánimo de los comuneros de Jatun-Kolla. En todas las casas la sequedad de la tierra y el cielo ha reducido la comida, en previsión de la carestía total. Ya no se tiene ni la esperanza de una sola lluvia porque ella no remediará nada. Agobiadas las sembraderas por el sol del día y el frío de la noche, se agrietan como paredes envejecidas. Hasta ayer, las últimas siete chacras de comunidad, que se alimentaban con el agua que baja de las débiles vertientes del cerro, se alzaban con esperanza, pero hoy que acabó por secarse el agua que mermaba día a día, declinan sus tallos y sueltan la tierna granazón que se muere por falta de savia.

Por donde se mire no se distingue ni la más ligera mota de lozanía; las cosas empiezan a despintarse bajo el fino polvo de los vientos de noviembre que lo cubren todo como una plaga que amenaza ahogar la vida y destruirla.

En el norte de Bolivia avanzan las hormigas del trópico devastando increíbles extensiones de bosque virgen; en el sur, negras mangas de langostas se precipitan sobre los

maizales y los desmochan en medio de un rumor apagado y trágico de río salido de madre. Y aquí, en el centro altiplánico, peor que las hormigas y langostas, la sequía cuarteada y arruga la tierra. Es un año maldito.

En las gradas de la iglesia de Jatun-Kolla desde hace cuatro horas delibera el Consejo de los *Achachis*. Son catorce ancianos impassibles, encogidos bajo el poncho, a los que la opalina claridad del atardecer pone en el rostro curtido un matiz siniestro, cadavérico. Una multitud de comuneros se halla congregada en torno del Consejo y espera con avidez y angustia las providencias que dicte para combatir la sequía que aflige desde agosto. Pero la desconfianza es muy grande y nada podrán hacer los ancianos contra la calamidad.

El Tito Huallpa, trémulo y agotado por los años, en tono agorero habla a los *achachis*; con lenguaje tardo y rechinante relata las contingencias de la gran sequía que se presentó en el altiplano hace veinticinco años. Las expresivas escenas que hilvana su voz ronca y gastada, son recibidas con humilde y consternado silencio por los comuneros que en aquel momento buscan en el hondor desesperante de su destino siquiera una fórmula para aplacar a los cielos.

Todavía en la primera quincena de agosto canturreó el temporal sobre las tierras recién trabajadas, mojándolas con su riego fecundo y promisor, pero pasada esa fecha no hubo más agua. Los cielos se aclararon, inmensos, en todos sus bárbaros confines. Ni una pincelada enturbió el papel celeste y deslumbrador del cielo; ni una sola nube se detuvo contra las lejanas neveras del macizo andino, las pocas que pasaban, en hilachas, en manadas silenciosas, se iban más allá del horizonte, más allá de la esperanza.

Los días, cálidos y ofuscados por un sol tremendo, transcurrían con tal lentitud, que su quemante agobio hendía las parcelas aradas haciendo crepitar los surcos como leños. El crepúsculo, más rojo que de costumbre, semejaba un dantesco brasero que inflamaba el suelo o un cráter volcánico en plena erupción.

Por fin, una noche en que ululaba el *kenaya*, vino el agua, el agua flageladora del granizo. Largo tiempo cayó resonando, contra la paja de los techos, como una sombría cargada. Al amanecer los comuneros hallaron las endebles siembras machucadas y dispersas en pajilla estéril que el viento de la mañana alivianó de los campos.

Cuando las dos vertientes de agua se secaron dejando un arenoso y blanquecino cauce, tachonado de pedrisca, ya no hubo más vuelta que darle, el hambre se venía encima y cargaría con niños, ancianos y animales. Por eso el Consejo de los *Achachis* hubo de tomar acuerdos durante cuatro largas horas de frío y malestar.

El Achachi Huallpa, indio que sufrió el peso de varias sequías, habló a los comuneros de Jatun-Kolla:

—Todo el altiplano sufre la sequía. La *Pacha-Mama*, la que sustenta la vida, ya está vieja. Hemos puesto diez fetos de llama, diez fetos de oveja, hierba *koa*, coca, dulces, *kaitos* de colores y mucho aguardiente en la cumbre del cerro; todo lo hemos quemado para que en humo se deshagan los males y caiga la lluvia, pero nada ha sido posible conseguir: La tierra está vieja, y como toda vieja, es sorda.

Caras silenciosas, pensativas, miraban al suelo como si en ese instante hubiese de aparecer el espíritu de *Pacha-Mama* para remediar tanto mal. En el agosto intervalo

pasaron por la sugestionable imaginación de los indios visiones de hambres y muertes, de pestes y sufrimientos.

La hora había ido elevando el rútilo cortinaje de la noche y un viento arisco silbaba en las pajas y piedras de los valladares que circundan la plaza.

Otro anciano, elevando ambos brazos a las estrellas, con actitud llena de unción y fe, exclamó con voz hueca que cortaba el viento:

—¡Sólo esperamos de Dios! . . . Que El nos libre de todo mal. . .

Cien indios toscos, hambreados, se quitaron el sombrero y, cabizbajos, mascullaron una oración gemebunda.

El Tito Huallpa, cuando hubo terminado el murmullo de las oraciones, comprendió que la fe obraba milagros; que los indios aguardarían apretándose la faja, como otros años, a que las nuevas lluvias entonararan sobre los campos su alegre canción fecundadora.

—Mañana en la madrugada sacaremos en andas la imagen de San Isidro Labrador. Que nadie falte, y los que tengan fe, que vengan de rodillas donde el santo. . .

El Consejo de *Achachis* se disolvió en la noche.

Aullaban los perros con el hocico dirigido hacia el infinito fulgor de las estrellas.



Con el albor inicial del día, cuando los gallos estridulaban su primera canción, por los caminitos pedregosos, angostos y resecos, los comuneros y sus familias abandonaron las *chujllas* y con las rodillas desnudas, hincadas en la rús-

tica aspereza de la tierra, fueron bajando rumbo de la iglesuca.

Los hombres se habían puesto poncho negro y las mujeres el *ppullu* de luto que les cubría la greñuda cabeza. Detrás de ellos, con rostros que denotaban sorpresa, hambre, atonía, seguían los niños, que a veces tomaban la procesión en broma y con ligeras chacotas imitaban, a gatas, el galope ligero de los guanacos, las coces de los asnos.

Un viento frígido, seco, danzaba encima de las cabezas haciendo revolotear contra los carrillos las orejeras de los gorros de lana. A veces apagaba la lumbre de los gruesos cerones benditos, que estuvieron ocultos en cada casa y sólo eran encendidos para que amaine la tempestad o para que se apiaden los manes de la sequía.

Negras y rumorosas hileras de indios arrodillados, cuya piel entumida por el frío sangraba, dejaban tras sí manchones en el cascajo y la tierra polvorosa. Un clamor hosco y medieval brotaba de sus pechos:

—*¡Uma tatito Dios! ¡Uma tatito Dios!*

Coreaban la súplica los gemidos de las mujeres, que plañideras se quejaban a voz en cuello:

—*¡Ay...! ¡Aaaay...! ¡Agua, tata Diosito! ¡Misericordia, Señor!*

A medida que llegaban hasta la puerta de la iglesia se incorporaban, medrosos, como si cometiesen una falta, con la cabeza gacha y las rodillas sangrantes.

Eran las siete de la mañana cuando todos los comuneros de Jatun-Kolla sacaron en andas la imagen de San Isidro Labrador. El sol ascendía como un grito de victoria por encima del cerro. Había cesado el viento y una desolada inmovilidad aplastaba la naturaleza.

Agónicas amarilleaban las sementeras próximas, dando al paisaje yermo y luminoso un aspecto extraordinariamente triste y extático que sobrecogía el ánimo.

La procesión enlutada caminaba en silencio, doblada la testa, con humilde y deplorable compás. A ratos, de la multitud partía una queja que era como un *llauri* que se clavara en la pulpa del corazón.

El cortejo se dirigió hacia la pampa. Se detuvo en el más grande sembrío de papas de la comunidad; allí aun el tierno rastrojo verdeaba en la plomiza extensión de los surcos resecos.

El indio Juancho Villca extrajo del bolsillo trasero del pantalón una botella de aguardiente y a tiempo de regarlo a los cuatro vientos, exclamó:

—San Isidro Labrador: danos agua, agüita para la tierra que se muere. . .

Toda la sombría y callada muchedumbre prorrumpió en sollozos, y hasta los niños, aviesos y montaraces, que asistían a la ceremonia obligados por sus padres, empezaron a consternarse y a comprender. En aquellos actos oscuros y fanáticos, trasunto del atormentado destino de los indios, se escondía, en un repliegue infinito y sin forma, la clave de la vida.

Un clamor de pechos resquebrajados, duros como el suelo del erial, hendió igual que una quilla en el silencio de la mañana.

—¡Danos agua! ¡Danos agua!

—¡Aguaaaa! . . . ¡Aguaaaa! . . .

El cielo impasible, claro e implacable, tenía la muda austeridad de la tumba de Dios.

En vano toda la mañana la procesión famélica, que cla-

maba sobre el seco polvo de las chacras, anduvo de un lado para otro. Los horizontes torvos, sañudos, abiertos hasta el fin, no apuntaban ni siquiera la menor ilusión de una nube.

Un llanto áspero, viril, rodaba por las tostadas mejillas de los labriegos. Sus cosechas estaban perdidas. ¿De qué había servido la faena amarga, el sudor y la fatiga de cada día? Ahí estaban las parcelas secas, que mostraban al sol los surcos infecundos.

Cuando regresaron a la puerta de la iglesia, aun resonaba en el espacio el grito delirante y ansioso de la multitud:

—¡Misericordia, Señor! ¡Agua! ¡Agua por misericordia!

Una vez dentro del templo, los hombres, las mujeres y niños, se pusieron de hinojos, con los brazos en cruz. Rezaron hasta el mediodía y cuando la multitud se retiró por los senderos, todavía quedáronse algunas indias en el templo para relatarle a San Isidro la inmensa aflicción que las embargaba. Su voz sonora, estremecida por el latigazo de la emoción, repercutía contra los muros. El hambre, el hambre siniestra que impulsa a degollar a los hijos y ancianos, que precipita a devorar los restos con delirante antropofagia; el hambre de pupilas cavernosas, circundadas con negras y magnéticas ojeras, rondaba ya las cabañas. Habían aparecido tropillas de *Kamakes* en torno de los apacibles rebaños; hasta los mismos halcones, de natural poco agresivos, bajaban hasta el patio de las *chujillas* a robarse pollos y *cuyes*. Y todo lo escuchaba el santo.

En el recinto, el acre olor del sebo de las velas volvía irrespirable el aire. Por la puerta entraba un áureo girón de sol y por su marco se distinguía un pedazo de paisaje mustio, envejecido, quebrantado por la sed universal.



Las primeras víctimas de la sequía fueron los perros. Sus pupilas, extrañas y dulcificadas, comenzaron a tener tonalidades rojizas, vidriosas. Les colgaba un palmo de lengua hacia afuera y su pelambre hirsuta, agresiva, estaba más revuelta y greñuda que de costumbre. Los indios ya no les acariciaban el lomo ni les arrojaban huesos para roer, puesto que los roían ellos mismos. Cuando se acercaban al rebaño junto al cual habían crecido lactando del mismo pezón de las ovejas, los pastores preparaban la *korahua* y con fuerte revoleo lanzaban la esquirla de piedra sobre el lastimoso pellejo de los canes que huían a la disparada, entre nubes de polvo, quejándose en su alma vasta y tierna de la ingratitud de sus amos.

Por la noche era horrible escuchar junto al silbo de los vientos, el tétrico aullido de los perros que rondaban en torno de las *ahuatiñas* donde se apercollan las ovejas para protegerse de los peligros de la obscuridad. Salían los indios armados de palos y piedras y a la antigua manera de las cacerías de los Incas, los rodeaban estrechando el círculo hasta poder matarlos a pedradas y golpes, como a los zorros. Muchos indios, adoloridos por lo que hicieron, tornaban a sus cabañas con las pupilas húmedas y la frente conturbada por el remordimiento.

Una luna inmensa, hinchada como un nube de fuego blanco, alumbraba las cacerías nocturnas.

Los desvelos eran diarios. Morían cinco, seis perros en cada noche, pero no terminaba nunca su ronda en los contornos ni su aullido tremebundo. Un día, cansados ya, con

los huesos y la médula estremecidos por la crispación de la hidrofobia, los perros se fueron hacia la puna, proscriptos del ayllu, rumbo de las fincas y de las aldeas.

No se paralizó aquí el drama que trajo consigo la carestía. Una legión de *kamakes* llegó una noche a Jatun-Kolla, como nacida de las tinieblas. Astutos, taimados, inteligentes hasta lo increíble, conseguían entrar en los corrales y allí, amparados por la sombra, hacían riza de las ovejas y cerdos. Los indios, advertidos por el insistente y quejumbroso vocerío del ganado, comenzaron una batida enconada y terrible. En el amanecer los despojos de los zorros despachurrados, con los intestinos afuera, eran deformes masas sangrientas cuyo grumo rojizo brillaba sobre el huano de los corrales. Las ovejas, tímidas y medrosas, miraban con gran temor los informes restos del enemigo.

Noche por noche, después de la primera matanza, desaparecían cuatro, cinco ovejas en toda la comunidad. Sus residuos eran encontrados días después en lo alto de las peñas del cerro, con el cuero roto a dentelladas y el vellón ensangrentado.

Pronto fué imposible combatir a los *kamakes*. Inútilmente se desgajaron los *kollis* para prender hogueras cerca de las cabañas. Los *kamakes* esperaban a que durmiese el vigía y en un cerrar de ojos se colaban por cualquier hueco en busca de la presa. Los zorros, acicateados por el hambre, duplicaban su malicia: burlaban trampas, setos espinosos, agujeros estacados. Por cada comunero había dos o tres *kamakes* que lo burlaban. Entonces fué cuando cada cual se hizo pesar el haber dado muerte a sus perros pastores.

En esta forma los zorros se cebaban en lo poco que guar-

daban los comuneros a expensas de su propia hambre, y Jatun-Kolla, habituada a sus fechorías, se cruzó de brazos y recibió la plaga con estoicismo indio.

El ganado iba camino del exterminio, y aunque su carne vacas, tan estimadas, tan mimadas por los indios, recurrían a la paja brava y la triscaban hasta hacerse sangrar las encías. Era un espectáculo triste verlas pasar trasijando de sed, el costillar sobresaliente, las patas cavilosas y las nalgas abiertas a la manera de una luna menguantes y el estómago pegado al espinazo.

Con rapidez murieron las vacas, las más delicadas, y en seguida vinieron los caballos, las ovejas, los cerdos, los asnos. Encima de los corrales los *alkamaris* hacían círculos, moviendo su cogote pelado y repulsivo.

El ganado iba camino del exterminio y aunque su carne poco jugosa, desabrida, constituía un alivio para los hambrientos propietarios, era de tal suerte penoso para ellos el comerse a sus animales, que la digestión les resultaba muy tarda y los más quedaban estreñidos. Salían los indios armados de palos y piedras y a la antigua manera de las cacerías de los Incas, los rodeaban estrechando el círculo hasta poder matarlos a pedradas y a golpes, como a los zorros. Muchos indios, adoloridos por lo que hicieron, torcaban a sus cabañas con las pupilas húmedas y la frente conturbada por el remordimiento.

Una nube inmensa, hinchada como una nube de fuego blanco, alumbraba las cacerías nocturnas.

Ninguna bestia alcanzaría a ver el año nuevo, que distaba largo tiempo todavía. Era urgente apresurarse en ponerle coto a la desgracia.

En la tierra yerma no se encontraba ni una gota de agua

y la poca de que disponían para la comida de las *chujllas* debían traerla en cántaros desde el río Kenta que tres leguas al oeste resbala en su arenoso cauce. Iban veinte borricos todos los jueves. Un día retornaron diez y siete, otro quince y por último, para este menester, quedaron doce. El hambre y la debilidad los tiraba en el borde de los caminos; allí se hinchaban como peludos odres y reventaban luego sembrando pestilencia en la comarca.

Así era el lado externo de la sequía; pero en su alma, en su secreto, nadie podía entrar. El hierático aspecto de los sombríos comuneros lo decía todo. Tenían hambre y el dolor les acompañaba a todas partes.

Los niños fueron cayendo como las *chitas*. Consumidos, enclenques, se prendían al seno flácido de las indias que apenas tenían vigor para envolver a sus guaguas y cargarlos en la espalda.

Después de la matanza de los perros vino la peste. El aire hedía por las tardes en que ni la más ligera brisa alzaba las habituales tolveneras.

Casi todas las *chujllas* tuvieron su velorio y durante las noches, entre faroles y hachones encendidos, enlutadas caravanas iban al camposanto a dejar el negro envoltorio de sus muertos queridos.

Cayeron el Tito Huallpa y el Santiago Yupanqui, que dejaron negros crespones que ondulaban en las polvorientas puertas de sus *chujllas*.

La piedad había huído de la tierra. La *Pacha-Mama*, sorda, vieja, extenuada, recibía el cuerpo de sus más fieles hijos para encerrarlos en su vientre de sequedad inexorable donde no hallarían alimento ni los necróforos.



En la desolación de la sequía nadie guardaba alientos para nada. Como gallos corridos de la cancha, los dos Villca, tenían resentida la cresta y mudo el pico. Ni desplantas ni farsas admitía la aflicción de los comuneros. Por las mañanas andaban por las afueras del caserío y allí escuchaban plañir al viento, que era como la misma queja de la tierra que abortó en plena gestación. El color plomizo y mineral del altiplano, apenas estaba tachonado por uno que otro mechón de paja. El verde se había ocultado por entero y los *kollis*, presas también de la sed, se quebraban en las ramas cuando el soplo desmelenado y furibundo los sacudía de la raíz a la copa.

Era ya imposible vivir más tiempo en suelo tan hostil. Rumores ateos renegaban hasta de la misma Providencia. De choza en choza surcaba el grito: "¡Dios está ausente! ¡Ha muerto Dios!"

El abandono en que sumía a los indios la falta de trabajo era muy mal consejero. Una tarde se originó una disputa entre el Basilio Quispe y el Mateo Choque.

—¡Tú eres el culpable de todo lo que nos sucede! —imputaba, a viva voz, el Mateo.

El Basilio Quispe era *kolliri* muy dado a las prácticas mágicas. Habitaba en una *chujlla* localizada en la falda del cerro y hasta allí, a media noche, solían subir los comuneros a consultarle. Preparaba bebedizos y filtros para causar males, para hechizar a la gente. Vendía amuletos de toda clase: piedra bezoar, dientes de caimán, plantas medicinales. A él se debían muchos amoríos y concubinatos,

pues sabía arreglárselas para que los enamorados se entendiesen. Cierta vez consiguió que un *huaynucho* de diecisiete años se enamorase perdidamente de una *mamacuna* setentona. En suma, el Quispe tenía fama de mal hombre y se le acusaba de mantener relaciones con el diablo al que iba a invocar los novilunios en compañía de la Tulika, otra mala pécora, vieja y bruja como él.

Cuando el Mateo Choque insultó al *kolliri*, éste quiso escabullirse y dejar las cosas como estaban, pero el Choque, rencoroso por cierta habladuría en que andaban metidos el brujo, su mujer y un vecino, detúvole por el poncho y continuó imprecándole.

—¡*Kamake* hediondo, tu eres culpable de todo esto...! Tú te reúnes por las noches con el *Supaya* y causas las *kencherías* de nuestros sembrados!

El Quispe, asustado, forcejeaba por soltarse de las manos que le asían del raído poncho. Ambos voceaban. La riña atrajo la atención de varios indios que llegaron a prisa hasta donde estaban los contendores. Vinieron el Villca, el Huanca, el Mamani, el Condori, el Yupanqui, y otros comuneros, seguidos de una tropa de *yokallas* curiosos.

—¡Este *kolliri* tiene la culpa! —clamaba el Mateo. En sus frases había furia, rencor, asco, un tizne de criminalidad latente—: ¡Está por las noches con el *Supaya*!

—¡Sí! ¡Mucha verdad! ¡Yo lo he visto! —dijeron varias voces.

—¡Ah, indio *kamake*!

El Quispe, temblando como azogado, tenía la actitud agazapada, rastrera, de un reo al que van a ajusticiar. No despegaba los labios. De pronto le tironearon del poncho y

del interior de sus vestidos cayeron dos muñequitos de lana que estaban atravesados en el pecho por una espina.

—¡*Kenchería!* ¡*Kenchería!* —varios gritaron, señalando con el índice a los muñecos.

—¡Este ha causado la muerte del Tito Huallpa, del Santiago Yupanqui, de nuestras guaguas!!!

—¡De mis vacas!

—¡De mis *sunichos!*

—¡De mis ovejas!

—¡De mis cerdos!

Las acusaciones venían una tras otra, pero el supersticioso temor al mal de ojo, a la brujería, impedía a los indios castigar al culpable.

En este trance llegó la Justina Huanca. Venía desmeledada, de luto, en sus ojillos brillaba la fiebre y la demencia.

—¡Tú has matado a mi suegro! —gritó—. ¡Tú has causado la caída del tata-cura el día de mi casamiento e hiciste enojar a San Isidro Labrador...! ¡Tú, perro *kolliri*, has traído la desgracia a Jatun-Kolla! ¡Tus maleficios tienen la culpa! —y se abalanzó contra el tembloroso viejo arañándole la cara como la fiera y brava hembra del puma. Entonces los hombres perdieron el miedo y cada uno empezó a dar golpes y más golpes al Basilio que se quejaba, maldecía y echaba espumarajos.

—¡Hay que matarlo!

—¡Hay que destriparlo como a *kamake!*

—¡Hay que *chancarlo!*

—¡Separar la cabeza del tronco para que el día del Juicio Final no la encuentre!

Cuando el viejo estuvo exánime, inconsciente, inmóvil en

medio de un charco de sangre que le fluía de las heridas, los indios le descuartizaron.

Un ardor bestial brillaba en sus pupilas. El olor de sangre, el odio de sus pechos, el hambre, la desolación de la tierra, ponían algo de macabro en el espectáculo.

Consumado el crimen colectivo, el Mateo Choque alzó por encima de las gentes la deshecha cabeza del brujo: tenía una expresión semejante a la risa en su boca, que mostraba los dientes verdosos de coca y los labios amoratados. Varios verdugones había en su frente y el párpado derecho estaba desprendido como si lo hubiesen descuajado de un mordizco. El cuello destrozado dejaba ver tegumentos de carne y nervio que se movían como sanguinosos flecos.

Después, cada cual se llevó un miembro. La Justicia se ensañó con los genitales, y atravesándolos con espinos los arrojó con furia. Los pisoteó como una posesa, sintiendo en lo íntimo de su conciencia de hembra que aquella humillación, aquella venganza, era la más grande que jamás sufría varón.

En muchos sitios enterraron los pedazos del cuerpo y, en seguida, con las manos aún melosas de sangre fresca, penetraron en la iglesia. Se prosternaron frente a San Isidro Labrador y lloraron y clamaron:

—¡Misericordia, tatito!

—¡Perdón, tatito!

—¡Te hemos vengado...!

Había tal convicción en el ánimo de los indios, tal certeza de haber realizado un acto vindicativo que el horrendo crimen dejaba en sus almas el sedimento apacible del deber cumplido. Temblaban con sangrienta y salvaje satisfacción.

Cuando todos salieron del templo sólo el temor empezó

a quemarles el pecho y, entonces, el Vicente Villca, el Paulo Huanca, el Juan Condori, todos, todos, exclamaron:

—¡Hay que irse! ¡Hay que irse!

—¡La tierra está maldita!

## EL EXODO

El Vicente Villca fué el primer comunero que levantó la voz de protesta con la cual quebrantaba el lazo de amor que lo unía a la heredad; y sin pena ni miedo, hizo conocer a los comuneros su idea de emigrar.

Primero hubo indios que se negaron a secundar tal iniciativa: en el hambre y en la abundancia, siempre debían estar junto a la Pacha-Mama; sufrir la tribulación de su vejez, morder el aliento abrazador de la sequía, pero no dejarla nunca.

—¡No, no! Abandonar la tierra es como huir de la madre enferma.

Era indeclinable su resolución, y primero comerían polvo, beberían lágrimas, antes de separarse de la tierra en que habían venido al mundo.

De nada servían los razonamiento, consejos y ruegos. Abandonar la tierra era un sacrilegio que no concebía la torpe imaginación de los comuneros, habituados a vegetar sin que les acose jamás la inquietud ambulatoria. Ancestrales fuerzas telúricas les tenían ligados al destino de la tierra, igual que a los pólipos coralíferos el destino de las

escolleras. Nada importaba el suplicio de la peste, el despiadado azote del hambre, ni aun la muerte de los seres amados. Al final todo tendría una nueva aurora de resurrección y la felicidad tornaría a danzar su *huayño* de abundancia. Así como habían de derramar la nueva simiente sobre las chacras, nuevos hijos sembrarían en el vientre de sus mujeres.

—¡No, no había que abandonar la tierra!

Pasaron diez días y en nada cambió el aspecto del cielo, que permanecía siempre limpio, sin una nube en su profundo piélago, sin un temblor de tempestad en sus horizontes; la tierra, en cambio, estaba como apabullada, con un aspecto de cosa muerta y en putrefacción. La paja de los techos de las casas caía en manojos que acarreaba el viento. El polvo, en vastas lenguas retorcidas y pardas, dejaba descubiertas a flor de tierra las piedras del subsuelo. Los arbolillos, como esqueletos epilépticos, deshojados se sacudían contra el telón celeste del cielo. Las *pircas* se derrumbaban igual que murallas milenarias. En la noche bajaban rodando algunos pedrones que la sequedad había desprendido del cerro y su choque enloquecido sonaba en la obscuridad con el mismo fragor del trueno y engañaba a los comuneros.

La luna menguante, como una segur que hubiera decapitado al sol, tenía sangre, y Sirio era semejante a un coágulo de aquella sangre estelar.

Vicente Villca no insistió: el hambre y la necesidad se encargarían de barrer del ayllu aquella humanidad que sufría en vano. Reunió su ganado, cargó en las acémilas los utensilios y ropas, y seguido por el Juancho y las familias de ambos, se marchó de Jatun-Kolla. Llevaba tres vacas,

dos bueyes, seis caballos, cinco asnos y treinta y cuatro ovejas de la ciento cincuenta que antes rebosaban en sus corrales. En las afueras del ayllu se hincó en el suelo y con la vista clavada en el cerro, el *Achachila* de Jatun-Kolla, rezó la última oración, la oración de los que se despiden. En su garganta se rompió un sollozo, que fué el primero de su existencia voluntariosa y rebelde de caudillo.



A medida que avanzaba el tiempo de la sequía, en la comunidad los indios se sentían como oprimidos. Cielo y tierra eran para ellos como una tremenda cárcel de cuyo castigo no sabían por dónde huir, cual si pesados grilletes los inmovilizaran junto al mísero tablón de tierra enjuta y desolada. En este trance el ejemplo de los Villca había sido una pauta, de manera que los más cuerdos optaron por imitarlos. El contagio fué inmediato: Ya que no había ni la más pequeña esperanza, lo mejor era irse donde se pudiera estar a buen recaudo en espera de que pasen los días álgidos y venga de nuevo la época de la siembra. Recapacitando de esta manera, muchos perdieron el aplomo habitual, la tosudez que condenaba a la muerte inminente a sus familias.

En estos días dramáticos la peste había arreciado y tronchaba a diestro y siniestro a cuanta gente era atrapada con sus durísimos colmillos. En los camastros de todas las *chujllas* siempre había algún enfermo consumido por las calenturas y fiebres, que se revolcaba con el delirio encerrado en los nervios. Sucumbían a diario e iban a dar al panteón

amortajados en sus harapos rotos como cedazos, entre cuya mugre bailaban las pulgas y garrapatas. Tan maquinal y continuo se había hecho el trabajo de cavar sepulturas que en previsión de próximos decesos, el *Jilakata* Paulo Huanca, sucesor del Tito Huallpa, había mandado abrir diez fosas en el cementerio.

Viendo los indios que era imposible toda salvación, se dispusieron a celebrar Consejo de *Achachis* y el primer sábado de diciembre se congregaron en la plaza del templo.

Era las cinco de la tarde y el gentío se arrebujaba bajo el suplicio de un viento cortante y veloz. Estaban casi todos los jefes de familia y en su aire de parias, de vencidos, había una como sensación de sufrimiento objetivo, palpable como el polvo de la tierra. Por doquier se miraba ojos encandilados, brillantes, pómulos que sobresalían, mejillas hundidas, cuerpos entecos que tambaleaban cuando el viento les cogía el poncho haciéndolo flamear.

El Paulo Huanca elevó por encima de todo el gentío la *vara de Jilakata*, y a tiempo de encaramarse en un estrado de adobes, con voz apretada de amargas inflexiones, se diría tartamuda, pidió que le atendiesen. Los indios se agruparon formando una masa compacta, acezante, llena de expectación.

Sobresalía encima de la masa la figura del Paulo Huanca. Su cabeza, con la cara picada de viruelas y la dentadura saliente, estaba cubierta con un rojo y desteñido gorro de lana; reflejaba abatimiento, amargura, ansiedad profunda. La emoción le embargaba y apenas pudo pronunciar desatinada monserga; luego se tranquilizó al ver la mansedumbre rebañega de los campesinos hambrientos de quienes era el caudillo. Empezó el discurso:

—Hemos venido aquí a resolver el destino de nuestra comunidad —un silencio solemne, apenas maculado por la ligera estridencia del viento, reinaba en la plaza—. ¡Quedarnos aquí, para ser consecuentes con la Pacha-Mama, equivale a morir! Yo he visto, tatitos, con mis propios ojos, cómo van cayendo nuestros hermanos: les salen manchas en el cuerpo, pústulas que se agusanan y los pudren en vida. . . No hay nada para curarles. En mi casa han caído ya cuatro guaguas. Y no sólo alcanza la muerte a nuestras familias, sino que también se lleva nuestros ganados. Es por eso, tatitos, que pido a ustedes que abandonen el ayllu y se vayan hasta que pase la sequía. . .

Había en la voz del orador una queja contenida, violenta, que pujaba por romper los diques; el sudor frío mojábale la piel y esa misma sensación embargaba, dominándola, a toda la muchedumbre. Aquellas palabras interpretaban el sentimiento general y eran el previsto clarinazo de retirada. . .

—Los que puedan quedarse en Jatun-Kolla —prosiguió—, que lo hagan si les conviene. Nosotros, los que nada tenemos en el granero, sino cebada en grano, comida por los ratones, nos iremos. . . En lo que a mí respecta, debo confesar con lealtad que ya tenía proyectado ir a reunirme con mis hijos en el Yunga. . .

El Huanca consideró haberlo dicho todo y se calló. Retiróse de aquella improvisada tribuna y se mezcló en la masa que comentaba aprobatoria. Sin embargo, no faltó viejo recalcitrante que le arrojó la tachadura.

El Braulio Choquehuanca, centenario y vigoroso indio *kolla*, de nobles facciones y cabellos canosos, apoyándose con dificultad en el cayado de palo, subió en el estrado.

—*Jakes del ayllu!* —gritó con voz desgarrada y senil—; Sois unos *keusas* y vergüenza tengo de haber vivido a vuestro lado. ¿Cuándo hemos de mantener nuestro cariño a la tierra? ¡Ahora, ahora! Ahora que ella está seca y agotada de nutrirnos tanto...

—*¡Uij! ¡Uij!* —resonaron las airadas interjecciones de la indiada.

—*¡Amuquin, achachi! ¡Amuquin, carajo!*

Los indios ya conocían aquella cantaleta que les había sonado muy dulce en otros días, pero hoy, en este lento suicidio... El viejo tuvo que callarse, y moviendo colérico su bastón de pastor, meneando la cabeza con desaliento y desprecio, se marchó de la plaza. “Ah, estas nuevas generaciones de cobardes”, dijo en el camino.

Luego hablaron dos *Achachis* más y acordaron dejar tres vigilantes al cuidado del ayllu, los que serían alimentados con productos que proporcionalmente entregaría cada comunero que se ausentara.

Ya estaba echada la suerte: había que desprenderse del lar querido, regarse en el altiplano, ambular de aquí para allá en busca de pan y trabajo, y engrosar las interminables filas de indios proscritos por la sequía.

Quien más, quien menos recordaba algún lejano pariente que le acogería por algunos meses; sólo aquellos advenedizos que fueron admitidos en Jatun-Kolla en los días de prosperidad, no decían nada. Inmutados, perplejos, se hurtaban de las miradas como ladrones. Y no eran más que unos cuantos, porque cuando comenzó la sequía, los comuneros a los otros les hicieron preceder a los perros expulsados del ayllu.

Entre estos últimos se hallaba el Juan Condori. ¿Qué sabía él, pobre calandrajo, del sitio adonde iría a dar con sus huesos? Sin sus amos, los Villca, parecía una balsa que hubiera perdido la vela, y el momento menos pensado zozobraría en aquella tempestad de hambre y miseria.

Los comuneros escogieron entre los advenedizos a los que se deberían quedarse en el ayllu. La suerte no favoreció al Juan Condori. Estaba atontado y no atisbaba ni una remota idea de lo que iba hacer con su persona y sus hijos. Arrojado de nuevo en la orfandad más absoluta, parecía recién salido de la finca. Mas no había que estar buscando mucho para dar en el clavo: aun conocía un camino, obscuro camino por cierto para él que era un animal diurno, acostumbrado a orear su cuerpo cobrizo con la luz del Inti-Tata. Pero, ¿qué le restaba? Ya que la superficie de la tierra le negaba el sustento, lo iría a buscar al fondo, al mismo vientre metálico de los cerros.

—¡Yo me voy a las minas! —farfulló, de improviso, mientras los comuneros volvían a sus *chujillas* alentados por nuevas aunque opacas esperanzas para la vida.



Como pintoresco cuartel de miserables ajetreaba el ayllu de Jatun-Kolla con los preparativos de retirada. Igual que *kamakes* sorprendidos en su cubil por el puma, los indios se aprestaban a defenderse con el recurso de la huída frente a los desnudos colmillos del monstruo de la sequía. Se movían en toda dirección de los agotados barbechos, por el cerro y la pampa, reuniendo de poco en poco la escasa ver-

dura que restaba en el campo para alimentar las enflaquecidas recuas y manadas. Proveíanse de *thola* y *yareta*, arbustillos para encender fuego en los futuros vivacs de la estepa.

Cuando estuvieron completados los detalles y preparativos para la inmensa marcha, la primera partida, que escogió la dirección sur, donde hallaría al móvil y azulado Titikaka, salió un amanecer refulgente y vaporoso. Se perdió por el centro del quebrantado y mustio secano, envuelta en la tenue telilla de la mañana. Era una fila de gentes y bestias que sin ninguna premura, con resignado continente, pisaba la ancha senda.

Iban unos cuarenta indios a los que el ventarrón haloneaba las bufandas y ponchos. Los enfermos y las mujeres montaban pardos borricos, doblados en dos, con ambos brazos tendidos hacia el crinado cuello de los rucios, moviéndose encima de las albardas igual que peleles de estropajo que no tenían alientos ni ánimo para erguirse, como si pesase sobre ellos el agobio infinito del cielo.

A ratos los niños iban a pie, otras en ancas. Jugaban con las piedrecillas del camino, indiferentes a la muda tristeza de la caravana.

Se escuchaba el "talac, talac" de las herraduras y cascos en la tierra endurecida, repleta de guijarros, que al ser hollada por el lento desfile despedía batientes halos de polvo resplandeciente como el oro.

Los que iban a pie se detenían para mirar de nuevo el cerro de la comunidad y le distinguían próximo en el horizonte, como un grisáceo muñón rodeado en la cúspide por la gasa de la mañana. De pronto la vista se les empañaba

y tenían que darse vuelta y apretar el paso para vencer al grueso nudo de angustia que les obstruía la laringe.

Ovejas y llamas iban juntas, arreadas por varios gañanes encanijados y pringosos que se distraían tocando en sus flautas melancólicos yaravíes, que llevaban la misma sangre del sugestivo y turbador *Manchaypuito* peruano que los indios ejecutan en una flauta hecha con la canilla de las mujeres que murieron de amor.

La caminata era larga; más que larga, fatigosa. En las veredas del camino se acostaban los plomizos berbechos sin brizna de verdor, atravesados a lo largo por exhaustas acequias. Se alzaban de la tierra amarga las míseras cabañas y *chujllas* de los peones de las fincas de la comarca, donde la tragedia secular está oculta bajo piojosos ponchos, destrozados más de una vez por el látigo del gamonal.

Anduvieron hasta que el sol pasaba el meridiano, hora en que rendidos por la fatiga y el hambre, acamparon en una pradera yerma, batida por el soplo puneño. Allí mendraron un fiambre de *ocas* secas y *quinua*. En seguida los hombres juntaron las tropillas de animales, y afirmando las caronas de las bestias ordenaron la prosecución de la caminata.

Y como lo habían hecho desde el amanecer, de nuevo empezó la tarda y oscilante marcha de jinetes, peatones y bestias que, como nunca, sintieron la inmensa largura y desamparo de los caminos.

A las cuatro de la tarde una brisa húmeda venteó del sur, era el nuncio de la tierra prometida, el Canaan de las frías llanuras bolivianas.

—¡El Titikaka! ¡El Titikaka! —gritaron, gozosos, los yokallas; y sus padres, como quien siente el hechizo de

aquella sola palabra, exclamaron al unísono con los *yokallas*:

—¡El Titikaka! ¡La Virgen de Copacabana nos ampare!  
Así la primera partida de inmigrantes llegó a su destino.



Al siguiente día de que partió la primera caravana, el resto de comuneros abandonó el ayllu. Iban en tropas de treinta, cuarenta y cincuenta y tantas personas. Unos al Norte, otros al Este, otros al Oeste. Hombres, mujeres y niños formaban una abigarrada montonera que se entregaba a las inciertas rutas del horizonte. Molían con los pies desnudos el suelo estéril de los caminos solitarios donde la vida parecía haber huído y ni siquiera dejaba los descarnados vestigios de un esqueleto. Todo estaba mustio, muerto y el paisaje tenía el pavor de un aguafuerte de tonos grises.

Los buitres, en la torre del campanario de la iglesuca de Jatun-Kolla, como si fuesen los únicos seres que daban muestras de vida, con la redonda y nictálope pupila, desde aquella atalaya miraban cómo a los comuneros se los tragaba la distancia.

El ayllu quedó vacío, como si por él hubiese pasado un vandálico ejército invisible. Todo estaba en desorden o aparentaba estarlo, porque la ausencia de los hombres comunicaba a las cosas un ardiente y desamparado abandono, un aire de destrucción. Las pircas derruídas; desfondados los techos de las casas; sin una bestia los pesebres y cabañas. Ni la sombra de un pájaro cruzaba el cielo como en otros días. Hasta los mismos *kollis*, tan duros para la vida, estaban desgaja-

dos, agónicos. Todo, en fin, era espejo de la soledad y de la muerte. El viento zarandeaba las puertas de las *chujllas* y metía polvo hasta en los más íntimos rincones, señoreándose de la abandonada comunidad en compañía del sol que en lo alto centelleaba como una ascua.

En la *chujlla* de los Villca, la más amplia y cómoda, se habían instalado los tres vigías. Allí, en el infernal olvido de las punas, sus almas dulces, tan acostumbradas al dolor, hallaban la calma de un monasterio. Y tierra, ¡tierra extensa! como nunca la habían tenido. Pero, ¿de qué les servía? Ellos, pobres peones de indios, en aquel espanto de soledad, apenas eran celadores y enfermeros de un solar histórico, infecundo y trágico. Compañeros de los muertos que en las noches salían de la tierra para mirar el cielo, para atisbar alguna nube henchida por el espíritu de la creación, por el agua que da el barro que se pudre y en su podredumbre comunica vida a los tallos, a las bestias, a los hombres, y hace palpar el corazón universal del altiplano.

Pero aquellos cancerberos, aquellos muertos en vida, sólo sabían que la única verdad de aquel tiempo era el aliento vencedor de la sequía y que sus miradas penetraban inútilmente en la silenciosa inmensidad de aquellas tierras baldías.



Los labriegos que al fin habían dejado la tierra, rondaban en los caminos como gavillas de gitanos. Allegábanse a los caseríos para exhibir su desnuda tragedia, abierta sobre su carne como una herida, en demanda de misericordia y socorro. Mas, todo era inútil, porque la sequía se engar-

fió en la conciencia de los pobladores y les endureció el alma como había endurecido la tierra.

Los insultaban dándoles con las puertas. Corríanles a pedradas cuando se acercaban a las *chujllas* y en más de una casa de hacienda les recibieron a tiros. ¡No, patrones y siervos, ya nada querían saber de los mendicantes que infestaban la campiña! Bastante los habían soportado ya desde hacía meses.

—¡Fuera, indios *kamakes*! ¡Fuera!

Soltaban los perros, que a veces volvían a las casas con el hocico entintado en la sangre de los "*kamakes*".

—¡No hay trabajo! —era la respuesta general por donde pasaban.

Y los indios errantes y desalentados, volvían sobre sus pasos, rumbo al oeste, rumbo al este, al norte y al sur, empujados por la mordedura del hambre y el acicate del pan.

Caminaban en las carreteras interminables alejándose más y más de su punto de partida.

Muchos caían para no levantarse nunca. Los enterraban en el sitio en que rodaron de bruces, junto a los barbechos ajenos, bajo un cielo distinto aunque igualmente implacable que el suyo. Menguaba la ración en la comida y se agotaban los últimos recursos. Entonces fué que muchos desertaron y se dieron al pillaje para no morir, acabando por enrolarse en las bandas de ladrones. Andaban a salto de mata, ocultándose en el día. En la noche, al resplandor de las estrellas, caían sobre los ranchos aislados y los saqueaban llevándose hasta la paja de la techumbre. Muchas veces estos foragidos toparon con cuerpos de infantería regular enviada por el Gobierno. En esos encuentros desiguales las balas talaban muchedumbres que luego hacinaban

en sangrientas gavillas sobre las cuales se cernían negras nubes de *alkamaris*.

De los otros, los que mantuvieron a pesar de todo el precepto ancestral de "No robar", metido en su sangre desde los tiempos del Inca, no se supo más. Disueltos o en grupos marchaban donde mejor podían, conducidos por el instinto. Muchos de ellos se dirigieron a las ciudades donde penetraban en hediondas caravanas, olientes a puna, a sequía, a peste. Ahí ambulaban por las calles, dejándose estar como légamo en las orillas del remanso. Pero todos, todos, desde aquellos que habían hallado acomodo en alguna parte, hasta los que vagaban por la estepa, contaban en la clepsidra de su corazón los días que faltaban para regresar a la tierra para la nueva siembra: la siembra de la esperanza.



TERCERA PARTE



## LA ALDEA

Umacachi, la cabeza de partido, está apoltronada casi en el centro de un océano de tierra, en plena estepa. Como todos los pueblos de su estatura había sufrido a través del tiempo sucesivas transformaciones desde la antigua época de los Incas. Antes de que arribasen a América las carabelas del genovés, en este lugar se hallaba un amplio *tambo* para los viajeros que iban del Kosko a las lejanas ciudades del Kollaſuyo y los Charcas; allí, dos veces por semana, se detenían para sacudir el polvo de sus sandalias los *chaquis* que informaban al Inca de las noticias del vasto imperio Tahuantinsuyu. Después de la Conquista, cuando comenzó la era productiva del Coloniaje, los españoles construyeron junto al *tambo* dos nuevos edificios: una iglesia y un pequeño fuerte donde pernoctaban las caravanas de indios y llamas junto con la escolta de arcabuceros españoles, que venían custodiando desde Potosí las talegas llenas de piñas de plata y los cofres sellados por el Justicia y Corregidor de la Villa Imperial, con los quintos destinados al Rey de España. De Umacachi salían las recuas antes de la madrugada en dirección al Kosko y Arequipa, y de allí partían

a la costa del Mar del Sur donde esperaban los galeones que iban a zarpar a la península ibérica. De esta manera Umacachi llegó a tener cierta importancia hasta alcanzar el rango de pueblo.

Los españoles que hacían noche en aquella latitud, lejos de entregarse al reposo, merodeaban en pos de indias mozas a las que calcinaban en los braseros de su sangre de gerifaltes; muchas de ellas quedaban encinta y como sus familias las expulsaban, irremisiblemente iban a vivir al fuerte. Así Umacachi acrecentó su caudal humano y pronto tuvo que ampliar la periferia de sus almenadas murallas para dar cabida a la población. Cuando vino la República no quedó ni muestra de *chapelón* en el contorno, pues los mestizos hijos de ellos, los sustituyeron con creces. Abundaban los Alvarados, Ulloas, Avilas, Rojas, González, Pérez. La República los necesitó para su administración y gobierno, de suerte que los nuevos ciudadanos dejaron su predio rústico y terminaron por constituirse en parte de la democrática vanguardia de la política alto-peruana. Hombres rudos, tercicos, vengativos y perdonavidas, en más de un gobierno dejaron sentir el peso del matonaje, haciéndose de una fama poco envidiable, pues era sabido que Umacachi fué la incubadora de donde los caudillos y tiranos sacaban a los sicarios encargados de conservar el orden público y amedrentar a los que todavía soñaban en los Derechos del Hombre. Así el poblacho coadyuvó con el fuerte puño de sus hijos al mantenimiento de las instituciones democráticas. Esto era motivo de orgullo entre ellos, porque cuando se trataba de conocer el valimiento de cada vecino, no había más que mentar que fué matón del gobierno tal y cual.

Sin embargo, de nada ha servido a Umacachi el que sus

hijos hubiesen participado tantas veces en el manejo de la *res pública*, pues quedó como lo dejaron los españoles, con su vieja iglesia carcomida y el mísero caserío. Lo que apenas hicieron es situar la Subprefectura, el Municipio y la Policía donde antes aposentaba la reducida guarnición hispana. Ampliaron la plaza de armas y edificaron una escuela, eso fué todo.

Este es el proceso sumario de la evolución urbana de Umacachi, y aunque le confirieron el rango de Capital de Provincia, como ciudad está visto que valía un comino.

El pueblo es pintoresco: muy serrano, muy altiplánico. Dos cerros le protegen por el norte y el oeste; el primero se llama el cerro Grande y el segundo el cerro Chico, ni más ni menos. En el cerro Grande hay una cruz de piedra y en el cerro Chico dos leyendas de tesoros enterrados. Y entre ambos cerros fincan su orgullos provincial los cholos de Umacachi.

Las casas son chatas, de un solo piso, y se suceden una a otra a lo largo de las callejas mal empedradas, sucias de estiércol de bestias y gentes. El viento encrespa los techos de paja y el sol se quiebra en los canales de los rojos tejados. Todo es pacífico y silencioso en las calles: ambulan perros escuálidos, hozan cerdos, escarban gallinas y medra uno que otro mendigo. A ratos pasa un jinete trotando donairoso y pintiparado en un caballejo que traquetea sobre los menudos guijarros. Asoman a la puerta de las tiendas, infladas y beneméritas cholos, de rechonchas piernas y caras cetrinas, satinadas por el viento y el sol. A veces transitan los vecinos más connotados, con aires de abogados sin clientela, de pleitistas perdidosos. Se saludan con mucha ceremonia y respeto:

—Buenas tardes, compadre . . .

—Buenas tardes, compadrito.

—¿Qué tal está mi comadre?

—Muy bien, gracias . . . ¿y la mía?

—Sana y buena, gracias.

—Salúdemela.

—Le haré presente.

—Y, ¿qué sabe usted de la ciudad?

—Parece que va estallar una revolución encabezada por el General Zutano.

—Ay, ¡qué bien la revolucioncita!

Y ambos vecinos se despiden y marcha cada cual a filosofar por su lado.

Los jueves y domingos pierde su monotonía el pueblo: hay mercado y desde temprano llegan los campesinos a la plaza de armas; allí, en las veredas y calzada, tienden su muestrario y realizan comercio de productos. Después, el tiempo que resta, de sol a sombra la murria y calma bostezan el tedio campechano y ayudados por la quejumbrosa campana del reloj municipal.

En Umacachi la tranquilidad no se solivianta jamás. Un cielo despejado, azul, se extiende como una manta para que dormiten bajo ella los hijos de la comarca. Sólo en aquellos días consagrados a las fiestas patrias y religiosas se arman ligeros tole-toles que terminan en multas y arrestos en la Policía.

En época de elecciones también se remueve el avispero, y entre los partidos, Moderado e Inmoderado, esto es liberal y republicano, se muestran los dientes delante de las ánforas plebiscitarias. Suele haber tiros, escaramuzas de caballería civil, trompicones, roturas de cabezas y de ahí

no pasan las cosas. Eso de colores políticos, doctrinas sociales y otras zarandajas había que dejar para los doctores; el pueblo llano, compuesto de su mayoría por artesanos y granujas sin oficio ni beneficio, se contentaba en recibir votos escritos de antemano y un vale por dos botellas de cerveza o una de *pisco*. Después del escrutinio y en conocimiento del resultado electoral, ambos partidos se juntaban para festejar el triunfo de la democracia y la nueva elección. El candidato ganancioso invitaba a una francachela y, olvidados los motivos de la querrela, en feliz amistad y compañía libaban durante semanas enteras calentándole las orejas al nuevo "padre de la Patria". Pasados estos días de ardor cívico la calma se restituye al poblado y la vida continúa su marcha regular, quieta y mansa como la superficie de un estanque.

Las gentes de Umacachi no están tiranizadas por un clima tropical y sus apetitos carnales son muy morigerados, por eso que no hay lugar para que surjan disputas sangrientas por asuntos sentimentales, lo que favorece enteramente al sanhopancismo de la villa. Tener una mujer hacendosa y cristiana; poseer unas parcelas de tierras bien atendidas por los indios y guardar algunas bestias en los corrales, era el límite de la ambición; pero quien iba más allá terminaba por encontrar un puesto público, y con eso era feliz como un borrego.

En el viejo edificio resíduo del Coloniaje estaba el Juzgado de la Provincia y era el lugar más concurrido por los indios. Allí, entre la montonera de cholos semi-letrados, se distinguía el doctor Margarito Mendoza, alias "el lobo". Cincuentón, ventripotente, calvo, petizo y dicharachero; siempre andaba de leva y cuello duro, con su fajo de expe-

dientes bajo el brazo, seguido de un enjambre de indios silenciosos. Este doctor era el más reputado cagatintas de la numerosa generación de abogadillos, cuyo arte de birlbirloque consiste en tejer obscuras mallas de términos pseudo jurídicos para amargar la vida de los indios y convertir en testafierros a los altos magistrados de las Cortes de Justicia. Todos ellos, que son muy artificiosos, conocen la profesión a fondo, pues nadie hay mejor para redactar documentos alambicados, llenos de frases en latín pardo, copiado de los antiguos textos de Derecho Romano. Urden pleitos por nada; atacan y defienden un mismo juicio y cobran por ambas partes, y la que más paga, ¡claro!, gana el pleito.

En esta fauna de juristas el que lleva la batuta es el doctor Margarito. Además es Alcalde vitalicio y jefe "nato" del partido liberal. Sus teorías políticas son pasmo de los hacendados y comerciantes de la región. Cuando con algún motivo se realiza una fiesta, el doctor Margarito es el más calificado orador, y derrama con opulencia el caudal de sus conocimientos para divulgar sus teorías políticas entre los menguados umacacheños. Habla con lenguaje limado y abundante en eses y zetas. Ingenioso a ratos, profundo en otros, siempre termina con esta frase cabalística que edifica la pobre conciencia de la ciudadanía: "Lo que acabo de exponer, señores, no es más que la doble raíz del principio de la razón suficiente". Don Margarito es un genio de esos que viven ignorados en las provincias.

Otro ente pintoresco es el señor Subprefecto: lucio, ancho, solemne; ora risueño, ora agriado, no tiene más ilusión que la de redondear los veinte mil bolivianos que se ha propuesto trasladar del bolsillo de los indios a sus pro-

pías faltriqueras, para retirarse luego a disfrutarlos en su ciudad natal. A la inversa del doctor Margarito, el señor Subprefecto masca las erres cuando dirige la palabra. Sus ojillos pícaros, que le saltan de las órbitas, son los que nunca duermen en la siesta general del pueblo. Cínicos y avizores, descubren el menor indicio del lugar donde chorrea la plata. Todos los días los gendarmes recorren la campiña en pos de indios omisos del servicio militar obligatorio o burladores de la "prestación vial"; entonces, el señor Subprefecto, les exprime fieras multas y luego les pone en libertad para que los gendarmes, en sus nuevas correrías, los atrapen otra vez.

Dos años lleva el Subprefecto desempeñando el cargo y jamás hubo quejosos, porque si realmente alguno llevaba sus quejas a la ciudad, era indio. Y al indio nadie le hace caso.

La escuela de Umacachi es un arquetipo de estas instituciones: tiene cuatro profesores impagos y trescientos alumnos. Dos cuartuchos atestados de cajones y tablas, sirven de clases de estudio. Se turnan: primero entran todas las mujeres y cuando éstas salen a recrearse entran los varones. El día que llueve se cierra el aula porque tiene muchas goteras.

Sólo se recibe en la escuela a los hijos de los vecinos del pueblo y nada se quiere saber de los hijos de los indios. Ellos no tienen derecho para conocer la poca letra que reparten los maestrillos, ¿Qué quieren instrucción? Pues, allá ellos, que en las cabañas, chiqueros y sementeras conocerán el alfabeto que les conviene. Nacieron indios, ¿para qué les sirve el abecedario? Resulta un ringorrango que el indio sea "*leído y escrito*" como los mestizos. ¿Quién

sembraría la tierra, entonces? Que tiren palotes con el arado, esa resulta la más recomendable caligrafía para los indios.

Esto es Umacachi y aquí se refugiaron los Villca cuando los arrojó del ayllu la sequía.



Al caer la tarde de aquel día en que dejaron a Jatun-Kolla retorciéndose con la feroz comenzón de la sequía, los Villca pusieron los pies en Umacachi. No habían sido los primeros ni tampoco serían los últimos: En las sórdidas y tortuosas callejas se movían otros indios en torno de sus pobrísimas haciendas y familias. Algunos ocupaban el zaguán de las casas y parecían estar instalados a sus anchas bajo el albergue mestizo. Otros habían acampado en los grandes corrales, bajo improvisados cobertizos, al lado de los animales del dueño de casa. Otros, menos afortunados, se aprestaban a dejar el pueblo porque no había lugar para ellos.

La llegada de los Villca fué desapercibida, pero como traían numerosa recua de ganado no faltó algún cholo que ofreciese sitio en su casa, porque la tentación de hacerse de algunas vacas y borregos era bastante incentivo para mover a compasión el espíritu de los vecinos del poblacho. El Vicente Villca, sin embargo, anduvo avisado y no se dejó engatuzar con las melosas primicias de los mestizos que andaban a la caza de incautos. Siguió atravesando el pueblo hasta llegar a las afueras donde vivía la chola Encarnación, una de sus comadres.

~~Encarnación~~

La chola era una mujer madura, blancona, fuerte y ple-tórica. Recios hombros, recios cuartos, recios pechos y aun-que la edad principiaba a destruir sus mestizos encantos, no faltaban cholos que pensaban en ella, pues sólo era man-ceba del carpintero Luciano Rojas, al que, cuando se ausen-taba, ponía lindos adornos en la cabeza.

—¡Ay, caramba, habían llegado! —exclamó la chola a tiempo de franquear el portón de su casa.

—Sí, mamita, he llegado con mi familia y los animales, porque en la comunidad ya no se pudo vivir con tanta ca-restía . . . —respondió el Vicente.

—A ver, a ver, ¡entrá no más!

Como ható que se azora en toril extraño, los indios irrum-pieron en el patio de la casa, que era una curiosa construc-ción de pilares de ladrillo y piedra. Después de dar las gra-cias a la chola, que ambiciosa soslayaba la inquieta y velluda masa de ovinos detenidos en la puerta, los foras-teros acordaron el precio del hospedaje.

—Tu sabes, mamita, que donde tí hemos venido porque eres de nuestra confianza —apuntó, socarrón, el Juancho Villca.

—Y que no has de hacernos pagar caro —reiteró su hermano.

—Bueno, pues ya veremos. ¿Cuánto quieren pagar? —di-jo la chola.

—Tu dirás, comadre.

—Eso depende, . . . depende . . . ¿Cuántas ovejas han traído?

—Tenemos treinta y cuatro. Pero pensamos vender la yunta de bueyes y una vaca . . .

—Ah, entonces quieren pagar en plata.

—Sí, mamita.

La chola, que desde la infancia estaba acostumbrada a tratar con indios, sabía que cualquier ofrecimiento se les puede hacer sin temor de cumplirlo. Gran concedora del alma sospechosa y tímida del indio, sabía que tras de cada labriego se esconde un zorro trapacero y montaraz, así que no se fiaba de ellos.

—Ya que quieres pagar —dijo la chola—. ¿Puedes adelantarme unos bolivianitos?

—Está bien, mamita. Te daré cincuenta bolivianos, ¿quieres?

—Bueno, algo es algo. Puedes ir a ocupar el corral que queda tras de la casa. Tu familia puede acomodarse en el pesebre, ¿está bien?

El orgullo de Villca sufrió un vuelco porque esperaba siquiera una habitación. Pero no era posible exigir; había que contentarse con cualquier cosa. Después de todo, Villca, el rico Villca, entre los mestizos caminaba con la servilleta al brazo; aquí no había sencillos comuneros, sino explotadores mestizos. El Vicente Villca se mordió el labio inferior. Atinó, por experiencia, que para los cholos el indio es un ser manso que todo lo aguanta sin quejarse, con resignación, aunque maldiga por dentro y calle para que nunca penetren en el secreto de su silencio.

Mal de su grado, con aparente conformidad, el Villca entregó un billete de cincuenta bolivianos.

Cuando la chola se hubo alejado meneando las caderas con el vaivén de sus cinco pesadas polleras, empezaron a meter el ganado en el corral. Luego, entretanto que los hermanos desmontaban los aparejos de las bestias y desem-

pacaban los bultos, las mujeres barrieron el pesebre aliñándolo en lo posible. Tendieron las esteras de las camas.

Así quedaron instalados aquella misma tarde, y en la noche, lejos de su comunidad por seis leguas de ardiente y desolada sequía, los Villca devoraron el agrio yantar del confinamiento.



Pasaron tres semanas grises, disueltas como un ácido letal que corroía el organismo de los campesinos acostumbrados a la brega. En el corral las mujeres cosían ropa y en los momentos de ocio se despiojaban al sol. Los hombres desde el amanecer iban con los animales a las orillas del río Kenta, cuajadas de *totoras*, en cuyo margen apacentaban hasta que el sol se ponía. Esto era lo cotidiano.

El Vicente y el Juancho tenían el corazón oxidado por el tedio. Mirando triscar abrojos y totoras a las pobres bestias esqueléticas, dejaban irse los días. Durante grandes intervalos se encerraban en sí mismos bajo el absurdo embeleco del paisaje puneño, que pesaba como una lápida. A veces soñaban con la mirada perdida en el fondo del cielo.

—Cuando venga el invierno regresaremos a Jatun-Kolla y con dos arados hemos de preparar los barbechos...

—Dicen que las cosechas son buenas después de la sequía.

—Si, Vicente, me han contado que por cada fanega de semilla se saca por lo menos veinte de cosecha.

—Así dicen los viejos, por algo ha de ser. Nosotros sembraremos todas las parcelas y nuestra cosecha será bien gruesa. Las trojes serán muy altas...

—¡Ojalá! A ver si nos ayuda la lluvia —habló, dando un suspiro, el Juancho.

—¡Tiene que ser! ¡Tiene que ser! —dijo, vehemente, el Villca mayor.

Ambos comuneros quedaban abstraídos, silenciosos, mirando la manada que iba de un lado a otro oliendo a ras del suelo.

Alguna vez el Juancho rasguñaba las cuerdas del *charango* y el Vicente tocaba el *pinquillo*. Los aires pastoriles, de una suavidad de canción de cuna, blanca como el vellón de las *chitas*, flotaban sobre el río y el totoral. Cuando el atardecer atirantaba en el poniente su pincelada bermeja, ambos hermanos volvían al pueblo tras de la lenta procesión de las bestias y entraban en el corral junto con los primeros soplos del véspero.

Estaban tranquilos porque nadie se ocupaba de ellos y los dejaban existir libremente. Pero a los tinterillos de Uma-cachi no se les perdía de vista el tropel de animales que todas las madrugadas llevaban al río.

Una tarde, cuando los indios estaban ausentes, un gendarme fué a casa de la Encarnación. Entró en el corral y le dijo a la mujer del Vicente:

—Oye, el Comisario me ha ordenado notificar a tu marido para que ahora mismo se presente en la Policía.

—No ha de ser, tatito. Nosotros no hemos hecho nada.

—No sé, ¡las órdenes se cumplen, no se discuten!

—Si, tatito. Ahora mismo le voy avisar.

—Bueno, ¡que se presente!

Se marchó el gendarme. Reculaba en bandolera el aceitado y largo cuerpo del fusil. Las mujeres quedaron per-

plejas: “¿Qué habrá hecho?”, se preguntaban mientras cubrían sus cabezas con el rebozo.

—¡A lo mejor es lo del *kolliri*!

—No creo. El *kolliri* ha muerto y los muertos no se quejan a la autoridad.

—¿Qué habrá hecho?

Junto al rebaño encontraron al Vicente que como de costumbre platicaba con su hermano. La noticia le llenó de desazón.

—Para qué será, ¿no?

—¡No sé!

—A lo mejor quiere que le vendas un caballo —dijo el Juancho.

—No; esto es cosa de esos cholos abusivos. A lo mejor... ¡a lo mejor! ¡sí! —dijo el Vicente como quien ha acertado una adivinanza: —¡Estamos fregados, van a querer otra cosa!

—¿Quééééé?

—No hay carne en el pueblo.

En efecto, cuando el Villca se presentó poco después en la Intendencia, el Comisario le hizo conocer una Ordenanza Municipal:

“El Alcalde de Umacachi, por resolución del Concejo Municipal de esta Capital, y en vista de la carestía de artículos de primera necesidad y la creciente hambruna que hay en el altiplano como consecuencia de la sequía, Ordena:

“Todos los animales de carneo que existen dentro del radio urbano serán requisados, pagándose por ellos su justo precio en la Caja Municipal. Esta medida obedece al deseo patriótico de prevenir la especulación de los comerciantes.

Umacachi, noviembre de 19... (Fdo.) Dr. Margarito Mendoza”.

—Pero, tatito, ¡yo no soy carnicero! —profirió el Villca, aterrado.

—Yo no sé nada. Es una Ordenanza Municipal; anda donde el Alcalde.

Todo tembloroso y alterado el indio abandonó la Comisaría y se marchó al bufete del doctor Mendoza.

El vejete enlevitado estaba hecho una pascua. Le brillaban los ojos como faroles en Nochebuena. En su oficina varios vecinos y colegas estaban a felicitarlo.

—Don Margarito, esa medida drástica que acaba de dictar compromete nuestra eterna gratitud porque libra del hambre a nuestros hijos...

—Don Margarito, usted sabe que yo y el pueblo le quedamos muy reconocidos porque combate a los explotadores...

Don Margarito por aquí, don Margarito por allá, el leguleyo estaba feliz; aquella medida dictatorial le elevaba a las nubes. “Pero, ¿qué pensará el Subprefecto?”, se decía el doctor Margarito. “El muy zorro no va a tragar que ésto lo hago por el pueblo. Pero, ¿qué importa? Le daré la parte del ratón en el negocio”.

Cuando se retiraron sus amigos, el amanuense de la oficina le comunicó en voz baja:

—El señor Subprefecto le ha hecho llamar.

—¡Caramba, animal!, ¿por qué no me avisó antes?

—Es que era una llamada confidencial —respingó el amanuense con una sonrisa de inteligencia.

—¡Ajá! Esto es —le contestó dándole dos amistosas palmaditas en la espalda—. ¡Usted conoce sus deberes!

El amanuense puso una cara de angelote, se ruborizó y bajando servilmente la mollera, dijo:

—Gracias, gracias don Margarito, usted me confunde...

En su oficina el Subprefecto esperaba ansiosamente. Sus manos, nerviosas, jugaban con la cadenilla del reloj. “Lo que es el tal tipo de don Margarito no me la juega. “¡Aquí hay gato encerrado!”, se decía. “¡Requisar! ¡Caramba, esto sólo debe hacer el gobierno en tiempo de guerra!” Sacaba su reloj y echaba un vistazo a las manecillas. “Qué carajo don Margarito, ¿eh?”

El secretario anunció:

—Ha llegado el Alcalde, señor Subprefecto.

—Hazlo pasar inmediatamente, ¡inmediatamente!

Con gesto de profunda preocupación el muy tuno arrugó el entrecejo. Don Margarito, echando los bofes, con el tongo en una mano y el bastón colgándole del antebrazo, entró en el despacho. Con una sonrisa ablandó el ceño del Subprefecto.

—¡Mi querido doctor!

—¡Mi estimado Alcalde!

Saludos, dengues, sonrisas.

—Le hice llamar para ese asunto de la Ordenanza. Usted sabe que aunque nada tengo que hacer con los asuntos de la Comuna, mi deber, ¡claro! mi deber me obliga de pedirle mayores detallitos.

—Sí, mi querido doctor, yo iba a buscarlo ahora mismo. ¿Podemos hablar con confianza? —dijo don Margarito al entrever medio entornada la puerta del secretario.

—Sí, hombre, sí. El secretario es mi sobrino.

—Pues, si así es, ¡magnífico!

Don Margarito acercó su silla hasta chocar con el sillón del Subprefecto.

—Como liberal, doctor, para mí la divisa es: “dejar hacer y dejar pasar”. Bueno, la Ordenanza es, por decirlo así, el *facto factotum* de una bonita combinación que nos permitirá mover el capital congelado en nuestros baúles.

—¿Negociado?

—No es esa la palabra, permítame, doctor: es sólo una combinación financiera.

—Le entiendo. Siga usted.

—Usted me da diez mil bolivianos y le entrego ovejas, vacas y bueyes por valor de veinte mil. ¿Quiere usted?

—Y, ¿qué hago con el ganadito? —respondió el Subprefecto, visiblemente emocionado.

—Lo carnea, doctor. ¡Lo vende usted en cuero, grasa, pulpa y le saca usted el doble! O lo vende usted en pie. Negocio de ganado es siempre ganado.

—¡Qué pendejo es usted, don Margarito! —exclamó el Subprefecto, sin poderse contener: —Esto es lo que se llama altas finanzas.

—¿Trato hecho?

—Ni una palabra más.

Hicieron cálculos, y con gran alegría constató el Subprefecto que el negocio era una mina en boyá. De puro gusto le temblaba el tripudo abdomen.

—Bueno, mi querido doctor —dijo, zalamero, don Margarito: —me voy a mi oficina. Tengo unos litigantes que me cargan la paciencia.

—Venga usted a comer a casa. Ahora mismo reclamaba mi esposa por usted.

—Gracias, doctor.

—¡A usted las gracias!

Cuando el doctor Margarito desapareció por la puerta, el Subprefecto no cabía en sí de gozo, daba zapatetas como un chiquillo: “Por fin, por fin se realizan mis aspiraciones, mi ambición. ¡Veinte mil bolivianos! ¡Más, veinticinco mil! ¡Treinta mil! ¡la bendita suerte!”

En la oficina de don Margarito esperaba el Vicente Villca. Aire severo, máscara de preocupación.

—¡Tata Alcalde! —gritó al verle— ¡Tata Alcalde! He venido a preguntarle por qué ordena que vendamos nuestro ganado.

—Hijo, eso es obra de las necesidades sociales.

—Pero es lo único que tenemos. La sequía ha matado más de dos terceras partes. ¿Con qué vamos a vivir?

—A todos se les pagará su justo precio. No te alteres, hijo: recibirás buena plata.

—Es que no quiero vender, tata.

—Con que no quieres vender: ¡A ver, un guardia! —gritó don Margarito: —¡Arresten a este indio insolente, y que le claven treinta bolivianos de multa por desacato a la autoridad!

—¡Tata, tatito! —exclamaba, lastimero, el orgulloso Villca.

—¡Nada, nada! ¡Lléveselo!

A culatazos lo metieron tras la reja donde había una docena de indios cariacontecidos que estaban allí por la misma causa. Cuando rechinó el cerrojo enmohecido que aseguraba la puerta de la cárcel, el Vicente Villca, ya fuera de sí, gritó:

—¡Cholos desgraciados! —toda la sangre de sus abuelos se removi6 en sus tendones crispados, la c6lera revoleaba en su cuerpo como una honda de combate, en ola caliente y vertiginosa.

—Callate, callate, tatito —le cuchichearon algunos presos. Pero el Villca no se doblaba, por algo latía sangre de guerreros en sus venas.

—¡Cholos degenerados, podridos! ¡Ladrones, pillos!

Vinieron cinco gendarmes indios, le agarraron por los sobacos y a puntapiés y puñadas le condujeron al patio de la gendarmería.

Tras de las rejas los indios escucharon el chasquido del látigo sobre la piel desnuda. A cada golpe daban un pestañazo.

Media hora después trajeron a rastras al Villca. Tenía la cara tumefacta y la camisa empapada de sangre.

—¡Pobrecito! ¡Pobrecito! —musitaron con sorda c6lera los presos.

—¡Ah, cholos . . . la . . . dro . . . nes! —gimió exánime, el orgulloso e indomable señor de Jatun-Kolla, y fué a tirarse en un rinc6n húmedo, que olía a orines, para llorar su impotencia.

La sombra de la noche anegaba la celda carcelaria.



La expropiaci6n sali6 a pedir de boca y tal como lo planearon el Alcalde y el Subprefecto. Se prohibió a todos los indios vecinados y transeúntes de Umacachi que sacasen los animales al campo, bajo pena de comiso. A los dos

días de la promulgación de la Ordenanza la plaza pública tenía aspecto de feria, aunque la cara lúgubre de los indios, el llanto de los desposeídos, le restaba toda la algarada de una verdadera feria. Los únicos que andaban contentos eran los mestizos: a ellos no les alcanzaba la Ordenanza Municipal y ya tenían su ganado a buen recaudo. Bueyes, vacas, toros, novillos, cerdos, ovejas, fueron llevados a la casa municipal. Después de una tasación a ojo de buen cubero, los empleados municipales pagaban la respectiva indemnización.

—Esta vaquillona de Senobio Mamani.

—Está vieja, déle setenta bolivianos.

—Este novillo de Gregoria Chuquimia.

—Páguele cien bolivianos. Ese precio es para todos los animales grandes y en buen estado.

Esa tarde quedaron en la encerrona ovejas, toros, vacas, novillos, bueyes, gallinas, etc., como obligado tributo. El Alcalde, para no desmentir su deseo de ayudar al pueblo, en el mismo patio de la Alcaldía ordenó derribar dos toros. Hubo carne, mucha carne y el vecindario mestizo estuvo efusivo para agradecer a su omnipotente burgomaestre.

Dos días después de la compra municipal, don Margarito dispuso que parte del ganado fuese a invernar a una de sus propiedades. Y por aquel embudo entraron, hasta esfumarse, todos los animales. Empero, aunque se cuidaron de que no faltase carne en el mercado, era ésta de tal calidad que la gente maliciaba que carnearon mulas. A los quince días exactos no hubo ni el menor vestigio de ganado. Todo él había salido de la población a "engordar" en las fincas del Alcalde.

Los Villca estaban como enajenados. No les dejaron ni una vaca, ni un buey, ni una oveja. Apenas los caballejos y burros estaban en el corral para aplacar la tristeza de sus dueños.

Al término de diez días en la sombra de la mazmorra, el Vicente Villca fué libertado. Magro, hambriento y con una sorda cólera en las entrañas, lo primero que hizo fué ir al lado de su familia, y allí aunó sus maldiciones a las quejas de los otros.

—¿Cuánto te pagaron por los bueyes?

—Cada uno a cien bolivianos.

—¿Y las ovejas?

—Diez bolivianos los machos y doce las hembras. Las crías se las llevaron de balde, como yapa.

—¡Pillos! —gritó el Villca.

—También se llevaron las vacas.

—¡Ladrones!

—¡Y un caballo!

—¡Malditos!

En fin de cuentas la fortuna de los Villca se redujo a mil seiscientos bolivianos en papel. Después de una noche de conjeturas, desasosiego e insomnio, en la que el Vicente Villca se pasó en vela, mascando coca, al alborear la mañana tenía resuelto hacerse aumentar la indemnización; para ello se trasladó temprano a casa de un tinterillo.

Un cuartucho maloliente, de piso de ladrillos; una mugrienta mesa con un tintero y un desordenado montón de papeles y libracos encima; tres sillas y un sofá destripado, era la oficina del abogadillo. El mestizo escuchó atentamente la exposición del comunero y cuando hubo terminado, tomó la palabra:

—Bueno, hijo, yo te voy a defender. Podemos lograr que te paguen mil seiscientos bolivianos más, porque mi conciencia me dice que te han estafado como a un chino. Pero los recursos que debemos presentar a la justicia han de ser de peso, fuertes e iderrocables.

—Dios te pagará, tatito.

—Mira, hijo, aquí hay dos libros —prosiguió el tinterillo señalando un Código Penal en infolio y un manual del Procedimiento Civil:

¿Con cuál quieres que te defienda? ¿Con el grande o con el chico? El grande, como después has de ver, tiene más peso legal y jurídico que el chiquito.

—Sí tata. Que sea, pues, con el grande.

—Con el libro grande mis honorarios son seiscientos bolivianos, la mitad adelantados. El chiquito cuesta menos, pero, hijo, no te aconsejo: lo barato sale caro.

—Sí, tatito. Pero, ¿y si pierdo?

—Eso es humanamente imposible. Con este libro de peso no hay quien se atreva a quitarte el derecho, ¡ni el más gente!

El Villca se puso a cavilar calculando las posibilidades que tenía en su favor al meterle pleito a la autoridad. “No, se dijo, estos tinterillos son de una sola casta y obran con una mala fe del demonio. Más vale que conserve mis seiscientos a que pierda eso más”.

—Bueno, ¿qué dices? —apremió el leguleyo.

—No puedo, tata; mejor no haga nada.

—Está bien. ¡Tú lo has dicho! Ahora me pagas cincuenta bolivianos por la consulta y hemos terminado.

—¿Cincuenta? —dijo, alarmado, el indio.

—Como lo oyes: ¡Cincuenta bolivianos por la consulta! Y si no, te hago pagar daños y perjuicios y te encierro por conspirar contra la autoridad municipal.

—No me quejo, tatito. Aquí tienes el pago de la consulta —respondió a tiempo de desanudar la punta de la faja donde tenía un atado de pobres y traposos billetes. El tinterillo se ablandó como por arte de encantamiento. Con mirada de usurpador y lengüeteo de complacencia, recontó los billetes que el Villca había depositado sobre la mesa.

—Como eres hombre honrado —dijo—, si te animas te defiendo por sólo cuatrocientos bolivianos.

—No, tata. Yo me voy nomás —contestóle el indio ya puesto sobre aviso con la lección. Se retiró con premura y en la calle, libre ya de la amenaza del letrado, se reunió con la familia que le aguardaba.

—Sólo hay ladrones en todo el pueblo —fueron las palabras del preámbulo de la narración de su aventura: —El día que pueda les voy a meter cuchillo en todo el cuero...

Y apabullados, renqueando, con la lava del odio ardiéndoles en el corazón, los Villca tornaron a ocultarse como topos en la sombra del corral, en el pesebre donde el viento entraba por todas partes.

—Ay, ¡cuánto tiempo nos falta para las nuevas siembras!

—Y ni siquiera tenemos una yunta. ¡Maldita la hora que dejamos el ayllu!

—Los viejos tenían razón: Nunca hay que abandonar la tierra.

Un estruendoso relincho asesinó la charla de los comuneros.



Amilanados como liebres, hurtándose de la mirada del prójimo en el rincón de la casa, los Villca esperaron a que pase el tiempo para volver al ayllu. Mancillados y sin fortuna, vivían con el atolondramiento de los que han sufrido injusticia y deben tener conformidad, callar y ahogarse en su impotencia bajo el opresor e infando peso de la planta del cholo.

Pasaron los días y llegó el año nuevo. Después vino el invierno. Apenas tenían de qué vivir y aún faltaba dos meses para volver a la tierra. Conocieron los días de hambre y desesperación, porque recién la carestía anudaba su collar de hierro en el cuello de la aldea. Gran parte de la población se había marchado a la ciudad. Lo que en el campo fué simultáneo, para llegar al pueblo demoró cinco meses, porque allí se abarrotaban los productos. Todo subió de precio. Las aguas del río Kenta se iban secando y los totorales de sus orillas ya estaban marchitos y caían en el barro donde se descomponían.

Los Villca sufrían en silencio. Ya no eran sino piel y huesos y dos guaguas se les habían muerto de inanición. Las enterraron allí mismo, bajo el suelo del pesebre, para evitar el pago del cura y del municipio.

Se agotaron todos los recursos y debieron vender a ruín precio uno de los flacos pencos. Como nunca lo creyeron los míseros labriegos, todo iba de mal en peor. ¡Tan funesto era el séquito que trajo consigo la falta de lluvias!

Al último, ya no quedó otra cosa que huir, escurrirse de la terrible presión de la aldea. Cogieron los animales y reservándose dos caballos para el viaje de retorno, trocaron las bestias por semillas y granos.

En julio dejaron el poblacho. Nadie los miró alejarse al final de la vacía calleja. Sólo la chola Encarnación, que de cerca miró el derrumbamiento de aquella familia de comuneros, se contristó por la mezquina suerte que ellos habían corrido.

Ya no eran aquellos orgullosos Vilca que un día fueron a protegerse bajo el ala de la gallina urbana. Ahora eran otros: apaleados, hambrientos, no tenían más deseo que el de pisar el santo suelo de Jatun-Kolla, arrojarse de bruces sobre él y llorar su infortunio. Morir allí, sin una queja.

Habían sido domesticados por la aldea. La paz y conformidad de los desheredados había posado blandamente en sus almas, tornándolas al silencio amargo y desencantado de los que no tienen ningún amparo sobre la tierra.

## EL YUNGA

Donde se abren las cordilleras y se deslizan, partidas en mil hendiduras de cuyo fondo germina una caliginosa tufarada que huele a bosque y tierra caliente, allí comienzan las cabeceras del yunga.

Para ir desde Jatun-Kolla hasta la grieta, hay que cruzar la uniforme y gris alfombra polvorienta de las punas; violentar la soledad de cuarenta leguas extendidas de sur a oriente y apegarse a los gigantes cordilleranos; vencer la salvaje dimensión de la estepa, dejarla atrás, sumida en su lontananza de mar brumoso, y llegarse al borde de los barrancos velados por la neblina que esconde el paraíso gemésíaco donde la naturaleza se enloquece al romper su prisión altiplánica y escandaliza el dorso de montes y collados con sus violentas floraciones, con su histeria de bosques vírgenes y su epilepsia de ríos pujantes y poderosos como serpientes de cristal.

Tras de la muralla que condena el horizonte del altiplano empieza el yunga; se inclina en la innúmera gradiente de los Andes y, cuando ha franqueado las últimas serranías del macizo, muere para dar paso a los llanos de la hoya ama-

zónica. Termina el imperio de la montaña, que ya no se manifiesta más que en el musculoso tremor de los anchos ríos tropicales que viborean en las verdes sábanas. El horizonte se amplifica como en las punas. El llano señorea, aunque no con la majestuosa serenidad de las punas, porque el llano es una inmensidad que no aturde el corazón ni eleva el espíritu.

En una sacudida cósmica se disuelven la piedra y el hielo de la cordillera. Se quebrantan y paren profundos cañadones, gargantas y desfiladeros donde se encajonan los ríos. El horizonte, estrangulado, se limita entre los cerros que se aglomeran y embravecen con su fecundidad. La atmósfera tiene espesor de resina, perfume de floresta eclosionada, ardor y esplendor de naturaleza que derrocha su joven locura vegetal.

En la *apacheta* de la cordillera, antes de entrar en las fauces del abismo, el Paulo Huanca, comunero de Jatun-Kolla, miraba aquel comienzo del mundo inédito de los yungas. El desbocado viento de la cordillera jugaba con su poncho, zamarreándolo como un gallardete clavado en la ceja de la *apacheta*. Su mujer e hijos se habían postrado de hinojos y rezaban a los ocultos genios del mundo y del espacio por haberles permitido llegar hasta aquella cumbre, después de la cual principiaba el feroz descenso. Todos, excepto el Paulo Huanca, tenían hinchados los pies a consecuencia de la cruenta andanza de seis días en que atravesaron las punas bajo el rezongo del viento y el azote de la sed y el sol.

Eran las cinco de la tarde y la inmensa fauce del yunga deglutía una muselina de vapor fragante, como espumosa baba. A los costados de los viajeros se alzaban, semejantes a fantásticas construcciones góticas, las cimas nevadas donde reverberaba la luz solar quebrándose en las vidriosas

aristas que hacían refulgir la montaña como un diamante gigantesco. Por los dorsos del coloso se despeñaban gruesos cordones de agua, en blanquizas corrientes astilladas con sordo murmullo en el fondo de la sima. Los comuneros, al ver aquellas vastas vertientes que fluían de la montaña, quedaron henchidos de una alegría que vibraba en su piel. Una ignota esperanza se levantó en sus almas y casi con rencor volvieron los ojos al páramo que dejaron a sus espaldas; por allí se perdía el horizonte, cegado en el confín violeta del atardecer donde jadeaba el bronco pulmón del viento remecido sobre los ámbitos inexorables y secos de la tierra puneña.

Los tres borricos que traían la carga de los Huanca se detuvieron en el comienzo de la bajada. Temerosos, tiasas las peludas orejas, los ojos agrandados, fatigado el ijar, miraban el abismo. Después de su acción de gracias, el Paulo Huanca se acercó a las bestias y revisó cinchas y caronas y luego de una postrera mirada a la puna, apremió las acémilas para que iniciaran el descenso.

Durante dos horas los borricos y sus dueños estuvieron zigzagueando en el angosto pretil ceñido a la roca, que hacía de sendero para bajar al yunga. La trocha estaba humedecida por el agua que filtraban los intersticios de la roca. Las bestias, acostumbradas a los firmes caminos de la llanura, bajaban con mucha dificultad. La sombra se adueñaba de la tierra, pero antes de anochecido y salvada una leve distancia, los indios llegaron a una explanada donde se allanó al camino. El viento ya no soplaba con la misma intensidad, aunque, sobre sus cabezas, trescientos metros por encima escuchaban su vuelo huracanado y frígido. Anduvieron una hora más hasta dar con un caserío de indios

y allí quedaron, porque en la obscuridad, la neblina, se había vuelto tan compacta que no era posible dar un paso sin tropezar.

Aquella noche los comuneros, en el interior de la *chujlla* desmantelada que les sirvió de alojamiento, escucharon el hondo rumor de las cascadas lejanas, el ruido de las piedras que entrechocaban en el río y, a ratos, como detonaciones, el estruendoso rompimiento del hielo de los ventisqueros de la montaña. Parecía que toda la sombra aglutinada en la oquedad iba a reventar y que las más elevadas rocas se desgargarían para enterrar al pobre rancherío indígena. Mas, nada pasó, sin embargo. Aquellos rumores y estruendos no eran más que los balbuceos que la montaña dirigía a los astros.



El rumor de las aguas aceleradas que bajaban rebotando entre las peñas, dando corcovos y quebrándose en los lavados pedrones del cauce, fué la primera voz de la mañana. Los techos de las *chujllas* humeaban en el límpido airecillo del amanecer. Arriba se levantaba la negra mole de la cordillera donde, paulatinamente, la luz del sol iba iluminando los picachos y laderas de hielo. Hacía un frío húmedo. No corría ni una leve ráfaga.

El Paulo Huanca aseguró los envoltorios encima de los burros. Iba a continuar el descenso.

Sentados en las puertas de las casuchas próximas había indios plomizos, inmutados como el ambiente. Tenían facciones ásperas, curtidas y secas como la roca. Se les veía la aterida piel a través de la vestimenta haraposa. Todo

era grisáceo en el contorno y ni una brizna de verdura maticaba la agrestía de aquel escenario de barrancos perpendiculares que iniciaban el descendimiento de la tierra. Apenas una ligera pincelada amarilla y nada más. Sobre el abismo se descolgaron, en grandes volutas, dos cóndores a los que se tragó la niebla que brotaba a bocanadas del recóndito infierno de las vegas.

Los caminantes se alejaron del caserío. A las tres horas de viaje la tierra se aclaró. Los montes empezaron a encresparse con arbustos y matorrales. El calor se dejaba sentir.

El Huanca se sacó el poncho, echóse un puñado de coca en la palma de la mano, acondicionó las hojas y las comenzó a masticar mientras miraba con aire distraído el bamboleo de los borricos. Su mujer e hijos marchaban a la zaga, mirando con sorpresa aquella mutación que se operaba en la tierra. Ibase cerrando poco a poco el horizonte y, a medida que bajaban, la vegetación era más espesa, variada y lozana. Al final de un atajo, la senda se ensanchó y de allí pudieron columbrar en el fondo de la garganta cuya ladera bajaban, las primeras formaciones de bosque. Un río de aguas espumosas coleteaba entre ambas paralelas de montañas. En el fondo del horizonte apuntaban algunas nubes como ropas blancas puestas a secar. Un vaho ardiente aceleraba el pulso.

Anohecieron junto al río en el fondo de la quebrada. Allí acamparon y durmieron a campo raso. Les molestaron los mosquitos hasta el amanecer en que el céfiro barrió con ellos.

El viaje era lento. De tarde en tarde cruzaban con grandes recuas de mulos que llevaban cargamentos de coca, quina y frutas.

—¿Adónde van ustedes? —preguntábanles los arrieros.

—A trabajar adentro: a los aserraderos, a los cocales, a los cañaverales. A cualquier parte donde estén nuestros hijos. Venimos del altiplano, tatitos —respondía el Paulo.

—¡Ah!, la sequía, ¿no?

Con amargo signo de asentimiento el comunero bajaba la cabeza. Luego de pedir algunos informes acerca del camino, de sus hijos, de los sitios donde hallarían trabajo, soñaban la marcha. Tuvieron que vadear dos riachos.

En dos días llegaron al fundo "Gaby Ofelia", donde por entonces había contrata de jornaleros. En aquel sitio la naturaleza era completamente distinta y se prodigaba a los patrones y colonos, pero detrás de aquel esplendor se ocultaban muchas enfermedades malignas.

El fundo "Gaby Ofelia" era una típica finca yungueña. La casa de hacienda estaba edificada en un morro, en la parte trasera del ardiente cañadón de la vega. Era risueña, de dos pisos, con un corredor en la fachada de donde se contemplaba los bosques y las dos cadenas de cerros que iban lado a lado con el río, bifurcándose en sus términos en mil caóticos desfiladeros y barrancos cubiertos de espesura. En las escuetas lomadas, donde la gradiente no era muy vertical, había chacras de maíz, espléndidos cafetales y huertos de naranjos, plátanos y limoneros. En otros lugares, aquellos donde el sol daba todo el día, se alineaban las simétricas ringleras de plantaciones de coca, en curiosos graderíos rodeados por gruesos setos de morera. En la casa había un enorme patio con el piso de pizarra para secar las cosechas de coca y café.

El Paulo Huanca entró en la casa de hacienda y el mayor-

domo, un mestizo de amarillentas facciones tachonadas de granos, le recibió en el patio.

—Tatito, quiero trabajo. Tengo a mi mujer y a mis hijos que pueden ayudar en algunas cosas de la hacienda.

—¿De dónde eres?

—Soy de la puna, tatito.

—¡Bah! Ya han venido más de cien indios de la puna. Todos son unos *kamakes* y *sunichos*, unos ociosos y torpes. Me han fregado muchas plantas de coca. Lo único que saben es tragar como si recién hubiesen salido de la cárcel...

—Es que la sequía, tatito, nos ha obligado a venir. Yo voy a trabajar bien. Sé arar, cosechar, barbechar.

—Sabrás arar en la puna, pero aquí esa es otra música. ¡El que te va hacer arar es el paludismo!

—No, tatito, dame trabajo y si no sirvo me dices que me vaya... Mis guaguas están hambreadas, tatito. No seas malo...

—No me friegues, hombre, todos los indios que han venido por aquí siempre salieron con esas: "Mis hijos, papacito, mis guaguas se mueren de hambre". Les doy trabajo, les hago comer y, ¿qué saco? Los grandísimos *kamakes* me friegan las plantas, tragan a mi costa y no contentos con eso se mandan cambiar robándome frutas y maíz... ¡No, si eres de la puna, no!

—No seas así, tatito... —con ahogados sollozos, prosternándose frente al mayordomo, repitió el Huanca. Pero el mestizo permanecía imperturbable. Fué necesario que apareciese en la puerta del patio el *yokallito* Antuco, hijo menor del Huanca y corriese al encuentro de su padre. El cuerpecillo flaco y mugriento del niño semejava un esqueleto bajo los jirones de la ropilla. Sus ojos dulces y dolo-

rosos de niño hambriento conmovieron al mayordomo. Veía en aquel cuadro una miseria que embargaba de piedad su corazón. Él también, en los lejanos días de su infancia, había sentido hambre, había errado por las calles de Dios sin que nadie se apiadase, hasta que hubo una mano que le ayudó. Casi ruborizado por aquel recuerdo, el mayordomo dijo:

—Ya, ya, ¡levántate, hombre! No hay que arrodillarse nunca. Te voy a dar trabajo en el cañaveral y ahora mismo recibirás algo para la comida...

Iba a retirarse, pero volviendo sobre sus pasos, añadió:

—Hay un cuarto junto al granero. Puedes ir a ocuparlo.

El Paulo Huanca estaba realmente sorprendido. ¡Tanto desprendimiento, tanta generosidad para con él, pobre residuo de la puna, era admirable en un mestizo! Corrió a reunirse con la mujer e hijos y les contó el feliz resultado. Cuando estuvieron acomodados en la habitacioncilla que trascendía a coca y plátanos secos, vino un negro peón yungueño con una canasta de yucas, un atadillo de coca, dos pedazos de carne seca y sonriendo con su bocaza africana, dijo:

—Esto manda el mayordomo, y dice que mañana vayas a recoger tu machete para ir a la vega a cortar caña.

La mujer preparó la comida de los indios en los cacharros de arcilla, y con lo poco que restaba de las provisiones de viaje, hubo una comilona que agobió sus organismos desgastados. El sueño les vino a toda marcha; sin embargo, el calor y las sabandijas no les dejaron punto de reposo. Sus ropas de lana, impropias para el yunga, estaban empapadas de sudor. Una lasitud profunda acabó al fin por derrumbarlos sobre los sucios camastros tendidos en el suelo.

A la hora vespertina, cuando cantan los grillos y chicharras y abren sus corolas los jazmines y nardos, recién toda la familia pegó los párpados. Una sonrisa vagaba por sus bocas que se agrietaron con la sed, el hambre y el dolor de la sequía.

Todo el yunga sucumbió en la obscuridad. Apenas algunas luciérnagas destellaban en la noche compacta y estremecida por la voz grave y eterna del río.



Una lluvia menuda había caído durante las primeras horas de la madrugada. Los aledaños del fundo "Gaby Ofelia" estaban como nuevos. Las ramas, hojas y troncos que goteaban lucían con brillante aspecto. La tierra fértil, remojada en todos sus poros, despedía un relente capitoso y áspero de fecundidad.

Los peones del fundo, reunidos en la cocina de la alquería, tomaban café en grandes tazones de barro, mientras parloteaban, bullangueros. Casi todos ellos estaban en mangas de camisa. Calzaban abarcas de jebe y cuero. Del cinto les colgaba la vaina del machete. A las seis y media se presentó en el patio el mayordomo a impartir órdenes para la faena de aquel día. Distribuyó puñados de coca, píldoras de quinina y ligeras raciones de aguardiente.

—Ya van nueve días de trabajo y no hemos terminado la cosecha de coca. ¡Hoy deben trabajar con más ahinco! El que no traiga siquiera dos arrobas de coca será despedido, ¿entienden?

—Sí, tatito —respondieron a coro.

Algunos indios ladinos movían la pálida cabezota, que la anemia dejó casi traslúcida. Aquellas recomendaciones y amenazas estaban consagradas por el uso y abuso. Era imposible acelerar el ritmo del trabajo. En los graderíos del cocal el sol canicular los vencía a las pocas horas de labor. Las mujeres, por lo general, eran más resistentes en aquel trabajo mecánico de pellizcar el pecíolo de las hojas de coca, una por una, hasta desnudar al arbusto. Vestidas con blancos mandiles de tocuyo ejecutaban su tarea, indiferentes a los mosquitos, al sol que calcinaba los sembríos y les chupaba todo el jugo. Muchas, empero, quedaban exhaustas. La sofocación y la sed las obligaba a cobijarse bajo las ramas de los árboles. Allá quedaban largo tiempo jadeando como perras; desabotonado el mandil, abierto el fustán por donde asomaban los pechos como peras maduras. Los indios, picados también por el cansancio y el calor asfixiante, iban por turnos a esconderse en los huertos y bosquecillos. Se encontraban con las hembras e impulsados por la sexualidad de la tierra, se enlazaban en rápidas y extenuadoras cópulas preñadas de sordos voceríos, risas y desgarrones. El mayordomo se percataba de aquello, y cuando veía algún indio que de manera imprevista desertaba del trabajo y se iba al monte, le gritaba:

—¡Oye, sinvergüenza! Espera al menos que llegue la noche para hacer cochinas.

—No voy a eso, tatito —respondía picaresco, el indio.

Otras veces era una india, entonces el mayordomo era más severo:

—¡*Chochomica* del diablo! Vuélvase al trabajo, rápido, ¡rápido!

—La cabeza me duele, tatito... la barriga duele, tatito...

—¡Mientes! Lo que a ti te duele no es la cabeza, porque no la tienes, ni la barriga; lo que te duele es el rabo...  
*¡chochomica!*

Causaban hilaridad entre los jornaleros aquellas salidas jacarandosas e intencionadas del mayordomo. Era muy bueno el hombre y los colonos sentían afecto por él. En verdad no tenía la calaña de los otros mayordomos; éste era muy humano y tolerante y jamás le vieron empuñar el látigo ni engañar el jornal de los braceros.

Después de la colación matinal de café tinto y pan de maíz, el Paulo Huanca recibió un machete; como no conocía su empleo, resultaba curioso instrumento para su bisoñez de puneño. Le dijeron que empezaría a trabajar en la vega donde termina el predio, dos kilómetros de mal camino, siempre en descenso, entre cerrazones de bosque y maleza. Animoso cogió el atado con la comida y en compañía de otro peón se internó cuesta abajo por en medio de un bosquecillo de cafetos.

Mediando la mañana entraron en el plantío. Una nube de mosquitos salió a recibirlos zumbando con sus agudos cornetines. Las cañas ya estaban en sazón, bien pintadas, con gruesos nudos y penacho marchito. En la cercanía se alzaba un bosque muy tupido de donde les llegaba el parlero estruendo de los pájaros selváticos. En todas direcciones del cañaverál había troncos chumuscados que eran residuos del *chaqueo* del año anterior.

—¡Antes de tirar el tajo mira el suelo! —le dijo el peón que le acompañaba—. A veces se ocultan las cascabeles y corales para dormir en estas sementeras.

—Víboras, ¿no?

—Y de las grandes. Su picada es mortal.

El indio puneño se puso aprensivo y recién empezó a mirar con cautela dónde ponía los pies. Debía trabajar con los cinco sentidos para no dejar el pellejo en tierra yungueña.

—Oye, Huanca, como hay más de cien hileras, hoy vamos a tumbar diez cada uno. . .

—Está bien —le respondió, y luego se dijo: “Diez hileras; si supiera este yungueño que en mi comunidad he cortado más de cien surcos de trigo en un solo día. . .”

Los tajos empezaron a herir en la base de los tallos.

¡Tas, tas! ¡cric!, caía una caña y otra.

En media hora el Paulo Huanca estaba remojado de sudor. La masa de mugre que en las alturas había acumulado durante decenas de años para protegerse del frío, se pegaba en la camisa, en los pantalones, como una goma acre. El sudor le corría por la frente y las mejillas. Un invencible malestar ganaba su cuerpo. Sentía bascas y calorfríos. Sin embargo no quiso dejarse vencer. Por momentos suspendía la tarea para chupar caña y enjugarse aquella copiosa mojazón. Había remangado la camisa y abierto los botones; su pecho atezado relucía como un bronce antiguo, agitándose como poderoso fuelle. Su compañero, al extremo del cañaverál, incansable proseguía derribando tallo tras tallo. No se veía de él más que la relampagueante hoja del machete.

El Huanca no alcanzó a tumbar ni tres filas de caña. El malestar, los mosquitos, el calor invencible, agotaron sus fuerzas. De pronto sintió que se le obscurecía la vista, que la sangre se agolpaba en sus sienes y que sus brazos aflo-

jaban. Perdió el sentido. Derrumbóse como fulminado por un rayo. A pocos minutos el otro peón, sorprendido de no escuchar al Huanca, le llamó con grandes voces:

—¡Huancaaaa! ¡Huancaaaa!

Silencio. Ceceo de hojas.

El peón, alarmado, fué a buscarlo. Lo encontró tendido de bruces, con ambos brazos abiertos sobre las cañas que crugían. En su cara había extraños manchones de sangre agolpada.

—Se ha insolado —mugió el indio, pujando por arrastrar a la sombra el cuerpo inerte de su compañero. Cuando al fin consiguió llevarle a la sombra de un inmenso y copudo roble, le echó agua en la cabeza, le desató la faja de lana y restregando sus sienes con limón, zarandéolo como un muñeco. Al cabo de un tiempo el Huanca abrió los ojos. Estaba atontado. Respiraba con dificultad. Enfrente suyo miró al bosque extático y umbrío, filtrado por amarillentos haces de sol. Mariposas de brillantes alas volaban entre las hierbas. Miró al peón y le dijo con voz muy ronca:

—El calor me ha vencido.

El otro le contempló con sorna y se limitó a mover la cabeza con desaliento. Pero el Huanca pugnó por alzarse de su postración; entonces le dijo, compasivo:

—Estate ahí, no te muevas hasta que pase.

El Huanca sentía vergüenza y cólera de sí mismo. No podía explicarse cómo aquel yungueño paliducho, fláccido, podía aguantar bajo el sol de la vega tantas horas de trabajo. Agil y pequeñín, tenía una incomparable destreza para clavar el machete en la melosa pulpa de las cañas. De un tajo cercenaba dos tallos: “¡tas, tas... tas, cric!” Iban derrumbándose las cañas.

Una hora permaneció el puneño arrojado a la sombra del roble. Al último se levantó y quiso tornar al trabajo, pero una infinita pereza vencía su ánimo. Sudaba copiosamente. Volvió a sentarse bajo el roble y tranquilamente se puso a masticar hojas de coca. “Cuando caiga el sol, pensó, trabajaré hasta acabar las diez hileras”.

A la hora meridiana el yungueño interrumpió su trabajo y sudoroso vino a reunirse con el Huanca.

Con gran apetito comieron yucas tostadas al rescoldo, pan de maíz y algunas frutas. Mientras duraba el refrigerio, charlaron.

—Siempre pasa lo mismo. Se viene de las punas al yunga y el calor le friega a uno. Se va de los yungas a las punas y el frío, las heladas y el *sorojche* le matan a uno. ¡Mejor uno está donde está! ¿No te parece, tatito? —dijo el yungueño.

—Sí y no. A los puneños este año nos ha cogido la sequía, por esta causa tuvimos que emigrar a donde fuese. Pero sólo hasta que se vaya el año malo.

—¡Aquí no hay sequía! —exclamó, su interlocutor, con orgullo—: Haces un hueco en el suelo, entierras la semilla y cuando debe dar, da. Aquí hay agua, ni para qué te quiero.

—Buena tierra es ésta —contestó el Huanca cogiendo con una mano un terroncillo de tierra gredosa, color café claro.

El sol vulneraba el apacible contorno con sus vibrantes oleadas.

Los peones siguieron la plática:

—Y, ¿piensas quedarte en “Gaby Ofelia”?

—No creo. El patrón se va enojar cuando sepa lo que ha pasado.

—Es buenito. Te va dejar no más. . .

—¡Ojalá!

La monótona conversación de los peones fué interrumpida por los chillidos de una colonia de monos que pasaba saltando de rama en rama, por la vereda del monte. Al llegar al río varios micos treparon a una alta rama suspendida sobre la bravía correntada. Hicieron una cadena cogiéndose de manos y empezaron a balancearse sobre el vacío, en un gracioso péndulo cuya oscilación era cada vez más fuerte.

—¿Qué hacen los monos? —inquirió el Huanca.

—Van a cruzar el río.

Con las primeras estrellas llegaron a la puerta del fundo.

En efecto, cuando la oscilación había llegado a su grado máximo, el monicaco que iba al cabo de la cadena simiesca, alcanzó a cogerse de la rama de un árbol erguido en la otra orilla. Se prendió a ella y de esta manera quedó formado un puente colgante. Pasaron las hembras con sus crías, luego los monitos jóvenes y, al último, los viejos. Cuando toda la banda había pasado el puente, soltó la rama el mono de la orilla derecha y la cadena se precipitó a la otra banda del río.

Ambos indios rieron de la astucia de los monos.

Había que reanudar la faena después de aquel descanso. Volvieron al cañaveral y allí estuvieron hacinando la caña cortada. El Huanca se sentía mejor, aunque siempre sudoroso y sacudido por calofríos.

Al atardecer computaron las resultas de la brega.

—Yo he trasegado catorce hileras —comunicó el yungueño.

—Yo, apenas cinco y media.

—Vámonos. El sol se está poniendo. En la noche el que se mete por los barrancos, ni Dios que le ayude. . .

Y empezaron la subida a la casa de hacienda. El Huanca retornaba casi deshecho por la fatiga; las picaduras de los tábanos y mosquitos le habían desfigurado la cara. A ratos se estremecía de cabo a rabo y le zumbaban las sienes.

El mayordomo pesaba los atados de coca en una balanza romana. Indios sucios, demacrados, acoquinados por la fatiga, con las facciones embadurnadas de sudor y polvo, eran los espectadores de aquella escena. Casi la totalidad había traído una arroba y media de coca fresca, lo cual era digno de que la jornada fué provechosa.

—Y, a ustedes ¿cómo les fué? —interrogó el mayordomo al Huanca y al otro peón.

—Regular, tatito. Me he insolado y no alcancé a cortar más de cinco hileras de caña. . .

—¡Hummmmm! Mañana veremos.

Aquella misma noche, junto a su mujer e hijos, el Huanca fué mordido por las eléctricas tenazas de la terciana .

—Tengo frío, mucho frío —decía, tiritando. Pero su mujer al tocarle las sienes, sentía que su piel quemaba como un tizón.



El paludismo comenzó a cebarse en el cuerpo del Huanca. De nada sirvieron la quinina que tomaba a pasto ni los cocimientos de hierbas que preparó un *callahuaya*. El indio

se consumía a ojos vistas, derritiéndose como muñeco de cera en el sucio jergón que le servía de cama. Arrojava todos los alimentos que le daban. Sudoriento, demacrado, mirando con pupilas extáticas el vuelo de los insectos. Así permaneció cinco días sin poder ir al trabajo; al cabo el mayordomo resolvió deshacerse de aquella familia de indios inútiles y parasitarios que no reportaban beneficio alguno para la hacienda. Hizo llamar a la mujer de Huanca y sin tapujos le dijo:

—Oye, tu marido está con terciana y no tiene ningún deseo de trabajar, a pesar de que no tiene más que la sencilla tarea de trozar caña dulce. Esto no puede seguir así porque es un perjuicio, de manera que he resuelto ordenarle que mañana se vaya de “Gaby Ofelia”.

—Pero está muy enfermo, tatito. No se puede mover; vomita, se retuerce como un gusano y apenas tiene aliento para hablar...

—La finca no es un hospital para menesterosos. Todos mis peones, palúdicos o no, bajan a trabajar a las vegas o se largan a otra parte. ¡Bastante he tolerado a ustedes una semana! Ya sabes: no me importa que esté así o asá, lo que me importa es que se desocupe el cuarto y ustedes me abandonen la finca.

—¿Dónde hemos de ir, tatito? —hecha un mar de lágrimas, contestó la india.

—¿Qué sé yo? Ustedes son unos abusivos: se les da un dedo y quieren agarrarse todo el brazo... ¡No quiero escuchar tus plañidos, india del diablo! ¡Si se metieron a venir al yunga, friéguese sin amoscar a la gente!

—¡Tatito, tatito, mis guaguas! ¡Ta... a... ti... to...!

—¡Basta, mujer, yo no las traje al mundo! He dicho que se vayan y ¡se acabó!

—Nos moriremos, tatito. ¡Ni cómo regresar a la puna!  
—lloraba la india.

—Todos hemos de morir algún día... Bueno, ya no me fastidies más con esas carantoñas y lloriqueos...

No tuvieron ningún efecto las súplicas, lloros y lamentaciones. La humillada testa de la india no infundía compasión en el duro pecho del mayordomo.

—¡Caramba, qué lata! —profirió éste, colmada la paciencia, y se alejó de la india que sollipaba en medio de grotescas muecas.

Por la noche el delirio visitó al indio palúdico. Largo tiempo arrastróse en el jergón. Temblaba como azogado y el sudor le corría por el cuerpo. Su vitalidad se deshilaba como un lienzo viejo. Al amanecer vino a verle el peón con quien estuvo en el cañaverál. En una intermitencia de los ataques palúdicos le habló:

—Huanca, debes tener paciencia y resignación. A todos los puneños les pasa lo mismo, pero ya sanarás, porque esta enfermedad se amansa en los cuerpos fornidos. Si fueras débil ya estarías un metro bajo tierra, pero te estás sanando... ¡te juro! —díjole para darle ánimos—. Me han dicho —añadió— que te vas ahora mismo. Por eso he venido para aconsejarte que sin pérdida de tiempo te dirijas al aserradero del río Tamanpaya. Puedes encontrar trabajo como acarreador de madera y cuando sepas manejar el hacha, seguro que ganarás buen salario. Quizá llegues a ser capataz.

—¿Dónde está el aserradero?

—Por este mismo camino. Serán, pues, once leguas. Allí

te van a indicar: las máquinas están en la serranía, al lado de los bosques donde se está construyendo el campamento para leñadores. La pulpería es barata, los jornales, así... así. Pero no hay paludismo ni calor. Quizá allá encuentres a tus hijos...

—Gracias, tatito. Ahora mismo voy a viajar allá —respondió el Huanca, interesado.

En un rincón del cuartucho, encima de trapos sucios humedecidos por el sudor y los orines, con plácidos sueños dormitaban los cuatro hijos del Huanca. Dos mujeres, de más edad que los varones, respiraban anhelosas. Bajo las raídas colchas asomaban sus pies ulcerados por las niguas y las picaduras. A veces se revolvían para adoptar mejor postura o ahuyentar algún moscón que les picaba. La mayor, una doncella de quince años, de cara redonda, ojos almendrinados, dentadura magnífica, y cuerpecillo que recién afirmaba las líneas de la mujer, dejaba ver sus nacientes senos bajo la abertura de su camisa de tocuyo. El visitante, al contemplar aquel grupo que dormitaba en la sombra, ajeno a toda la tragedia que se cernía sobre sus padres, dijo:

—Lo malo es que tienes muchas guaguas y, especialmente mujeres.

—¡Pobrecitas!

—En los campamentos es peligroso tener mujeres; los hombres no las respetan... Bueno, con que viajas, ¿no? —dijo cambiando de tema.

—Sí, tatito. No hay más que obedecer. El mayordomo ha sido muy bueno con nosotros...

La claridad del patio del fundo se había poblado con las voces de los jornaleros que llegaban a la cocina a recibir su

tazón de café tinto. La jornada iba a empezar de nuevo. El peón se despidió y marchó a juntarse con sus compañeros.

La mujer del Huanca despertó a los niños que se despejaron y salieron al patio a sacudirse los piojos. El Huanca dejó la cama y con un pañuelo anudado en la cabeza, afligido por la debilidad, fué a sentarse en un rincón. Su mujer llamó a las indiecitas y con ayuda de ellas lió las camas y alistó los bultos de ropa. Todo era unos pocos trapos mugrientos, desgastados por el uso excesivo. Cuando estaban en aquellos menesteres apareció en el vano de la puerta la alta y gruesa figura del mayordomo. El hedor que salía del cuartucho hizo que se llevara el pañuelo a la nariz.

—Huanca —dijo desde la puerta—, tus tres burros están en el corral. No me debes nada por el pasto de ellos ni por la manutención de tu familia. Pero si quieres pagar, el mejor dinero es que me devuelvas el cuarto y te vayas ahora mismo...

—Sí, tatito, Dios te pagará.

—Anda a la despensa a pedir en mi nombre un racimo de plátanos, cinco libras de maíz, dos puñados de coca y un poco de café tostado para que te sirva en el viaje.

El comunero gimió de agradecimiento.

Cuando se retiró el mayordomo los indios fueron al corral. Encaronaron las bestias y con gran pesar alejándose del latifundio. Tardo iba el Huanca, apoyado en un gajo de limonero; sus hijos arreaban los borricos.

A la media legua se detuvieron a mirar el fundo "Gaby Ofelia" en cuyas estribaciones sembradas divisaron a los peones en plena actividad. Delante suyo se acostaba el cami-

no festoneado de verdura. Abajo reptaba el río de aguas blancas y gruñidoras.

Y siguieron la andanza interminable de todos los campesinos aymáras durante la sequía.



El golpe seco y desacompasado de las hachas que hendían la rugosa fibra de los árboles y el súbito derrumbe de éstos, en medio de rumor de astillamientos y crujidos de hojarasca, anunció a la familia de comuneros la proximidad del aserradero. Del interior de la floresta devastada junto al camino, donde se tupía el bosque, brotaban voces de alarma. A lo lejos se oía chirriar la sierra mecánica. Los gritos se sucedían, acelerados, cuando iba caer un gigante:

—¡Ohéeee! ¡Arbooooo! —el clamor de los hacheros perforaba la sombría maleza como un silbo que el eco acrecentaba.

La atmósfera traía salvaje olor a resina y quemazón de madera. Dentro del bosque, como sombras desvaídas, veíase mover a los hombres. En los calveros abiertos había ordenados montones de leña rajada, de color carnosos y áureo.

Los caminantes tomaron por un sendero que escalaba el escarpado declive y hundiéndose en el harinoso y ocre polvo del monte, treparon hasta la falda escampada donde se hallaban las casuchas del campamento. El almacén de una barraca techada con calamina, construída sobre gruesos horcones, era el más grande edificio; allí estaba la máquina, con su polea metálica que en vertiginosa rotación acuchillaba gruesos troncos que los obreros bajaban acuñándolos con

barretas y estacas. El ruido que de allí salía era semejante al de una fabulosa y descomunal chicharra.

No había ni un hombre en la plazuela rodeada por las casuchas. Sólo unos cerdos y mastines huroneaban en las basuras arrojadas en las puertas. El suelo era de un negro ceniciento, húmedo, sembrado de astillas y aserrín. Aquel campamento parecía abandonado a no ser por el ruido que salía de la barraca del fondo y el ajeteo de los obreros que aserraban en la máquina.

El Paulo Huanca observó con desconfianza aquel extraño grupo de casuchas de madera, cubiertas con palmas, alambres y bejucos. Se animó a golpear una puerta y al punto apareció una mujeruca alta, flaca, con el crío en las espaldas.

—Buenas tardes, mamita —le dijo—. ¿Aquí es el aserradero?

—Lo estás viendo. ¿Has venido a trabajar?

—Sí, mamita.

—No hay trabajo. No hay plazas vacantes. Es mejor que te vayas.

—No puede ser.

—Sí, debes irte. Si no cuando vuelvan los leñadores te van a dar una paliza. No quieren que se contrate forasteros porque piden menos jornal y les hacen competencia. ¡Vuélvete no más, tatito!

—No he de quitar pan a nadie. ¿En qué lugar está la oficina?

—No sé. ¡Es mejor que te vayas! —respondió airada la india, y de un empujón cerró la puerta.

El Huanca se molestó. ¿De dónde venía aquel egoísmo? ¿Acaso él no tenía derecho a ganarse la vida? “Ya veremos

si esta india perra sale con su gusto”, se dijo. Pidió a su familia que le esperase mientras él daba con la oficina.

El contratista era un sujeto de barba negra y revuelta, de tez pálida, los ojos afiebrados, y los labios verdosos por el zumo de la coca. Vestía botas, pantalón de montar y chamarra. Sentado en una desvencijada poltrona recibió al indio.

—Quieres trabajo, ¿eh?

—Sí, tatito.

—¿Qué sabes hacer? ¿Trabajaste en los bosques? ¿Eres agricultor? ¡Responde, hombre, no te quedes como un cretino!

—Sí, tata. No, tata. Soy de la puna.

—Conque eres *kamake*, ¿eh? No vales la pena. No hay vacante para ustedes. Todos son una caterva de brutos. No hacen dos días que uno de ustedes se ha cercenado una mano en la sierra.

—Peón, siquiera, tatito . . . Poco sueldo.

—Ya hablaremos. Mañana te anotaré en la planilla.

—Gracias, tatito.

Había cesado el ruido de la máquina y a las seis de la tarde la sirena anunció, estridente, el término del trabajo. Parejas de leñadores iban llegando con el hacha al hombro. Todos venían sucios, descamisados, con las manos callosas untadas de resina. Todos *acullicaban* coca.

Los Huanca habíanse instalado en la plaza, junto a una palizada. El Paulo, acurrucado bajo el poncho, por momentos sentía que el paludismo recuperaba su violencia y hervía en su sangre. Sus hijos estaban entretenidos escarbándose las heridas de sus pies con una aguja, con cuya

punta extraían las niguas anidadas bajo la piel, entre sus dedos pringosos.

De pronto un hombre se acercó al grupo. Macilento, pálido, comido por las fiebres.

—¡Tatito!!! ¡Mamita!!! —gritó con recóndito gozo.

—Justino, *guaguanaca* —exclamó la india, que había reconocido en aquel hombre al hijo que expulsaron años atrás. El viejo se levantó con dificultad y con sorda pena y angustia dejó que aquel andrajo de hombre que estaba hincado en tierra, le abrazase las piernas. Todos se alegraron y entristecieron al mismo tiempo. De nuevo la vida los juntaba, aunque en condiciones muy ajenas a la prosperidad.

—¿Estás enfermo, tatito? —preguntó el hijo.

—Terciana, no más.

—Vengan, vengan a mi casa —les dijo conduciendo a sus hermanos menores hasta la casa donde por la tarde les había recibido la india.

—¡Sabela! ¡Sabela! —voceó el Justino.

La india soñolienta se acercó a la puerta cuando ellos entraban. La sorpresa dibujóse en su semblante. No articuló ni una palabra.

—¡Mi padre! ¡Mi familia! Esta es mi mujer . . .

El Huanca estaba asombrado. La Isabel se humilló, dos gruesas lágrimas rodaron de sus ojos. Se hincó para recibir la bendición de sus suegros, y luego alzóse confusa y abrazó a sus cuñaditos.

El cuartucho era pequeño, tizado por el humo de una cocinilla de barro que ardía en un ángulo. Sobre un entarimado de cañas estaba el lecho y encima colgaba, a manera de cuna, una rústica hamaquilla de cabuyas enredadas. Las paredes eran de palizada recubierta con barro. El Justino

puso una botella de *cañazo* en manos de su padre y le dijo:  
—Toma, tatito, tiene *cascarilla* molida. Es para el paludismo.

El Huanca no se hizo rogar. Bebió a grandes sorbos, luego alcanzó la botella a su mujer, ésta a su nuera y por último a Justino. Todos bebieron del gollete. A los pequeños les obsequiaron habas tostadas y maíz.

El Paulo Huanca, cuando todos se hubieron acomodado formando rueda en el suelo, relató a grandes rasgos el drama de Jatun-Kolla y terminó su narración diciendo que había llegado al aserradero en pos de trabajo. El Justino lloraba con la consiguiente consternación de su mujer. Le exasperaba aquel destino de los indios, que no se aplacaba nunca. Bien que él sufra y fracase, que lo venza la mala suerte; pero sus padres, los pobres viejos añorados, ¿por qué iban a sufrir tanto? ¿No tenía Dios un poco de piedad en sus entrañas? ¿O el ser indio y comunero era un delito? Entristecido, con la mirada bravía tendida al pasado, rememoró muy por largo las peripecias de su viaje al yunga. Se habían desunido los tres hermanos. Manuel se internó al río Cajones, a buscar oro. A Pablo le dejó de cuadrillero en la construcción de un camino. Un día vino la noticia de que la dinamita lo había convertido en sangrienta arpillera. De Manuel no se supo más. A lo mejor lo devoró un jaguar o un puma, o lo trituró una serpiente, lo ahogó el río. En fin, era un nombre más en la vasta generación del ayllu que rendía su prematuro tributo a la muerte. Justino estaba ya mucho tiempo en el aserradero donde empezó como peón. Ahora era leñador y trabajaba a destajo.

—No te quedes en el yunga, tatito. La tierra retiene y

acaba por hacernos suyos. Nos quita la sangre, la voluntad, la esperanza . . .

El duelo se adueñó de sus pechos: en aquella latitud también los puneños habían fracasado.

El Justino estaba anémico y palúdico. Refugiaba su vida bajo la sombra verde y protectora de la coca. Sólo ella podía brindar acogida y descanso para la tremenda fatiga de su destino de paria.



Al final de tres meses de privaciones y miserias, el Paulo Huanca se dispuso a volver a las punas. Ya no le quedaba más.

La hija mayor había sido desflorada por el patrón; en seguida vinieron los capataces y peones: le daban dinero, cochino dinero que servía a sus padres y hermanitos. Una noche no regresó. Hallaron su cadáver en el fondo de un barranco. Se había estrangulado en sus propios cabellos. El Huanca juró y perjuró que aquello era un crimen, pero las pruebas eran irrefutables. La pobre y desencantada *imilla*, a la cual la desesperación obligó a venderse, con el cuerpo corroído por una enfermedad, destruída su inocencia y su candor, con su propia mano se quitó la vida.

Después del drama, el comunero vendió los tres burros y aumentó el caudalillo que le había dado Justino. Una mañana lóbrega y tormentosa abandonó el aserradero. En cinco días estuvo fuera del yunga.

En la cuchilla de la cordillera, donde descorre su telón el altiplano, el indio Huanca recién supo que no debió ale-

jarse nunca de su tierra. En las sombras morosas y tenues del profundo yunga, no había salvación ni sosiego. Su ardor y fecundidad habían agobiado, relajado y despedazado su organismo de piedra del Kollasuyo.

Distraído y sin alientos, el comunero tornó a pisar el seco vientre de su verdadera madre: la puna. Detrás iban mujer e hijos, balbuceando dulces y secretas palabras de contento.

La puna inmensa, parda, sonora de vientos machos, abrió sus infinitos brazos maternos para recibir aquellos despojos que le devolvía el yunga.



## LA MINA

Cortaba la línea del horizonte la negra y acurrucada silueta de un cerro. Era alto, jorobado y en su cima destacábase el encaje de acero de la torre de un andarivel que subía y bajaba de continuo. Era de noche y las luces relucían en la obscuridad del cerro semejantes a un prendedor de fúlgidos topacios y rubíes. De raro en raro salía del interior de la tierra un ahogado rumor de terremoto que palpitaba en el gigantesco vientre de la obscuridad.

Un viento huracanado batía las inmensas plazas donde el metal yacía acumulado, y arrancaba agudos silbos a los cables y alambres que recorrían el ingenio en toda dirección. A veces, la noche despertaba con la férrea mordedura de los convoyes de vagonetas tiradas por un motor. Los rieles herrumbrosos, molidos por el uso constante, exhalaban quejas como serpientes acariciadas a contrapelo, chillando en su antigua lengua de hierro. Entraban y salían de las bocaminas hombres oscuros como demonios, que pujaban tras de las carretillas cargadas que conducían hasta un talud cortado encima del ingenio y allí echaban el metal que juntábase en una canaleta que le conducía a una grande y

férrea máquina de tres pesados y anchos martillos que molían el cascote mineral. De lo alto bajaba un murmullo de cables y hierros friccionados, que era como el prelude de un himno industrial.

Este fantástico escenario de penumbras y luces violentas, de ruidos misteriosos y gruñir de máquinas, se había presentado a los ojos y oídos del Juan Condori. Venía de muy lejos y una mortal fatiga le adormecía los miembros. Cuatro días hacía que se ausentó de Jatun-Kolla y anduvo a través de los campos soleados y secos rumbo a la serranía de la cordillera occidental, en cuyas ramificaciones abundan las minas. Al detenerse aquella tarde en una estación ferroviaria le noticiaron la proximidad de los grandes establecimientos metalúrgicos de "The Star Syndicate", compañía norteamericana de minas, que explotaba estaño, plomo y antimonio en aquella zona. El Juan Condori, falto de recursos, hambriento y extenuado, iba con sus dos niños a quienes turnaba para cargarlos en las espaldas. No quiso pernoctar en aquella estación y prefirió andar el trecho que le separaba del angosto desfiladero de montañas donde estaban las minas, de manera que anduvo hasta medianoche antes de avizorar la negra silueta de la mina "Pensilvania".

Era ésta una de las siete minas de aquella región y se la explotaba desde hacía quince años. Riquísima en filones estañíferos de alto porcentaje, fué la primera en prosperar en aquel sitio abrupto y desamparado. De un sórdido campamento de casuchas de calamina que fué en su fundación, había pasado a cobrar mucho desarrollo. Instaláronse talleres de mecánica, hornos para fundir las muestras de mineral, ocho edificios de ladrillo y calamina con los talleres de selección y distribución de minerales. Por otra parte,

los ingenieros y altos empleados yanquis habían construído coquetones y confortables chalets con risueños y frágiles jardincillos mantenidos a fuerza de salitre. A doscientos metros del barrio de los jefes había una fila de cinco casas modestas, iguales, de dos pisos, pintadas de plomo y azul y alineadas como las cuadras de un cuartel. En una de estas casas funcionaba la policía minera pagada por la compañía y una escuela para los hijos de los empleados que, dicho sea aparte, eran los habitantes de aquellas modestas casas. Más allá, por donde cruza un arroyo de aguas fétidas en cauce de basura y desperdicios de mineral, estaba el barrio obrero. Sólo seis casitas tenían un aspecto decente y pertenecían a los capataces y, una de ellas, a una familia compuesta por miembros del "Ejército de Salvación". En torno, obscuro y sucio como la misma calleja de barrial y suciedad, se levantaba el enjambre de cuchitriles de calamina que habitan los mineros. Ahí la vida era hedionda, borracha y pendenciera. Además de estas construcciones había una iglesia católica, un hospital y un club para empleados.

Los obreros bajaban por turnos a la mina. De siete de la mañana a cinco de la tarde; a las cinco venía el relevo y entraban los del servicio nocturno hasta las seis de la mañana. Cada semana alternaba el rol de bajadas a la mina y quienes trabajaron de noche lo hacían de día y viceversa. Pero era indiferente: la noche del subsuelo es eterna. Cien metros de socavón adentro imperaba ya la sombra geológica y no se advertía si era de noche o de día.

El Condori se encaminó a las afueras del ingenio donde la sombra era más densa y el olor de miseria, olor de suciedad y comida barata, le decían que ahí estaba la vivien-

da de los mineros. Un tufo acre, ácido, le quemó el olfato. Era el agua sulfurosa y amarillenta del arroyo. El indio se detuvo porque en el suelo había rieles, maderos podridos, alambres y latas vacías que a cada paso se enredaban en sus pies desnudos. Se acuclilló y temblando bajo el poncho, esperó bajo un alero a que clarease la madrugada. Sus hijos se acogieron a él y ateridos como pichones implumes, terminaron por dormirse con la cabeza reclinada en los duros muslos de su padre. El Condori, después de varias horas de silencio y soledad, acabó por declinar la cabeza y quedarse también profundamente dormido.

Cuatro horas después, un largo sirenazo le arrancó de su sueño. Despabilóse con ambas manos y sacudió a sus hijos, que todavía dormían rendidos. Un matiz rosado empezaba a pintar los cielos. A veces cantaban los gallos en el interior de las casas. Algunas mujeres mal arropadas, con el eabello revuelto, cara mugrienta y ojos legañosos, con invencible pereza y fastidio salían a bostezar a las puertas. Poco a poco se animó la calleja: pilletes desharrapados, descalzos, iban por agua a una pila situada en la falda del cerro donde se levantaba una gruta con la imagen de la Virgen María. Llevaban latas, garrafones y cántaros de barro. Salía humo de las pequeñas chimeneas y de los tejados de hojalata. El Condori, hambriento y entumido, se aproximó a una mujer que vendía un espeso potingue de café mezclado con cebada.

—Mamita —le dijo—, ¿puedes fiarme hasta que me den trabajo en la mina?

La chola le miró de hito en hito, luego a sus hijos, y no necesitó mayores explicaciones. Su tácita y humana comprensión de mujer del pueblo, habituada al espectáculo de

la miseria, la indujo a socorrer a aquella pobre familia que llegó a la mina.

—Pero me pagas cuando te emplees . . .

—Dios será testigo.

Bebieron los tres aquella caliente colación y, confortados, guardaron el pan para la merienda del mediodía; sin embargo, los niños no pudieron dejar de comerse a hurtadillas algunos mendrugos pellizcados.

—Has de encontrar trabajo, tatito —dijo la chola—. Hace tres días que han hallado una nueva veta y van a hacer más excavaciones en el plano "450".

Resultaba difícil para el indio comprender a la chola que hablaba en jerga castellana y aymára, matizada de términos mineros. Si hubiese hablado en aymára solamente, tal vez la entendiera, pero adivinó lo que quería decirle.

—Sí, mamita —respondió.

—Mi marido va a llegar de la "Pensilvania" y con él hablarás.

Efectivamente, varias parejas de mineros, con la lamparilla en la cintura y el atado con la olla de comida en la mano, comenzaban a llegar mientras que otros, del turno del día, cruzaban con ellos y echábanles pullas y bromas. Los mineros nocturnos, que llegaban soñolientos, con las ropas manchadas por el agua *copajira* y la piel ennegrecida por el polvillo que despide el estaño, no tenían ánimos para bromas, aunque aquello era lo cotidiano. Habían trabajado en el pique del "450" y salían agotados. Vestían ropas corrientes. Algunos llevaban overol. Calzaban gruesos zapatos con la suela llena de clavos que sonaban al chocar contra las piedras. Unos venían pálidos y doblegados, hirsutos como los residuos de una gleba vencida. Otros, en

cambio, conservaban cierta altivez en el continente. Eran de anchas espaldas, frentes estrechas y arrugadas, manos callosas y aceitadas por el petróleo de las máquinas y la grasa de los ascensores. Entre aquellos hombres venía el marido de la chola.

—¡Candicha! Caray, te habías salido de la cama —díjole—. Y con las ganas que tengo de algo calentito . . .

—¡Ay, Manuno! No se puede con las pulgas . . .

Al reparar en el Condori que estaba junto al brasero con sus dos hijos, bostezando le dirigió estas palabras:

—Habrás venido a trabajar, ¿no, mostrenco?

—Sí, tata.

—Hay que contratarse, pues. La empresa necesita peones.

—Lo mismo le estaba diciendo —terció la chola.

—Así es, tatito —repuso el Condori, sin abandonar la monosilábica parquedad de su raza surgida del silencio de las punas.

—Te vas a la oficina. Te revisan, y si les convienes, te contratan. Serás *chivato* porque para ser barretero como yo o para manejar el *telescopio* hay que estar metido varios años bajo tierra . . . ¡Humm! —bostezó el minero y hablando a su mujer le dijo: —Me voy nomás a dormir.

Y se entró a la casucha que estaba a un paso del lugar. La chola bajó la olla del brasero y la metió en la casa, luego volvió por el brasero y sin despedirse desapareció por la puerta que cerró tras sí.

Con las indicaciones que le hicieron, el Juan Condori llegó a la oficina. En una ventanilla le atendieron. Dejó a los niños afuera y marchó a una habitación que tenía un lavabo, una vitrina con instrumental de cirugía, dos bancas

pintadas de blanco y el piso de mosaico. Al otro lado había una mesa de operaciones y un reflector. El médico le mandó quitarse la ropa. Le examinó los pulmones y el corazón, y convencido de que los tenía sanos y fuertes, firmó una papeleta en que le daba de alta.

—Estás muy desnutrido, hijo —avisó el médico—, pero puedes bajar a la mina.

—Gracias, tatito.

Con harta pena el médico miró al indio que se vestía. Era uno más, un anónimo más que se tragaría la mina insaciable. ¡Oh, él sabía! ¡Cuántos mocetones pletóricos y vibrantes de juventud pasaron por su manos! Pulmones como los de un toro; músculos acerados como los resortes de las máquinas; corazón infatigable; pero allí abajo, en el reino estupendo de la fortuna y la muerte, todo se disolvía, —salud, fortuna, esperanzas, voluntad—, con el polvillo del estaño.

—Ya eres minero. Pero has de cuidarte mucho —dijo el médico, paternal y compasivo, a tiempo de despedir al Condori.

De vuelta a las oficinas recibió su libreta de jornales y de pulpería, más el adelanto de tres días de jornal. Tomaron su identidad e impresiones digitales y cuando estuvieron llenados todos los trámites a que somete la empresa, el Condori fué a los almacenes de la pulpería y se surtió de vituallas y víveres. Luego se instaló en una destartalada casucha de calamina en donde pasó toda la tarde refaccionando las infinitas hendijas y goteras.

“Ya soy minero”, pensaba con un sentimiento de cobardía y desconfianza, el que desapareció al ver a sus hijos que comían pan, unos panes lustrosos y llenos de manteca

que eran cebo de los recién llegados. El rostro satisfecho de los niños, devolvió al indio su confianza en la vida.

Por la noche quedó terminada la reparación de la casucha y bajo su techo durmieron aquellos tres infelices con el nombre de Dios en la boca.

Afuera cantaba el viento la canción salvaje de punas y cordilleras.

El Juan Condori fué destinado a una de las tantas cuadrillas que trabajaban en el plano "450", la más honda excavación de la "Pensilvania". Por la mañana se juntó a un minero que iba al trabajo y con él hizo camino por el desmonte que conducía a la entrada de la mina. Delante y tras de ellos iban más obreros, negreando en la tierra promiza como hilera de hormigas.

En la bocamina hallaron trabajadores recién salidos del interior de la "Pensilvania". Respiraban con fruición. Sus ropas estaban impregnadas de ese olor viscoso y fuerte que desprende la húmeda corteza de las rocas, del agua *copajira* y el vaho de la pólvora y la dinamita. Sucios y silenciosos, con ojos enrojecidos y los carrillos abultados con el mascajo de coca, conversaban en aymára acerca de la veta del "450". El rumor de las ruedas de las vagonetas que salían del túnel, a ratos interrumpía su charla. Pronto se disolvió el grupo para hacer espacio a los nuevos obreros que venían al relevo. El frío de la mañana lamía la carne como una lengua de hielo.

El Juan Condori y el minero que le acompañaba ingresaron en la galería. En aquella parte de entrada a la mina el cielo raso y los muros tenían revestimiento de cal y piedra. A cortos intervalos ardían focos de luz eléctrica. Por el centro del túnel pasaban dos líneas de riel, angostas, asen-

tadas sobre durmientes de madera. Ambos obreros avanzaron como doscientos metros en línea horizontal hasta topar, en el fondo, con la caseta del controlador que estaba ubicada en un hueco de la roca. Frente a aquella oficina un hombre joven, lampiño, con las ropas manchadas de aceite, movía las palancas de los ascensores de acuerdo a las señales eléctricas de un tablero. Como dos enormes hornacinas se miraba en el muro los huecos llenos de cables y lingotes de hierro por donde bajaban y subían las jaulas. En cada subida llegaban grupos de mineros y tan luego estos desalojaban las jaulas, nuevos hombres ocupaban su sitio para bajar a las galerías. Con el aullido de una piedra que cae en el precipicio, las férreas jaulas se perdían en las tinieblas del fondo. Cesaba el movimiento de los cables y escuchábase el estruendo de las poleas y hierros que entrechocaban en señal de que la jaula se había detenido. Luego, encendíanse los foquillos del tablero y nuevamente el ascensor se ponía en actividad. Aquel ajeteo era de todas las madrugadas y atardeceres en que los mineros entraban a sus turnos de trabajo.

En la caseta de control indicaron a Condori al capataz de su cuadrilla, un hombretón mestizo, con pelos ríspidos bajo la nariz a manera de bigote. Fuerte y musculoso, el hombre aquél, tenía todas las trazas de un agricultor cochabambino, de esos a quienes seduce el salario de las minas y abandonan sus campos para entregarse a la mina proterva e irresistible, que les anuda para siempre. El Condori se acercó a saludarle.

—Soy el nuevo peón, tatito —díjole quitándose el sombrero.

—¿Primera vez que bajas a las minas? —le preguntó a manera de respuesta.

—Primera vez, tatito.

—Eres agricultor, ¿no? ¡Ja, ja, ja, ja! Aquí se cosechan millones de cargas de papas de estaño . . . ¡Ja, ja, ja! —rióse el cholo; luego le acometió una tos seca que le obligó a escupir una sanguinolenta flema.

—Ya ves —continuó—; ésta es la bonificación —dijo, señalando aquel rojo esputo que había arrojado al suelo—: ¡Ja, ja, ja! Ya te vas a acostumbrar a mirar en la obscuridad como los *pisicos*.

Llegó el turno para embarcarse en la jaula. Entraron siete hombres y quedaron apeñuscados contra la rejilla que cubría la parte interna de aquel vehículo. Cuando todos estuvieron dentro cerraron la compuerta de barrotes de hierro y el capataz gritó al ascensorista:

—¡Listo, Calixto! Hasta la tarde . . .

Como si faltase suelo bajo sus pies, el Juan Condori, apretado entre dos mineros que apestaban a coca y aguardiente, sintió la vertiginosa caída. Al resplandor de una lamparilla se miraba, a través de la rejilla, las paredes que huían en aquel negro hueco por donde pasaba el ascensor. El Condori cerró los párpados. Tenía miedo. ¿Si de pronto se rompieran los cables y la jaula, sin control, se estrellara en el fondo de la mina? Sólo al pensarlo se le ponía la carne de gallina. Los otros mineros, ya acostumbrados a aquel descenso, hablaban a gritos, anhelosos de vencer el horrísono fragor de la jaula que bajaba.

—¡Caramba! En el filón hay que trabajar con el agua a la rodilla porque la *copajira* del “300” y del “350” cae hasta allí . . .

—La bomba trabaja día y noche, pero . . .

El Condori se mordía los labios para no vomitar. Aquella caída en el vacío le mareaba. El aire enrarecido, lleno de emanaciones, le quemaba la sangre. Sentía que como mil narices afanosas se abrían sus poros para escurrir los humores.

En pocos minutos toparon con el fondo. El ascensor se detuvo y salieron los trabajadores. Algunos dieron luz a los mecheros y al fulgor de ellos resplandecían las paredes húmedas y el techo. Allí mismo, cuando trepó la jaula a la superficie, cogieron las palas, picos y barretas con que trabajaron los obreros nocturnos.

La sombra amenazadora se espesaba por todas partes. El tufo acre y metálico de las profundidades era como el que un laboratorio químico puede despedir a gran temperatura.

Con la calma habitual de quienes están familiarizados con aquella forma de existencia, algunos obreros empezaron a sacarse el vestón y la camisa y quedaron desnudos de cintura para arriba, como cobrizos y mitológicos gnomos habitantes de las sombras de la tierra.

Todos se internaron en la galería y cuando llegaron al final, donde otras cuadrillas ya habían empezado el trabajo, el capataz distribuyó la labor de sus hombres. Al Juan Condori le dieron una carretilla para acarrear metal. Así comenzó su vida de minero.

Había que abrir un boquete para conectar la galería del plano "450", siguiendo una fuerte y compacta formación roquiza. Grandes montones de cascotes y roca trizada por los tiros de la dinamita yacían apilados en el suelo del túnel lleno de vericuetos, encrucijadas y desvíos. La tarea consistía principalmente en acarrear a los ascensores toda aque-

lla materia sobrante para que fuera izada a la superficie y quedasen ensanchadas las galerías. Los obreros desnudos sudaban como negros, chorreando por todas partes. Por momentos se acercaba alguno a los tubos de aire a rociarse con el frescor de la corriente que manaba de allí.

Eran como doscientos obreros que iban y venían. Muchos estaban desnudos, sin más que un taparrabo de lienzo. Los barreteros, encaramados en lo alto del pique abierto a tajo, palanqueaban gruesos peñascos que caían a la galería. Aquí y allá se les veía al resplandor de las lamparillas de carburo. A veces bajaban aprisa gritando que la mecha estaba encendida y que iba a explotar una carga de dinamita. Los obreros corrían a guarecerse tras de las sinuosidades de aquella obscura cavazón y, a poco, igual que una descarga de artillería, tronaba la explosión que dejaba flotando en el aire el olor peculiar de la dinamita y del polvo mineral.

No había luz sino en los faroles y mecheros que se apagaban a causa de los goterones que caían del tumbado. Aunque en aquella mina no había el peligro del gas grisú como en las de carbón, la empresa sólo daba mezquinas lamparillas que alumbraban lo suficiente para no romperse la crisma en las salientes de roca.

La galería del "450" era nueva y muy peligrosa porque se derrumbaba en algunos espacios y cegábase continuamente. Recién ponían el revestimiento de *callapos*. El suelo estaba cubierto por el agua barrosa y fétida que llegaba a los tobillos en algunas partes de la galería y en otras, en los zanjones abiertos por la dinamita, a veces pasaba de la rodilla.

El Condori, hombre agrícola y solar, sentíase oprimido por la obscuridad y por aquella pegajosa calidez del sub-

suelo. Respiraba furiosamente y *acullicaba* coca. El polvo y sudor habían estriado negras líneas en su cara cobriza. Cargaba de cascotes la carretilla y seguida por la mirada vigilante del capataz, la iba a descargar frente a las jaulas donde otros obreros se encargaban de trasladar a las jaulas. Pronto el sudor y la atmósfera recargada de vapores le obligaron a imitar a sus compañeros y se desnudó para exhibir, al igual que los otros, sus pobres costillas zafadas como surcos.

Reinaba el ruido del choque de las barretas y lampas, el chirrido de las carretillas y el tétrico glu-glu del lodo. A veces, la detonación espeluznante de la dinamita y el fragor del derrumbe.

Los mineros, cansados, como bestias de labranza, jadeaban sin cejar un momento. Algunos tosían con lúgubres accesos, entre el lodo y el polvo insalubre de la dinamita y del estaño.

A las doce del día sonó un pito y maquinalmente se fué aplacando el murmullo de la faena. Los mineros se desperdigaron en la galería para devorar la pitanza del almuerzo. En este lapso el Condori se amistó con otros peones.

—Y, ¿dónde está el estaño? —preguntó, con ingenuidad.

—¡Dónde ha de estar, hombre! ¡Tras de las rocas, pues! Según los ingenieros geólogos de la empresa, es el más rico filón de toda la "Pensilvania". Ahora tenemos que limpiar las rocas y ensanchar la galería para que pongan rieles. Después bajarán los perforistas y el trabajo será de mucho rendimiento. El "Decauville" ha de sacar muchas toneladas al día.

El Condori formuló muchas preguntas. Averiguó como un chiquillo curioso que desea penetrar en el atormentador

secreto de aquel mundo siniestro donde los hombres dejan de ser como los homúnculos primigenios, viven una existencia cavernaria, como topos, como gusanos.

—La mina no es tan terrible como dicen . . .

—Así piensas, Condori, porque eres nuevo y mostrenco en la mina. Espera a que pase un mes, un año, diez años, entonces se siente de veras haber escogido este trabajo. Uno quiere irse, pero la mina le agarra y los que se van viven con la morriña de estas sombras, de este peligro y . . . ¡retornan! La mina es como una querida que nos hace sufrir; pero asimismo, más la queremos . . . Cuestión de brujerías, ¡nada más!

—¡La mina! Es caliente y oscura como una mala mujer, ¿no?

El Condori no comprendía la extraña metafísica de aquellas palabras. Estos hombres hablaban de la mina con un sentimiento de burlesco cariño. Aquel amor sombrío de los reos condenados a trabajos forzados. El hablaría de otra manera sobre las chacras, el sol y las lluvias de "allá arriba". Pero, ¿a qué pensar? Ya era minero y sus hijos tenían pan. ¿Qué importaba que fuera buena o mala aquella forma de ganarse el sustento? Le daban plata, lo demás no importaba ni un ápice.

A la una se reanudó el trabajo. Tres horas más y los obreros flaqueaban, cansados. Los capataces rugían con la cólera de costumbre y se daban a los mil demonios. Pero ellos también, que sólo habían dirigido los trabajos, estaban agotados. Inadvertidamente llegaron las cinco de la tarde y empezó el relevo. Los obreros subieron en las jaulas. Una vez arriba se abrigan como podían y pasaban largo tiempo enfriando el cuerpo antes de salir al aire libre.

El sol se hundía. El viento chasqueaba contra las piedras. En las canchas del ingenio, momificadas frente a las porciones de mineral que fraccionaban con un pesado martillo, estaban las *palliris* entretenidas en su tarea que había empezado a las seis de la mañana. Todas estaban sucias, enclenques y tenían el aspecto de seres sin alma, en aquella postura que duró todo el día. A las seis de la tarde aquellas mujeres se levantaron del suelo y fueron a reunirse con sus hombres.

Algunas luces se encendieron en el ingenio y en las casas de los gringos, vedadas para la turba minera como tabús. El Juan Condori sintió que su alma de labriego renacía con infinita resurrección al salir de aquel sepulcro de la mina donde la vida pesaba como un martirio sin gloria, sin sol y sin esperanza.

Bajó a la casucha donde le aguardaban sus hijos. La mujercita había cocinado y le recibió con la dulce alegría de aquella época en que retornaba a la *chujlla* del cerro, después de haber trabajado en los campos de labranza de la comunidad de Jatun-Kolla.



La mina agotaba a los obreros. Chupábales el sudor y los devolvía a la luz enfermos de extrañas y sutiles nostalgias que devoraban su sueño y su vigilia. La sombra gruñidora y peligrosa de las torcidas galerías entraba hasta los glóbulos de su sangre, a su corazón, y les tornaba desconfiados, neurasténicos y terminaba por volverles alcohólicos. Sin saber cómo, acicateados por el deseo de combatir la sen-

sación de gente insepulta, preñada por la sombra de la tierra, por la fatiga sin fondo que desvanece la voluntad, los proletarios se emborrachaban. Pegaban a sus mujeres y niños y hacían pendencia sin motivo. Aquel aliento de combate con la montaña que circundaba la actividad de las minas, les volvía tornadizos e insensibles, fieros y malhumorados. Sin embargo, la disciplina de las horas de trabajo, cuando el más leve descuido puede originar la muerte de una legión de obreros, no decaía nunca. La empresa, por otra parte, se encargaba de despedir a los mineros casquivanos. En horas de entrada a la mina se les palpaba el bolsillo a los obreros, por si encontraban alcohol. Muchas veces estas precauciones resultaban inútiles y algunos conseguían burlar el control e internar de contrabando grandes latas de alcohol. En la mina las ocultaban en recónditos agujeros que ellos solamente conocían y burlando la vigilancia de los capataces alzábanse grandes turcas. Les castigaban descontando multas del salario, y si reincidían arrojábanlos de la mina; tan sólo a los barreteros experimentados se les permitía una que otra libertad, y esto, únicamente, cuando no usaban dinamita.

Una solidaridad nacida del peligro y la miseria unía a toda aquella legión de hombres oscuros y ella se afianzaba más que nunca en las horas de tragedia. Sentimientos instintivos de mutua protección les impulsaban a cometer actos de heroísmo cuando las *aisas* sepultaban obreros y el salvataje demandaba la propia vida. De tarde en tarde sucedían estos acontecimientos que iban a renovar la tradicional abnegación de los mineros.

En las horas de descanso, allí en el fondo de la mina, los proletarios relataban historias de aparecidos. Hablaban

de las tres deidades maléficas de la mina: el *Tío*, el *Gallo* y la *Viuda*. Minero que dejaba de creer en aquellas tres terroríficas divinidades, tarde o temprano acababa por encontrarse con una de ellas, especialmente cuando trabajaba solo en algún olvidado rincón de la mina. Y enloquecía o le hallaban muerto. Así se vengaban los dioses menores de la mina. Otras veces, cortaban la veta y se burlaban de los mineros. En ocasiones ponían a la vista ricos filones, pero, eso sí, exigían que se creyese en su potestad. Había obreros que depositaban en el sitio donde era su trabajo, ofrendas de comida y aguardiente, para que las recogiesen los genios maléficos.

El Condori ya estaba familiarizado con las expresiones de la vida minera y como todos sus compañeros tenía resignado acatamiento para el destino. Bajaba al trabajo y luego de haber sudado con intensidad, volvía a su casucha, a embriagarse, a fatigar el alma. Así pasaba insensible y monótona, la existencia del minero.

Su cuadrilla había sido trasladada al plano "350" y ahí se ocupaba en cargar y empujar vagonetas de mineral. En el plano "450" la explotación había empezado y un ejército de perforistas y peones trabajaba en la extracción del estaño. La empresa, codiciosa de nuevas ganancias, aumentó una hora en la jornada y tres bolivianos en el salario. Los obreros se mostraban descontentos. Había rumores de huelga. El Comité del Sindicato de Mineros de la "Pensilvania" resolvió nombrar una delegación que reclamase a la empresa. Pero los proyectos cayeron bajo el influjo de los gringos que hacían vista gorda para aquellas actividades subversivas y consiguieron paralizar todo intento de rebelión contra la nueva jornada de trabajo. Se citaba nombres de obreros

vendidos, delatores, que luego fueron a ocupar una situación bonancible. Y la huelga se corrió en palabras.

Entretanto la situación del plano "450" se había tornado muy aflictiva. Las bombas no conseguían extraer toda el agua y se inundaba lentamente, sin que los ingenieros, con toda su ciencia, pudiesen interrumpir aquello. Habían pedido nuevas máquinas de alta presión, pero tardarían un mes en llegar a la mina; hasta entonces el agua habría cerrado la galería y quizá destruido el revestimiento de madera. Sordas protestas agitaban los pechos. Muchos mineros del "450" habían pedido su traslado a otros planos. Por fin, la empresa resolvió suspender la explotación intensiva de aquella rica veta y designó pequeñas cuadrillas para que reparasen continuamente las averías de la línea del "Decauville" y el revestimiento, hasta que llegasen las nuevas bombas.

La cuadrilla del Condori pasó tres veces por aquel plano sin que sucediese nada digno de mención. Sólo en la segunda semana de aquel mes de espera se produjeron derrumbes sin importancia de los que los obreros salían ilesos.

Se hablaba del "450" con el temor supersticioso de algo confuso y terrible que acechaba en lo hondo de la mina la hora fatal del desastre. Pasaban los días y las cuadrillas regresaban más deshechas, más aterrorizadas. Decían que el agua ya había tapado el filón y que los desprendimientos en aquella zona eran de difícil y costosa reparación. Ya no bajaba más de una docena de hombres, de los treinta o cuarenta que iban antes. La empresa, entonces, decidió dar la batalla final antes de la venida de las bombas: bajarían ciento veinte hombres. Se les doblaría el jornal. Todo el caserío comentaba aquello.

—Estos gringos salvajes quieren fregarnos . . .

—¿Qué les importa? Ellos hacen sus cálculos y ganancias . . . ¡Ponen el cuero en resguardo!

A pesar de todo, bajaron ciento veinte obreros hasta el "450". Las jaulas, a partir de aquel momento, trabajaron sin interrupción. Sacaban agua y escombros. Metían rieles, maderos, dinamita, hombres, para contener aquella avalancha interior. Tan sólo faltaba una semana para la llegada de las bombas. Renacía la esperanza.

Con celeridad se renovaba las cuadrillas que combatían en aquel fondo sin misericordia. Maldecían y juraban en aquel infierno de lodo y rocas que aterrorizaba por el ruido de las pequeñas *aisas*, sucedidas con intervalos de algunas horas. Capeando así el desastre, varios obreros fueron víctimas de heridas y magulladuras. Un día sacaron un peón con los sesos aplastados y desde entonces el personal se sublevó, negándose a entrar en las jaulas.

—¡Que lleguen las bombas!

—¡No hay que sacrificarse como bestias! . . .

—¡No queremos morir como brutos, somos cristianos! . . .

La empresa se afanaba sin resultado. Pronto tuvo que pedir voluntarios.



Era la mañana del 15 de mayo.

Bajaron quince hombres y entre ellos iba el Juan Condori. El infeliz, deseoso del jornal que había redoblado la empresa y una adehala en comestibles, a pesar de su natural miedo de campesino receloso de la mina, iba resuelto a

jugarse el flaco pellejo. En el grupo, para alentar a los obreros, bajó también Mister Williams, joven y rubicundo ingeniero yanqui cuya temeridad era proverbial en la "Pensilvania". Tenía puesto un casco de acero y altas botas de goma.

En el ascensor el ruido del fondo atemorizó a los obreros. Aquello bramaba sordamente como presagiando el siniestro. Quizá se había tapado la galería. Al detenerse en el fondo, atracó el ascensor y los hombres salieron al negro túnel. La masa de las aguas estaba cercana y se descomponía con el calor sofocante haciendo heder la oscuridad. El ingeniero gritó para dar ánimos a aquel grupo de hombres amedrentados:

—¡A ver muchachos, a llevar *callapos!* ¡Okey!

Los proletarios se sintieron vencidos por el alegre empeño de aquel gringo simpático que se jugaba la vida con ellos. Empezaron a acarrear vigas y hierro hasta el lugar donde el agua les llegaba a la rodilla.

—¿Pero no habría alguna salida para tanta agua? Quizá esté atorado el desagüe —se decía el ingeniero. Se había quitado la chamarra de gamuza y chupaba, pensativo, su pipa de tabaco virginiano.

—*All right!* —exclamó—. ¡Vamos a entrar más adentro!

—No, tatito. ¡Se va a derrumbar!

—No se haga usted el valiente . . .

—Bueno, que vengan los que quieran. Los que me acompañen tendrán cien bolivianos de propina. ¡Ya, hombres, coraje!

Cinco hombres se desprendieron.

—Así me gusta, muchachos. ¡Andando, *all right!*

Entre los voluntarios estaba el Juan Condori. ¿Qué rara fuerza le empujó? ¿Qué ambición sin sustancia ni esperanza le quitó la razón? Chapoteando en el agua, con el brazo levantado donde lucía la lamparilla, siguieron a Mister Williams como se sigue a un conquistador irresistible.

El barro se espesaba hasta la cintura. El yanqui, imperterritito, seguía avanzando. Ya no se distinguía la luz de los mecheros de los trabajadores que dejaron atrás.

—¡Ya no, tatito! ¡Ya no!

—Un poco más . . .

—¡Se va a derrumbar!

—¡Un poco más!

—Aquel hombre estaba loco, ¿por qué tentar a la muerte, visitándola en su morada?

—Ya no voy más adentro . . .

—Ni yo . . .

—¡Ni yo!

—¡Cobardes! —clamó el gringo, desenfundando el embarrado revólver—. ¡Al que retroceda le meto un plomo!

El agua les llegaba al ombligo. De pronto, obedeciendo a un impulso, el Juan Condori, quiso hurtarse y volver. Apenas alcanzó a dar tres pasos. En las nerviosas manos del gringo funcionó el "Colt" y le abrió un boquete en la cabeza. El indio alzó los brazos y cayó de bruces al agua. El resplandor de los lampiones y mecheros alumbró el oscuro manchón de la sangre. Un minuto después, cuando aún no se habían repuesto, la pared empezó a deslizarse. Quebróse la viga del techo y no pudieron ni siquiera correr, ni gritar. El derrumbe los sepultó a todos ellos.

Cuando el silencio cayó sobre las cosas de la mina, aquel

lugar estaba cubierto por un informe montón de rocas, lodo y maderos astillados.



En toda la vecindad de los establecimientos de "The Star Syndicate", no se habló más que de aquel drama consumado en el vientre del plano "450".

Cuando llegaron las bombas y sorbieron el agua de las galerías, gruesas montoneras de mineros bajaron a remover los escombros. No hallaron nada. Al cabo de tres semanas de limpieza, recién tropezaron las picotas con la carne molida y descompuesta de los seis hombres. Nadie supo el asesinato de Juan Condori y a él, como a tantos héroes ignorados, la compañía sepultó en el pobre cementerio de los desheredados, de los mineros, donde el ochenta por ciento caía con los pulmones convertidos en grumosos y amarillentos trapos de pus y sangre.

Los huérfanos del Condori recibieron una indemnización y no faltó chola ambiciosa y caritativa que se encargó de ellos.

A los tres meses del desastre, sobre la tumba agreste y anónima del Juan Condori, el proletario de los campos y las minas, la lluvia rezó el responso definitivo.

## LOS DERROTADOS

Con las primeras heladas del invierno volvieron al ayllu los andrajos de la sequía. De los cuatro rumbos de la pampa llegaron las destruídas familias de comuneros. En el dintel de Jatun-Kolla se detenían para ponerse de hinojos y besar el suelo que habían abandonado en el terror de la mala época. Angustioso arrepentimiento poseía a los hombres que, fanatizados por el áspero culto vernáculo a la Pacha-Mama, recorrían las semeteras con algazara de niños que entran en una maravillosa juguetería. Con ojos húmedos, tiernos, aquellos labriegos pugnaban por absorber los dintornos del terruño tan añorado y querido. El paisaje quieto, convalesciente, les entraba inundándoles con la santa serenidad de su regazo.

Volvieron las familias como restos de patrullas de un ejército en desbandada: harapientos, humillados, con las astillas de la derrota en sus espaldas. A ninguno le favoreció la suerte; todos tuvieron que arrastrarse y medrar en las aldeas y campos. Nunca estuvieron, como entonces, tan sordos y secos los oídos de la piedad. Perseguidos y masacrados por el delito de tener hambre, los más recibieron el

degradante bofetón de las aldeas, fincas y minas. Las ciudades, como gigantescas arpías, les arañaron la vida, les hicieron descender a la condición de mozos de cuerda. Les torturaron con el cilicio de la indiferencia, con el infamante hierro del desprecio.

“¡Fuera, indios *kamakes!*”, era la frase clásica que resonó en sus tímpanos por espacio de cinco meses de hambre e infortunio, cuando la única fe que les alentaba en el fondo del alma, era la del retorno. Volverían, sí, derrotados por otras tierras, por otros ambientes, por otros hombres, pero de las heridas de su derrota manaría la sangre de la esperanza y con ella regarían los suelos maternos, sagrados e inmóviles de Jatun-Kolla.

Habían muerto más de ciento cincuenta comuneros: ancianos, niños y mujeres en su mayor parte. Seis varones fueron tronchados por las balas y dos por el látigo. En todos aquellos parajes donde acamparon algún tiempo les alcanzaba la segur de la muerte y sus cadáveres, abandonados en el cobijo de las siniestras tumbas de otras tierras, se pudrieron sin culto y sin recuerdo. Sus cenizas fecundaron la aridez de los extraños solares sin misericordia.

En Jatun-Kolla, amparados por los recónditos genios de la tutela inmemorial, los comuneros sentían crecer la fortaleza de la vida. La roca eterna, el espacio ilímite, la tierra antigua y sabia, les comunicaron su bárbara ardentía. Les fecundaron el alma exhausta. Y aquella legión derrotada y sin alientos, tornó a erguirse con salvaje desafío.

En los días que siguieron al regreso de los comuneros, el ayllu recobró la animación de antes. Las *chujllas* fueron reparadas del estrago, las pircas de piedra que separan las parcelas fueron compuestas y el cerro paterno que empe-

zaba a pintar sus lomos con manchones de hierba, volvió a sentir el cosquilleo de las patas de las reducidas majadas que fueron el saldo extraordinario de los ganados.

Los campos fueron removidos por los labriegos. Ya no había yuntas de bueyes y los mismos hombres eran quienes tiraban del arado. Las faenas resultaban duras y agotadoras, pero los comuneros habían recibido la resistencia cósmica del altiplano y realizaban su tarea con una voluntad de siglos de piedra.

Llegaron los Villca, los Huanca, los Huallpa, los Yupanqui, los Ticona, los Choque, los Chuquiwanca. Pero no venían todos: muchos quedaron muertos en el combate. Cada uno guardaba la historia negra de sus padecimientos con el mismo pudor de los excarcelados. En los campos abiertos, prietos de polvo indemne, la memoria no recordaba sino lo pasado antiguo, lo bueno y alegre de las cosechas, los días de prosperidad y abundancia. Tras la muralla de su visión, como foso hondo y alquitranado, estaba el intervalo del hambre; los comuneros, desde la atalaya de la esperanza, sólo miraban el horizonte, sin atreverse a bajar la cabeza al tremendo foso de la escasez pretérita.

De esta manera los derrotados, al contacto con la tierra, volvieron a vivir la geórgica plenitud de su verdadero destino.



Cuando terminó el invierno, la comunidad, con antiguo rito, vistió de fiesta y en los campos colectivos sacrificó una llama blanca. El Paulo Huanca, *Jilakata* de la parcialidad, con afilado cuchillo abrió las entrañas de la bestia y ex-

trajo las vísceras y el corazón y allí leyó las voces arcanas de la tierra. Un silencio de bronce indios asistía a la ceremonia. El rojo corazón de la llama, en manos del Huanca, parecía un bárbaro trofeo. Los indios miraban absortos y llenos de supersticioso temor la entraña que palpitaba sobre ellos, destellando bajo la lumbrarada del Inti-Tata como enorme rubí. Largo tiempo duró la palpitación, lo que era el indicio augur de la abundancia. Cuando se paralizó el corazón de la llama, la muchedumbre atronó los aires con clamoroso vítor:

—¡Hallalla! ¡Hallallaaaaa!...

Enterraron en el suelo el corazón y las vísceras. Todo era pronóstico de abundancia, de trojes altos y almiarés llenos. En el aire, con majestuoso y heráldico vuelo, pasó un cóndor. También aquello era anuncio de buena cosecha.

Al día siguiente, en la madrugada, la comunidad confiaría la semilla a la tierra. Después de la ceremonia se hizo una alta hoguera y la llama fué asada a fuego lento. Todos los comuneros tuvieron un bocado de carne de sacrificio. Si los pronósticos hubiesen sido adversos, no hubiera habido banquete. Habrían quemado la llama y sus cenizas hubiesen sido dispersas a los cuatro vientos. Pero como los genios que rigen el destino de los labriegos, al fin se apiadaron, en homenaje de ellos hubo fiesta. Un grupo de *huaynuchos* empezó a tocar zampoñas, *quena* y *pinquillos*. Se invitó alcohol y coca, y hasta que el Inti-Tata cayó tras las obscuras nubes del sangriento celaje, la fiesta prolongóse en todo el ayllu.

Aquella noche una llovizna amenizó la sinfonía wagneriana del viento.

Nunca hubo tanto batifondo sobre las chacras. Las represiones interiores, fruto de la mala época, salieron como jauría de galgos a retozar en el ayllu. Sonrisas de satisfacción, carcajadas jocundas, canciones y bulla, formaban la múltiple tramoya de la siembra. Indios, indias, *yokallas*, *imillas*, participaban en aquel holgorio. La tierra, contagiada, sentía el gozo de los comuneros y se ablandaba como una abuela borracha, jugando bajo el sol. El mugriento abandono de sus atavíos fué deshecho y quedó desnuda, riente y alegre como una mozuela que esperase, con su nuevo ropaje plisado de surcos, que la primavera le colme de adornos vegetales.

Los cielos dejaron de tener el deslumbramiento azul y cegador de las órbitas vacías, implacables; ahora pasaban por ellos pacíficos rebaños de nubes lanosas, esponjadas, que goteaban sobre los plantíos germinales.

Las vertientes del cerro de Jatun-Kolla bajaban canturreando con nuevo caudal. Había agua y ella era la providencia de donde manaba todo el contento de la comunidad.

Después de la siembra los indios esperaron el hermoso parto profetizado por las entrañas de la llama. Una confianza inquebrantable alentaba su fe en la tierra.

A pocos meses Jatun-Kolla estaba trajeada de verde. Verde que oleaba como lagunas suspendidas en el aire. Trigo, cebada, papas, ocas, avena, habas. Aquello era la resurrección.

Los pájaros habían regresado a la comarca y todos los días al amanecer volaban trinando sobre las chacras resucitadas.

La espiga del trigo era gruesa, signo de que la Pachamama estaba repuesta y con nuevo y sagrado brío volvía a ser la madre de los campesinos, recuperando su prestigio de hembra paridora y múltiple.

Con la cosecha, los derrotados por la sequía olvidaron la pesadilla pasada y alentados por aquel nuevo orto de la vida, volvieron a ser los patriarcas fecundadores del suelo, los sembradores del destino.



¡Así la paz volvió a aquella ignorada parte de América, donde los hombres viven prendidos al corazón de un país mediterráneo, asfixiado entre cadenas de basalto, en espera de la justicia que amplía los horizontes del mundo!

VOCABULARIO



VOCABULARIO  
DE PALABRAS AYMARAS Y REGIONALES USADAS EN  
ESTE LIBRO

A

*Aguayo*: manta de tejido indio.

*Ayllu*: comunidad agraria indígena.

*Aynoca*: parcela de tierra de labor.

*Alkamari*: buitre.

*Achachi*: anciano.

*Amukin*: callarse, callar, verbo aymára.

*Apacheta*: abra de las cordilleras y cumbre de los caminos.

*Amukin, kolila, ¡koli pankara!* — aymára: “Cállate, lindo. ¡Linda florcita!

*Ahuicha*: abuela.

*Ahuatiña*: aprisco de ovejas.

*Acullicar*: masticar coca.

*Aisa*: derrumbe en el interior de las minas.

C

*Cóndor-Mayku*: cóndor macho.

*Camareta*: especie de petardo.

*Cashua*: baile indio.

*Callahuaya*. curandero y herbolario indio.

*Callapo*: viga de madera usada para sostener los techos de las galerías mineras.

*Cascarilla*: quina.

*Capajira*: agua corrosiva de las minas.

## CH

*Chujlla*: choza indígena.

*Choka*: pato salvaje.

*Chuspa*: bolsón de lana de colores.

*Charango*: guitarrillo.

*Chuño*: papa helada y seca al sol.

*Chalona*: carne seca y salada.

*Chipa*: envoltorio hecho de tiras de cuero.

*Chua*: plato de barro.

*Chita*: cría de oveja.

*Chankar*: moler.

*Chasqui*: postillón, mensajero.

*Chapetón*: mote de españoles y criollos en el Coloniaje.

*Chochomica*: ramera india.

*Chaqueo*: limpieza de monte para hacer chacras.

*Chivato*: acarreador de mineral.

## H

*Huaynuche*: de "huayna", mozo joven.

*Huankara*: tambor grande.

*Huallata*: albatros.

*Huaca*: fetiche totémico.

## I

*Inti-Tata*: Padre Sol.

*Inilla*: niña india.

*Inti-Viracocha*: Señor Sol.

## J

*Jilakata*: cacique.

*Jake*: hombre.

## K

*Kamake*: zorro.

*Kolli*: arbolillo de la puna.

*Kantuta*: flor andina.

*Keñua*: arbusto.

*Kaito*: hila de lana.

*Koa*: menta.

*Korahua*: honda indígena hecha de lana.

*Kolliri*: brujo, hechicero.

*Kenchería*: mal de ojo, brujería.

*Keusa*: cobarde.

## LL

*Llauri*: agujón.

## M

*Mamacuna*: madre de familia.

## P

*Pacha-Mama*: Madre Tierra.

*Pajsi*: luna.

*Pirca*: barda, vallado.

*Pinkillo*: flauta india.

*Pongo*: doméstico gratuito, menestral indio; hoy en vías de extinguirse.

*Pututu*: cornamuza de guerra.

*Parihuana*: especie de becasina.

*Ppullu*: manta, cobertor.

*Pisico*: quechuwismo: gato.

*Palliri*: peona encargada de seleccionar el mineral.

Q

*Quena*: pífano.

*Quirquincho*: armadillo.

S

*Sunicho*: caballejo petizo y lanudo.

*Supaya*: demonio indígena.

*Signo Escalonado*: Signo sagrado de Tiahuanaco.

*Sorojche*: asfixia, mal de altura.

T

*Taquia*: excremento de llamas y ovejas que se usa como combustible.

*Thola*: arbusto combustible.

*Tambo*: posada gratuita del tiempo de los Incas.

*Telescopio*: en caló minero quiere decir "barreno automático".

U

*Uma*: agua.

W

*Wipala*: bandera indígena.

Y

*Yokalla*: niño indio.

I N D I C E



## INDICE

	Pág.
Dedicatoria .....	7
El autor .....	8
PRIMERA PARTE	
El Ayllu .....	11
El signo escalonado .....	27
La abundancia .....	49
SEGUNDA PARTE	
La sequía .....	69
El éxodo .....	85
TERCERA PARTE	
La aldea .....	101
La yunga .....	125
La mina .....	153
Los derrotados .....	175
Vocabulario de palabras aymarás y regionales .....	183

TERMINOSE DE IMPRIMIR  
ESTE LIBRO EL DIA 15 DE  
SEPTIEMBRE DE 1945 EN  
LOS TALLERES GRAFICOS  
A Y A C U C H O  
CORDOBA 2240 - Bs. AIRES  
REPUBLICA ARGENTINA





B748a

OTRA OBRA DE LA  
EDITORIAL AYACUCHO

## PEDRO DOMINGO MURILLO

por

MANUEL CARRASCO

863.72



a 39001

Pedro Domingo Murillo figura a justo título como uno de los personajes cumbres de la historia americana, merecedor de la gratitud y del homenaje de las nuevas generaciones del continente. Cobra relieve singular entre los apasionados de la libertad que planearon y realizaron el movimiento paceño del 16 de julio de 1809, el primero que reivindicó abiertamente el derecho de los americanos y propugnó la ruptura con la metrópoli. Como adalid de la revolución, presidente de la Junta Tuitiva y jefe de las unidades militares patriotas, supo concitar la admiración y el respeto de sus conciudadanos.

Su muerte en el cadalso — tras de innumerables padecimientos — arroja sobre la figura inmortal luz de gloria. Y el grito profético que lanzara antes de morir, resuena en todos los corazones americanos.

Por primera vez es estudiada en forma completa y documental la actuación del gran caudillo, en la brillante biografía de Manuel Carrasco.

EDITORIAL AYACUCHO

CAP. \$ 600.000.—

CÓRDOBA 2240 — BUENOS AIRES

